¿Qué buscas, lobo?

EVA VIEŽNAVIEC

Traducción de **Andréi Kozinets**



Table of Contents

1 . Camino del cementerio
2. Aredeber
3. La trama y la urdimbre
4. «¿Qué buscas, lobo?», «lo que queda»
5. Orka y los demás alemanes
6. Silvéstar Shardyka
7. Esas hierbas ya no crecen aquí
8. Alóunikau
9. La última dosis de hierbas venenosas
10. El ladrón, el borracho y la doncella
11. Epílogo
12. Las siete muertes
Eva Viežnaviec
Sinopsis
Otros títulos publicados en Gatopardo

¿Qué buscas, lobo?

¿Qué buscas, lobo?

EVA VIEŽNAVIEC

Traducción de Andréi Kozinets

gatopardo ediciones

Título original: Па што ідзеш, воўча?

© Eva Viežnaviec, 2020/Paul Zsolnay Verlag Ges.m.b.H., Viena

Publicado originalmente en 2020 por Verlag Pflaumbaum, MinskDerechos negociados a través de Ute Körner Literary Agent

© de la traducción: Andréi Kozinets, 2026
© de esta edición: Gatopardo ediciones S. L., 2026

Rambla de Catalunya, 131, 1.º-1.ª
08008 Barcelona (España)
info@gatopardoediciones.es
www.gatopardoediciones.es

La traducción de este libro ha contado con una ayuda de la Fundación S. Fischer

S. FISCHER STIFTUNG

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura

MINISTERIO DE CULTURA
DIRECCIÓN GENERAL DEL LIBRO, DEL CÓMIC Y DE LA LECTURA
Lectura infinita
#pactoporlalectura

Primera edición: enero de 2026

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: *Campesina*, Philip Andreevich Malyavin (1920)
Imagen de la solapa: © Dirk Skiba

eISBN: 979-13-991406-3-7
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley,
la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico,
el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por
escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

1 . Camino del cementerio
2. Aredeber
3. La trama y la urdimbre
4. «¿Qué buscas, lobo?», «lo que queda»
5. Orka y los demás alemanes
6. Silvéstar Shardyka
7. Esas hierbas ya no crecen aquí
8. Alóunikau
9. La última dosis de hierbas venenosas
10. El ladrón, el borracho y la doncella
11. Epílogo
12. Las siete muertes

Eva Viežnaviec
Sinopsis
Otros títulos publicados en Gatopardo

¿QUÉ BUSCAS, LOBO?

1 . Camino del cementerio

Si te encuentras en unos baños públicos, lamiendo la llave con la que acabas de descorchar una botella de vino para no desperdiciar ni una gota del preciado líquido, es que no te queda nada que perder. Sobre todo, si esa llave ya no abre ninguna puerta.

Después de pasar la lengua por la llave, Ryna bebió a morro con la destreza necesaria para que el corcho, que flotaba dentro de la botella, no obstruyera el paso del vino al gaznate. Como cualquier otra ocupación, el alcoholismo tiene sus secretos y requiere cierta práctica. Escondida en los baños de un centro comercial, Ryna procuraba beber sin hacer ruido, para que no la oyeran en los cubículos contiguos.

La historia del alcoholismo femenino se escribe en los baños públicos, que componen la línea discontinua que recorre todo alcohólico de ciudad. No así los alcohólicos de pueblo, que cuentan con sus propios escondites aquí y allá. Tani *Libélula de Oro*, por ejemplo, escondía botellas en las copas de los manzanos. Mientras empinaba el codo, picoteaba manzanas sin arrancarlas de la rama, y los manzanos quedaban llenos de fruta mordida.

El caldo frío y verdoso de un vino de Mosela —que Ryna había comprado en Darmstadt y no abrió hasta su llegada a Varsovia— se precipitó por el abismo seco de su garganta, transformando el Mal en Bien. Ryna salió del cubículo y se acercó al lavamanos. Sin mirarse en el espejo, puso las manos bajo el chorro de agua. El subidón no iba a durar mucho, por lo que, mientras conservaba la lucidez, convenía comprobar que todo —documentos, billetes, cartera y móvil— seguía en su sitio. Al menos, ya no tenía que preocuparse por la llave. En Alemania se había quedado sin trabajo y sin casa, y en el terruño no hacían falta llaves. La abuela jamás había utilizado llaves ni cerraduras, se limitaba a trancar la puerta con una estaca. La anciana había entregado su alma al Señor el día de San Basilio, a punto de cumplir ciento un años y sin haber alcanzado a Agnesha Adólfova,

que había nacido el día de Navidad de 1912 y había muerto el día de San Juan Bautista de 2014, a la tierna edad de ciento dos años y siete meses. Ahora tocaba apostar por Paraska, la más vivaracha de todas ellas.

Al morir, la abuela Darafeia estaba delgada como una vaina de judía y casi ciega, pero en sus cabales y en plena forma física. Por entonces, Ryna se dedicaba a cuidar a pensionistas germanos en lugar de atender a su abuela. Fue algo así como cerrar un círculo, tenía su lógica. Los bielorrusos estamos ligados a los alemanes en la prosperidad y en la adversidad; en cualquier caso, tanto una como otra son efímeras y terminan siendo irrelevantes. A la vuelta de las vacaciones, la habían despedido de la residencia de ancianos por su afición a la bebida. Por lo demás, ya hacía tiempo que Ryna sentía que la vida le estaba dando una patada en el trasero y que era hora de regresar al hogar. Y ahora se daba la circunstancia de que no tenía otra opción. Como si fuese un gatito, la habían metido en un saco, lo habían atado con un cordel y la habían devuelto al pantano mariano de su infancia.

Todo en orden. Hora de coger el tren. El efecto del vino de Mosela le durará aproximadamente una hora y media; luego podrá refugiarse en el retrete del vagón para echar, con precaución, otro trago. En un par de horas llegará a la frontera, que conviene cruzar mascando chicle y posando una mirada candorosa en guardias y aduaneros. Ryna sale de los baños y echa un vistazo a los visitantes del centro comercial. Es fácil reconocer a los desdichados entre la multitud. Ese joven de ahí odia sus espinillas y trata de ocultar el rostro bajo la melena y la capucha. Aquella anciana ha venido a la estación para sentirse arropada. Al parecer, no tiene ningún otro sitio al que ir. Lo mismo que las dos adolescentes que se dedican a rondar estaciones de tren y centros comerciales, dispensando caricias en excusados y aparcamientos subterráneos. Y allí están sus semejantes: un hatajo de trabajadores inmigrantes, con los vaqueros raídos y la piel enrojecida. Los alcohólicos siempre vislumbran el mundo desde el fondo del abismo. Para mantenerse a flote es preciso que la borrachera no decaiga, de lo contrario todo se vuelve insoportable. He aquí la esencia de su enfermedad.

Es cuestión de práctica. Empolvarse la cara, cepillarse los dientes, mascar chicle, alisarse el pelo con agua. Moderar y suavizar las reacciones. Moderar los altibajos emocionales, el sentimentalismo y la ira. Mantener la compostura. «Erre con erre guitarra, erre con erre barril. Rápido ruedan las ruedas por los rieles del ferrocarril.» La dicción empezará a fallar mucho más tarde, cuando haya cruzado la frontera. Entonces habrá llegado el momento de echar el último trago de vino de Mosela para celebrar el retorno a la patria. Todo gran acontecimiento merece un trago, y el regreso a casa siempre es algo memorable. No importa si vuelves en avión, en coche o en tren: al cruzar la frontera, el aire se torna pesado y húmedo, difuminando y amortiguando los sonidos, y los olores se intensifican, como si te hundieras en un pantano o en un estanque invisible. Justo detrás del puesto de control fronterizo asoman el espinazo gris del bosque, el cielo veteado de franjas color grafito, un ave que hace filigranas sobre la floresta. Todo ello muy bien pensado y ejecutado. Y luego empieza el país propiamente dicho, con su sol, su cielo, sus almiares y sus árboles desmochados, sus piedras pintadas, sus tanques en pedestales y sus monumentos de soldados tallados en piedra. Y sus baños públicos, claro. En los baños bielorrusos, hasta empinar el codo es difícil: el alma se revuelve. Cañerías envueltas en lana de vidrio sucia, surcos de agua oxidada en el lavamanos, olor a muerto, abandono y escasez: el jabón y el papel higiénico brillan por su ausencia.

La oferta comercial en la estación central de Minsk abunda en muslos de pollo fritos y literatura de kiosco. ¿Qué más se necesita para salir de viaje? Pese a llevar un buen rato chupándole la sangre a su portátil, el móvil de Ryna no resucitó. Quizá se hubiese mojado con el vino, gajes del oficio. Pero ¿qué más daba, si ya no tenía a nadie a quien llamar o escribir? La única persona con la que le habría gustado hablar en ese instante yacía boca arriba, el cuerpo tieso y las manos entrelazadas sobre el pecho. Era mejor no pensar en ello. En cuanto acusó el regreso de la sobriedad, Ryna se sintió engullida por un vacío interior. La estación de Minsk era un auténtico muermo. El centro del vestíbulo, que parecía un enorme granero, estaba ocupado por una escalera mecánica. Para animarla habría hecho falta un cancán francés: bailarinas brincando, dando patadas al aire y haciendo cabriolas al son de la orquesta y de las carcajadas del público. Las plumas ondeantes y los encajes de tul quizá animarían a los viajeros y a los

policías de uniforme gris paloma. Aunque tal vez ni siquiera un cancán francés lograse exaltar a nadie en aquel lugar. La gente del país es poco dada a emocionarse; la inexpresividad de sus rostros hace pensar en el síndrome de Moebius. Ni vivos ni muertos. Como una boca llena de agua. Como humedad incandescente. Como un verano indolente. El rostro humano tiene cuarenta y tres músculos. Es probable que a los nativos no les apetezca tener que contraerlos con cada mueca, con cada sonrisa. Pero esto solo lo notan los turistas, para los aborígenes se trata de algo perfectamente *normal*. La palabra clave es «normal». «A mí, ser bielorrusa me resulta de lo más normal», declaró sin inmutarse una chica al ser encuestada a pie de calle. En una cultura de la supervivencia, la mímica debe reducirse a la mínima expresión.

Se requería un buen sustituto para el vino de Mosela, un brebaje capaz de prolongar la euforia etílica. Por ejemplo, un litro de zumo de pomelo mezclado con cien o ciento cincuenta mililitros de vodka puro. Ryna se dirigió a los retretes situados en el sótano de la terminal; solían estar limpios y resultaban acogedores. La limpieza corría a cargo de unas mujeres desengañadas de la vida e indiferentes a todo. En los cubículos la gente bebía a hurtadillas, se cambiaba de ropa, reorganizaba las maletas y quién sabe qué más. Para llamar la atención en aquel lugar, habría sido preciso ahorcarse. Ryna se preparó su cóctel rápidamente y acto seguido cogió el tren regional, que traqueteó largamente entre bosques de alisos y pinos raquíticos hasta detenerse al filo de aquel día de invierno que ya declinaba. Zarecha. El pequeño puente que cruza el río, las casitas, la antigua base militar semioculta entre pinos. Salvo uno de los pabellones, que acogía un asilo para ancianos e inválidos, la base estaba prácticamente abandonada. Junto al asilo se erguía un abeto enclenque, decorado con copos de algodón y adornos navideños de los años sesenta y setenta del siglo pasado: un cisne, una ardilla y un gallo de aluminio, y un astronauta y una mazorca de cristal. Una de las cuidadoras había traído aquellas figuras de su casa para darles una alegría a los que habían acabado allí a causa de su decrepitud o sus dolencias. Como Natasha, que ahora esperaba apoyada en la valla de la estación. Aguardaba todos los días la llegada del tren para interrogar a los pasajeros: «¿Vienen de Leningrado? ¡Mi papá es de Leningrado!». Natasha era una mujer corpulenta, conservaba únicamente

cuatro dientes y sonreía con picardía, como si estuviera tramando algo. Natasha, que adoraba el color violeta, envolvía su voluminoso cuerpo en un holgado anorak de dicho color, combinándolo con un pañuelo violeta con un estampado de flores verdes e hilillos plateados.

—¿Me lo has traído? —preguntó, esperanzada.

Ryna sacó de la mochila un bolso violeta, del que a su vez extrajo un pintalabios lila.

—Y tú, Natasha, ¿me lo has traído?

—¡Te lo traeré! Pero antes necesito saber si el pintalabios me queda bien. Si me queda bien, te lo traeré. Si no, ¡ya puedes olvidarte!

Natasha hizo girar el pequeño cilindro del pintalabios y se quedó embelesada con la punta de nácar. Para conseguírselo, Ryna había tenido que zambullirse en los agujeros negros donde yacían los vestigios de los años noventa. Finalmente, en una tiendecita destartalada de la estación de Poznan, había encontrado una caja llena de pintalabios rebajados de precio. Nacarados, azules, grises, rosados y violáceos. El dueño estaba dispuesto a venderle la caja entera por diez eslotis, pero ¿qué sentido tenía? Natasha nunca podría usarlos todos. Cada vez estaba más débil e hinchada, su cuerpo se estaba descomponiendo literalmente por efecto de los medicamentos. Ryna había visto morir de forma similar a más de un interno.

Mientras Natasha corría torpemente hacia el pabellón, Ryna se quedó esperando el autobús al abrigo de unos pinos. Tomó un sorbo de su elixir. Le agradaba contemplar cómo los pálidos rayos del sol centelleaban entre los pinos dispersos alrededor de la base, mientras los ladridos de un perro se iban apagando poco a poco en la distancia. Un golpe resonó a lo lejos, como si alguien estuviera aporreando un barril metálico con una barra de hierro. El autobús Zarecha-Lipen andaba cerca. ¿Me lo traerá? ¿Me lo dará o no me lo dará? Al final, tendría que confiar en el veredicto del destino. En cualquier caso, se merecía una recompensa. Natasha debía corresponderle.

Ryna ya se había acomodado en un asiento junto a la ventana cuando apareció Natasha. La mujer violeta corrió hacia el autobús con sus gruesas piernas enfundadas en unas botas de nieve. Le entregó a Ryna un pequeño

envoltorio de papel de aluminio reciclado de una tableta de chocolate y atado con una cinta carmesí.

Agradecida, Ryna estampó un beso en la esponjosa mejilla de Natasha y guardó el paquete en la mochila. Todo marchaba sobre ruedas. Cuando lo has perdido todo, las cosas solo pueden ir a mejor. A través de la ventana del autobús vio el cadáver de un perro ahorcado en un matorral. La primera. Cuando se da sepultura a una curandera, tienen que producirse siete muertes, de mayor o menor magnitud. Con todo, Ryna no tenía ganas de recordar las enseñanzas de Daroja, porque no creía en ellas y, aunque lo hiciera, eso no cambiaría las cosas ni la salvaría de nada. Así que no tenía sentido recordarlas siquiera. Y, sin embargo, pensaba en ellas de forma recurrente, porque Daroja sabía más que cualquier otra curandera en cien verstas a la redonda. Lo anotaba todo con un lápiz azul, quizá el último de ese tipo que quedaba en el mundo. Ya nadie los usaba, pero en su día la abuela había tenido una caja llena de lápices de anilina, gruesos como un tronco, con los que emborronaba cuadernos enteros. ¿Para quién? A Ryna, las «enseñanzas» de su abuela no le interesaban lo más mínimo. Y Daroja no tenía más nietos. Así las cosas, ¿quién se encargaría de descifrar los garabatos de aquella anciana ciega?

La abuela firmaba sus cuadernos en ruso, «Darafeia Sávkovna Sírash», para darse importancia. Se resistía a aceptar que, en ruso, su patronímico se escribía «Sávvichna» y no «Sávkovna».

—¡«Sávvichna»! —refunfuñaba—. ¡Como si fuera una lechuza![1] ¡«Sávvichna» tú, listilla! Estudié en un centro de alfabetización y en la escuela, sé muy bien cómo se escribe cada cosa.

—Abuela, ¿por qué pones «Sávkovna»? —le preguntaba Ryna—. Deberías escribir «Sávvovna», ya que el nombre de tu padre, en ruso eclesiástico, era Savva.

—¡Ese asesino no merecía llamarse Savva! «Savka»[2] es suficiente —respondía enfadada la abuela.

De hecho, nadie la había llamado nunca Darafeia Sávkovna. La llamaban Daroja, Darocha o Darojna, además de la *Razones*, porque siempre remataba sus enseñanzas con un «esa es la razón».

Los «esa es la razón» abundaban asimismo en sus apuntes de química, tomados con un lápiz gris o azul. De vez en cuando había que mojar con saliva los lápices de anilina para que escribieran, aunque al hacerlo su veneno pasaba al cuerpo, de tal forma que se pagaba con la vida por escribir y la página acababa llena de saliva, como un nido de golondrina. A Ryna esto le repugnaba y le inquietaba a la vez, como si se tratara de una metáfora. Había tratado de regalarle a su abuela bolígrafos, plumas estilográficas e incluso sus primeros rotuladores, que su padre le había conseguido —quién sabe dónde— cuando empezó la escuela primaria, pero no sirvió de nada. La anciana nunca los aceptó. ¿Se conservarían todavía los apuntes de anilina de la abuela? ¿Y el sillón de forro azul que el viejo Lémesh le hizo antes de la guerra? ¿Y su bastón?

Si no se dispone de vehículo propio, resulta imposible salir de Lipen a partir de las seis de la tarde. Lipen se aquieta, desconecta del mundo y reclina su ancha frente sobre las patas de sus veredas, mientras los bosques circundantes se hunden en la oscuridad y las luces mortecinas de las aldeas vecinas brillan en la distancia: Vysókaia Berva, Zabarvecha, Abachynets, Plusna, Peratok, Pel, Smalgavok, las dos Vólaie, la Mayor y la Menor. Al anochecer, Ryna llegó a Lipen en el autobús con forma de barril metálico y logró cambiar justo a tiempo a otro que iba a Vóstryie Yolki y semejaba un gigantesco pepino de hierro. Visto lo visto, tendría que recorrer los últimos siete kilómetros a pie en la oscuridad. Podría haber llamado a su padre para que fuera a recogerla, pero ¿para qué molestar a personas que trabajan hasta la extenuación y no están para trotes? ¿A santo de qué debía su padre poner en marcha su viejo Lada? ¿Por Ryna, una pordiosera que había trabajado en la rica Alemania, pero que no llevaba ni un rublo para contribuir a los gastos del entierro?

El autobús se detuvo en Vóstryie Yolki. No era ninguna proeza caminar los siete kilómetros restantes, ni siquiera en una tarde de invierno: los caminos locales son terraplenes que serpentean como lochas entre turberas secas. Y cuando el camino se eleva sobre el bosque, ni siquiera en la noche más cerrada resulta inquietante. Solo el tramo de Karalija, donde tres adolescentes habían muerto al estrellar el coche de su padre, podía infundir cierto temor: allí, entre los pinos, brillaban los pañuelos blancos de las cruces, como si los tres chicos permaneciesen allí de pie con sus

camisas blancas. Al recorrer aquel tramo, Ryna siempre temía oír: «Eh, ¿tienes un cigarrillo?». El chico que iba al volante era un fumador empedernido. En el aire húmedo del invierno, su voz apenas sería audible, como si atravesara una barrera de algodón.

Ryna hizo un alto en el camino y entró en el bar Vasiliok para prepararse otro cóctel de vodka y pomelo. Lo necesitaba. Después de Karalija tocaba pasar por Peravésnaie, otro lugar encantado, según se decía. Algunos aseguraban haber avistado allí, ya a un carnero suelto, ya al viejo Garvata, que llevaba años criando malvas en el cementerio de Famin Rog. Los pantanos locales no parecían dispuestos a respetar el descanso del viejo golfo. Y Tani *Libélula de Oro*, que solía desplazarse en bicicleta de Naugálnaie a Vólaie, había oído a un chotacabras por esos pagos. Pero quizá no había que fiarse de Tani, que en cierta ocasión contó que, por las noches, una gran bola grisácea envuelta en llamas la seguía a todas partes. Incluso fue a ver a la abuela Daroja para pedirle que la librara de aquella bola aterradora. Sentía que la bola la había elegido y quería algo de ella. La abuela le sugirió que moderara el consumo de aguardiente y le dio algo envuelto en una hoja de cuaderno en la que había escrito a lápiz: «Para ahuyentar el espanto y el sueño mortal». Ryna no creía en esas cosas, pero la oscuridad nocturna y el hecho de estar yendo al encuentro de una difunta lo cambiaban todo. Temía toparse con los tres chicos, con el viejo Garvata o con los lobos que merodeaban sin descanso por las afueras de Peravésnaie, donde se encontraba la fosa de ganado. Sin embargo, en el koljós morían tantos animales que lo más probable era que los lobos no tuvieran apetito para el cuerpo alcoholizado de Ryna.

Todos estos pensamientos se agolparon en su mente en cuanto se quedó sola en la oscuridad y la niebla de un invierno húmedo y templado. «Vodka, querido vodkita, quédate en mi cabecita y en mi barriguita.» Esta vez Ryna echó un buen trago, largo y áspero como una soga. En inglés, la palabra más adecuada para describir ese trago sería «*keen*». Sí, eso era, *keen*, audaz. Pero controlado. Suficiente para armarse de valor y evitar caídas. De lo contrario, la encontrarían como a Grinia, que había muerto congelado no muy lejos del cruce, entre las zanjas, con la chaqueta en la cabeza y la espalda desnuda.

¡Qué tonterías se le ocurrían! Pero era de esperar, ya que Ryna tenía en la cabeza un mapa de difuntos. Un mapa antiguo, que se remontaba al año 1920, más o menos. La abuela recordaba dónde había muerto cada cual, en qué zona y cómo lo habían encontrado, y qué se había contado al respecto. Habiendo sobrevivido a dos guerras y nueve cambios de Gobierno, la anciana no había escatimado historias a su nieta. A veces parecía que fuese Ryna la que tenía ciento un años y albergara en su cabeza un mapa de difuntos, los árboles genealógicos de aldeas enteras y las «enseñanzas» de la abuela, tan abundantes como inútiles. A menudo se preguntaba por qué avatares del destino, a su edad, no sabía nada útil, no había prosperado en el mundo vasto, rico y diverso en el que había pasado las últimas dos décadas, pero en cambio, amaba y se aferraba a ese rincón miserable y remoto donde había vivido hasta los veinte años. Y se preguntaba también si no sería esa la razón de su fracaso: sin familia, sin hogar, sin trabajo, pero alcohólica.

La *Razones* era muy versada en el tema y tenía su propia teoría al respecto, consignada con lápiz de anilina:

> El aguardiente y los cenagales son obra del Diablo. Al observar a Dios sembrar la tierra, hurtó un puñado de esta y se la escondió en la boca. «¿Qué estás comiendo?», le preguntó entonces Dios. Para disimular, el Diablo se tragó la tierra, pero se le hinchó el cuerpo y tuvo que devolver. Y fueron los cenagales lo que vomitó. Asimismo, en otra ocasión, cuando el Creador proveyó de agua a la humanidad, el Diablo tomó una parte y se la guardó en la boca. «¿Qué estás bebiendo?», le preguntó Dios. El Diablo se echó a reír y devolvió de nuevo. Y fue el aguardiente lo que vomitó.

—Abuela —le dijo Ryna—, eres una persona instruida. Orka y Pável te dieron clase en el centro de alfabetización. ¿Por qué escribes estas cosas?

—A Orka le encantaban. Él mismo indagaba en las aldeas y las anotaba. Pero ya no queda nada de aquellas notas, desaparecieron todas en un incendio. Y Pável te habría dado mil vueltas. Era comunero, hizo construir un ferrocarril de vía estrecha en Vóstryie Yolki, fundó el centro de alfabetización y la escuela. Fue el primero en subirse a un tractor y construyó con sus propias manos el molino comunitario.

Absorta en sus pensamientos y recuerdos, Ryna recorrió los siete kilómetros sin darse cuenta.

Para los forasteros existe una única vía de acceso a la aldea, pero la gente del lugar conoce hasta siete. Naugálnaie se encuentra en el límite entre los pantanos de María y Skórdnaie. Aunque hace tiempo que fueron drenados, en el bosque y en los prados aún quedan algunos «ojos» pantanosos y profundos, charcas cubiertas de juncos afilados como cuchillas y ciruelos pinchudos que atraviesan los bosques y los campos, dando fe de que allí hubo una vez vida humana, una granja colectiva. En vez de abrirse paso a través de los matorrales y las ciénagas, el forastero accederá a Naugálnaie por el camino de grava elevado, donde lo recibirá un letrero metálico de grandes dimensiones: «¡Bienvenido al pueblo agroindustrial de Naugálnaie!». Al pie del letrero descansan dos piedras pintadas de azul. A primera vista parecen unas piedras normales y corrientes, pero la vieja Daroja decía que se trataba de la piedra reptadora del caserío de Bestriks y de la piedra sagrada del pozo Biely Slup.[3]

—Mientras no sean devueltas a su ubicación original, no habrá vida —juraba la abuela—. Esta debería estar en la cripta de Bestriks, allí donde crece el viejo peral. Y a la otra le corresponde estar junto al pozo. Mientras sigan aquí, salpicadas por toda vuestra mierda, ¡todo será en vano!

—Abuela —decía Ryna—, estas piedras las trajo la glaciación hace cien mil años, arrastrándolas desde algún lugar de Suecia.

—Todo es en vano —insistía la abuela—. Mira ese hueco en el que ahora echáis vuestra mierda y fumáis. Ahí la gente solía depositar kopeks, monedas de rublo, paños, montoncitos de azúcar, cuencos llenos de miel y grano, crucifijos de hierro. ¡Y los católicos rezaban el rosario y hacían votos y juramentos! ¡Cuántas personas se curaron gracias a esa piedra! Debería estar en su lugar, junto al pozo Biely Slup. Y no seas tonta, no te quedes ahí sentada. Coge dos ramas de serbal y envuélvelas con unas hierbas de San Juan, de tal forma que se vean las manchitas rojas que hay en el dorso de las hojas. Luego átalas con un cordel y colócalas con cuidado debajo de la piedra, para que nadie las vea. Y si alguien las ve no pasa nada, pensará que se trata de un juego infantil. Pero la piedra tendrá fuerza. Necesita

conservar su fuerza hasta que se mueran todos esos idiotas y el agua lave la pintura.

—¿También tengo que colocar las ramas debajo de la piedra reptadora?

—No te preocupes por la piedra reptadora: se moverá por su cuenta o se hundirá bajo tierra. En Bestriks, para que lo sepas, había un caserío donde vivían los Dziashkóvich, y el viejo Dziashkóvich realizaba mediciones anuales. Según decía, la piedra se desplazaba medio metro por año. Cuando en 1956 las autoridades desalojaron el caserío de Bestriks y trasladaron a sus habitantes a Naugálnaie, el viejo rogó entre lágrimas (poco le faltó para quedarse ciego) que trasladaran también la piedra. Paraska la transportó con su tractor, pero mejor hubiera sido no hacerlo. El anciano murió al poco tiempo, no soportaba vivir en sociedad, se había acostumbrado al aislamiento. Esta piedra se aleja de aquí a rastras, no lo olvides.

Pasadas las dos piedras, se llega a la parada desde la que sale el autobús diario a Lipen. Más adelante, Naugálnaie se extiende en forma de cruz: una calle corta y recta y una calle larga que la cruza perpendicularmente. Hoy en día, Naugálnaie tiene trescientas veintidós viviendas, dos tiendas (Rodny kut y Praleska), una escuela, una oficina, una sauna, una estafeta de Correos, una guardería, una clínica y dos cementerios: Stáryie Zhydí, el antiguo cementerio judío, y Nóvaie Klady, el nuevo. En Stáryie Zhydí solo se entierra a personas de edad provecta que lo solicitan expresamente. Estuvo cerrado entre 1964 y 1972, periodo durante el cual empezaron a inhumar a los difuntos en Nóvaie Klady. Stáryie Zhydí es antiquísimo. Allí ya había una iglesia en 1776, y en 1882 se erigieron dos cristos de madera de tres metros de altura en honor a dos sacerdotes. Después de cada gran inundación la tierra escupía kopeks renegridos de la época del zar, cruces, lápidas con inscripciones y ladrillos con el sello de la fábrica Kryví Kruk. En una ocasión, Ryna se trajo a casa uno de esos ladrillos (entonces aún vivía con sus padres y no con su abuela). Su madre rompió a llorar y la maldijo por «traer cosas del cementerio, y encima después del almuerzo, a la hora de la siesta», y su padre la amenazó con estamparle el ladrillo en su cabeza de chorlito, para que el sello de fábrica, «KK7», le quedara grabado en la frente. Ryna juró devolver el ladrillo al cementerio, pero en realidad lo

escondió en casa de la abuela, en la parte derecha del patio. Allí cabía de todo: hierba joven, ladrillos viejos, mortajas y tierra del cementerio.

Así que solo hay un camino de acceso fácil a Naugálnaie, el que atraviesa el pueblo por su calle más corta. Empieza en Lipen, pasa por las dos piedras pintadas, bordea los dos cementerios, el judío y el nuevo, sigue hacia los antiguos huertos del koljós, el pantano de Skórdnaie, los islotes de Vopin y Karanets y, finalmente, los rincones apartados de las regiones de Gómel y Moguiliov. En este camino solía dormir la mona el borrachín de Askold Dryvasick, para luego quejarse del abandono de una zona en la que, según él, circulaban tan pocos coches que nadie lo atropellaba en toda la noche. En estos caminos los dos hermanos Rudzkov, desatendidos por sus padres, dedicaron todos los años de su infancia despreocupada y estéril a remover la grava. A ambos lados del camino y en los islotes arenosos donde antaño se habían emboscado los partisanos, se alzan grandes monumentos: un partisano con jersey, abrigo militar y gorra, armado con una granada de fabricación casera y un subfusil PPSh-41, tan elegante que más parece un geólogo que un combatiente; obeliscos, lápidas, refugios subterráneos y una pareja de viejos tanques con las escotillas soldadas (para evitar que los jóvenes del lugar, que no respetan nada, se emborrachen, hagan el amor o defequen en el interior).

El autobús, una procesión nupcial o un forastero tomarían el camino recto, pero no así Ryna, que da un rodeo siguiendo la pista con forma de hoz que pasa por Peranossia, un terraplén que avanza entre dos cenagales (en uno se ahogó una vaca del koljós y en el otro un alce, gracias a lo cual las sirenas y los tritones se pusieron las botas). Al final de la pasarela se alza un bosque de alisos negros, en cuyo suelo hay tres cráteres abiertos por sendos obuses. Pese a que han transcurrido varias décadas, no han perdido profundidad. Los boquetes están tapizados de ortigas y lúpulo silvestre, y en ellos se han instalado un par de urogallos, unos petirrojos y unas culebras.

—Mira, ¡qué azules son los huevos! —dijo una vez la abuela, apartando las trenzas festivas del lúpulo silvestre y señalando un nido de petirrojos—. No toques nunca los huevos de petirrojo, ¡o estarás maldita para siempre! Ni siquiera un verdugo se libraría de morir si osara atrapar a un petirrojo.

Ryna llamó al primer hoyo «el hoyo de los petirrojos», al segundo «el hoyo de los urogallos» y al tercero «el hoyo de las culebras». En el fondo de este último siempre había un poso de agua negruzca en el que se maceraban la turba y las hojas de aliso, y en primavera las culebras, plateadas y negras, se enroscaban en los arbustos como cinturones vivientes. Allí acudía Ryna para agenciarse las pieles de culebra que necesitaba su abuela. No hay que temer a las culebras, pues no suelen morder sin motivo. Para ahuyentarlas solo hay que decir: «¡Serpiente hueca, aparta de mí tu tripa seca!», y persignarse.

Ryna no creía en estos cuentos de la vieja, pero ¿qué daño hacía recitar ese sortilegio? En la espesura del bosque una no deja de sentirse observada por ojos no humanos. Después de atravesar Peranossia y las hondonadas, Ryna avanzó por la antigua linde que separaba el pantano de María y el pantano de Skórdnaie. Los dos grandes terraplenes que antaño habían señalado la linde se encontraban casi a ras de suelo, aunque todavía eran visibles. Daroja separó con su bastón dos enormes arbustos de artemisa secos e ilustró a Ryna:

—Fíjate bien en estos romerillos negros de flor grande y tallo grueso. Esto era todavía el pantano de María. Y ahí, donde crecen los bocados del diablo y los madroños, empezaba el pantano de Skórdnaie.

Un poco más adelante, ambos terraplenes conducen al pozo Biely Slup. ¡Ojalá fuese posible encontrarlo y desenterrarlo! Aunque, después de todo, lo del pozo quizá no fuera más que un cuento. Lo más probable fuera que, tras varias mejoras de suelo realizadas en la zona, Biely Slup hubiese desaparecido para siempre en las entrañas de la tierra, al igual que Zapader, una de las fincas de las hermanas Dabravolski. La otra finca, Aredeber, seguía en pie y pertenecía a la familia de Ryna desde tiempos inmemoriales, cuando el viejo Férentz Sírash se la compró a una de las hermanas. Tras la derrota de las tropas sublevadas de Stefan Grabowski a manos del general Tsitsiyánov en la batalla del río Oressa, las nobles señoritas Dabravolski fueron despojadas de sus tierras por «tenderles la mano» a los insurrectos. A cada una le dejaron una pequeña granja, que las hermanas bautizaron oportunamente con nombres de sonoridad extraña: «Aredeber» y «Zapader». Nunca se casaron, y guardaron luto por los rebeldes hasta el final de sus días.

Tras atravesar los terraplenes y un pequeño pinar que crecía en un trecho de arena blanca, Ryna sintió la inquietud que la acometía cada vez que entraba en el pueblo. Aredeber comenzaba con una gran huerta dividida en dos mitades: la de la derecha, con el césped segado, las flores, los manzanos y los bancales bien cuidados, pertenecía a sus padres. Su madre, María, obtenía las semillas en la estación agraria experimental Lípenskaia, cuyas huertas y jardines se extendían no muy lejos de allí. En la mitad izquierda, propiedad de la abuela *Razones*, crecían en hileras las patatas, las calabazas, los girasoles y las judías de toda la vida. La propia *Razones* recogía las semillas por su cuenta y las envolvía con hojas de cuaderno que etiquetaba con lápiz de anilina: «calabaza grande amarilla», «remolacha con vetas blancas», «girasol rayado», «patata rosa de Nastia Syta». Un sendero separaba las dos mitades del huerto, pero Ryna solía evitarlo. Se guardaba de todo lo que tuviera que ver con sus padres.

Después de escabullirse por la valla de estacas puntiagudas a cuyo pie se amontonaban los rastrojos en invierno, Ryna se dirigió hacia el ala derecha (o izquierda, según como se mire) de la casa, donde yacía su abuela.

Aredeber era un caserón antiguo y alargado de estilo noble, medía treinta codos de largo y tenía un techo de tejuelas. Por el centro discurría un pasillo que desembocaba en sendos porches en los dos extremos de la casa. Pese a figurar en los expedientes de expropiación que Orka Barenboim había elaborado en 1931, 1933, 1934 y 1937, nunca fue «enajenado»; como por arte de magia, todas las campañas de deskulakización y reasentamiento, nueve cambios de Gobierno y dos guerras lo habían pasado por alto. Nadie quería enemistarse con las mujeres Sírash, ya fuese en tiempos de guerra, de paz o de revolución. ¡Dios está en lo alto y Lipen queda muy lejos! Para visitar al médico en Lipen había que viajar a caballo un día entero y pernoctar en el pueblo; de lo contrario, el viajero se expondría a los ataques de los depredadores, tanto animales como humanos, que campaban a sus anchas en el bosque y el pantanal. En cualquier caso, siempre se podía contar con las curanderas de Aredeber. Si uno no se metía con ellas, estaba a salvo. Y si lo hacía, peor para él. Esa era la razón por la que Aredeber seguía en pie.

El pasillo dividía el caserón en dos alas, la «blanca» y la «negra». La «negra», compuesta por dos habitaciones y un trastero, contaba con una

gran estufa rusa. Allí habían vivido la *Razones* y Ryna. La «blanca», que tenía dos habitaciones luminosas con cuarto de baño y retrete, y una salida adicional a la parte delantera, la ocupaban María y Pável, los padres de Ryna. Cada vez que visitaba el ala blanca, Ryna se sentía algo cohibida, como si la hubiesen invitado a un gran convite. Aun así, le encantaban las tres estufas revestidas con azulejos verdes de Zarecha y decoradas con motivos de peces, gallos, flores y aves. Mientras oía a sus padres conversar, Ryna se dedicaba a repasar con la mirada cada detalle de aquellas figuras, fantaseando con un país poblado por flores exuberantes, aves calzadas con botas, gallos con espuelas y peces escamosos con coronas de tres puntas en la cabeza.

Las ventanas del caserón, cuyo techo se hundía ligeramente, como el lomo de un gorrino viejo, estaban tenuemente iluminadas. Ryna se adentró en el oscuro zaguán, que olía a manzanas silvestres y muerte reciente. Penetró en el ala negra de la casa y buscó a tientas el pestillo de la puerta, que emitió su familiar tintineo. Reinaba un silencio absoluto.

La primera habitación, que era de paso, pertenecía a Ryna: la cama estaba a la izquierda, junto a la estufa; a la derecha, junto a la ventana, la mesa con el sillón azul de la abuela y el banco en el que Ryna solía estudiar. En el centro de la habitación había una pequeña bodega subterránea que servía de almacén para las patatas y los tarros de conservas, las revistas viejas y los trastos. Detrás de la estufa había un rincón para cocinar. La segunda habitación era la de la abuela, y al fondo de todo había una despensa.

Ryna oyó el rumor de unas voces al otro lado de la puerta. Vaciló. Hora de tomar una decisión: beber o no beber. Por un lado, necesitaba estar lo más lúcida posible, porque ese encuentro sería el último. Por otro, un cierto grado de desapego no le vendría mal. Un segundo trago y una buena sacudida te ayudarán a tomar distancia. Finalmente, se acercó al barril que había en la esquina, levantó la tapa, metió la mano y sacó un puñado de manzanas silvestres que, con sus largas colas, semejaban ratones de campo. Echó un trago y acto seguido se comió las manzanas (para cerrar el estómago y disimular el olor a alcohol). Se armó de valor y entró en la habitación de la abuela.

La atmósfera era fresca y silenciosa, y los alféizares de las ventanas estaban decorados con cuencos llenos de espigas secas y cirios encendidos. El enorme despertador de la abuela y el reloj de pared ennegrecido estaban parados. El espejo, ahora inútil, estaba cubierto por una tela y colgaba a una altura extraña, de modo que al mirarse en él Ryna solo podía verse la barbilla y el cuello donde la abuela solo había alcanzado a verse la frente y la nariz. Los asistentes al velatorio podían contarse con los dedos de una mano. Antes de fallecer, la abuela era una de las dos personas de su quinta que seguían vivas y, en sus últimos años, apenas había querido recibir a nadie. Al ver a su padre y su madre, sentados uno junto a otro y cogidos de la mano, como de costumbre, Ryna sintió la habitual mezcla de culpa y vergüenza. Eran personas pulcras, meticulosas y trabajadoras, todo lo contrario que ella, su única hija. Cuando oía a su madre llamarla «Írachka»,[4] se le ponían los pelos de punta y entraba en pánico; su padre la llamaba única y exclusivamente «hija» (con una voz severa y bien modulada que también le erizaba el vello). Solo la abuela la llamaba «Ryna». Su relación con sus padres nunca había sido fácil, y no lo sería nunca. En el segundo banco estaba sentada Tani *Libélula de Oro*; los hilos dorados de su pañuelo resplandecían a la luz de las velas. Aunque hubiera estado borracha, Tani jamás habría salido de casa sin su pañuelo de hilos dorados y sus vistosos pendientes.

La habitación estaba llena de plantas gigantes: aloes, ficus, «flores de lágrimas» y «abedules trepadores», «novios» y «novias» que crecían por las paredes. Se adentraban en la penumbra y proyectaban sus extrañas sombras vegetales bajo la luz de las velas y de un quinqué ubicado en la estantería que la abuela había embellecido con unos tapetes bordados. La muerte no necesita luz eléctrica, espejos ni relojes. Finalmente, Ryna fijó la vista en la mesa pintada de azul, cuyas patas en cruz había fabricado el carpintero Askold por encargo de la abuela. Encima de la mesa estaba el ataúd profundo y anguloso, del que sobresalía el doble montículo de los pies, cubiertos por un sudario de satén blanco. La abuela había comprado ese sudario en 1966, cuando aún tenía media vida por delante. Todos los años lo sacudía, lo oreaba y lo frotaba con amoníaco y sal para que no amarilleara. Ryna dio un paso al frente y vio las manos cerosas de la

difunta, grandes y recias como las de un hombre. «¡Es vieja, pero no tiene las manos torcidas! ¡Vieja bruja!», susurraba la gente en Naugálnaie. Y luego estaba el rostro, que Ryna no había visto en muchos años. O bien la anciana no había cambiado apenas, o bien la muerte le había alisado el cutis con su mano firme y compasiva, pero su cara conservaba la simetría y la tersura de siempre.

El rostro y la figura de la *Razones* no tenían nada de femenino. En su juventud, Darafeia Sírash guardaba un parecido sorprendente con el retrato de Goethe que aparecía en el libro de texto de alemán. Ese parecido le había salvado la vida en una ocasión: cuando los alemanes prendieron fuego a la aldea de Zabarvecha, adonde había acudido para asistir a una parturienta (en vano: tanto la madre como el recién nacido murieron en el incendio), un oficial alemán le hizo una foto, se carcajeó y la dejó marchar.

La abuela tenía la nariz gruesa y rectilínea, la frente abombada, las cejas altas y unos ojos grandes, antaño penetrantes, semiciegos más tarde y ahora cerrados para siempre. Completaban su fisonomía unos labios finos y curvos sobre un mentón recio. La pequeña Darafeia, la joven Darocha, la anciana *Razones* siempre había tenido una mirada difícil de sostener, incluso cuando quedó velada por las cataratas. Ryna se parecía mucho a su abuela, aunque sus facciones eran algo más suaves debido a la herencia materna. Daroja destacaba por su elevada estatura y, al parecer, sentía predilección por los hombres menudos y rechonchos. Ryna medía 1,81, lo que la convirtió en la persona más alta de los tres pueblos colindantes hasta que la profesora de Física se buscó un marido que la superaba en altura.

La cabeza se le disparaba en mil direcciones, no lograba concentrarse en la persona por la que se encontraba allí. El rostro de la difunta parecía estar desmoronándose poco a poco. Su lacia melena blanca empezaba a asomar por debajo del pañuelo azul brillante. Tenía el pelo asombrosamente fino y tupido, tan rebelde que ni siquiera la cerveza o el agua azucarada podían domarlo. «¡Abuela, qué pelo tienes, podría servir como hilo de bordar!», le dijo Ryna en cierta ocasión. Ese comentario hizo llorar a la abuela, pues Orka Barenboim le había dicho lo mismo antes de pasar a mejor vida.

Las cejas de la *Razones* también eran lisas, blancas y sedosas. Sin embargo, unos pocos pelos duros como el alambre le habían brotado en la barbilla. Ryna se quitó la mochila, sacó el neceser, cogió unas pinzas y se inclinó sobre la abuela para arrancárselos. Aunque no solía darle importancia a su aspecto físico, a la abuela no le gustaba que le saliera vello facial. Las cataratas le habían impedido darse cuenta de que esos pelos no dejaban de brotarle y cada vez eran más gruesos. A Ryna le llamaba la atención que una curandera como su abuela no se hubiese ocupado de poner remedio a su ceguera ni de eliminar esos pelos. También Ryna se había dedicado a cuidar del cuerpo de ancianos desconocidos mientras descuidaba el suyo propio.

—Ya te vale, hija. ¿Te presentas aquí sin saludar ni dar las gracias a tus padres? ¿Vienes a casa sin avisar y vas directamente a ver a la abuela? Y los malos somos nosotros, ¿verdad? ¿Se puede saber dónde has estado los últimos ocho años, mientras nosotros cuidábamos de la abuela?

«Bebiendo, padre, bebiendo y vagando por el mundo.»

—Buenos días, padre. Buenos días, madre. Hola, Tani.

Ryna tomó asiento junto a *Libélula de Oro*. Se moría por echar otro trago. Tani no se daría cuenta, siempre andaba ligeramente achispada. «Si fuéramos suegra y nuera, tú y yo haríamos buenas migas —pensó Ryna con un regocijo malicioso—. Es una pena que tu hijito yazca al pie de un barranco, cubierto de maleza.»

Tani *Libélula de Oro* se hizo famosa en todo el país el invierno en que se enfrentó y derrotó a un lobo hambriento en mitad del camino: metió la mano en las fauces del animal, lo agarró por la lengua y lo arrastró hasta el pueblo, donde lo apalearon hasta matarlo. Miró de reojo a Ryna y le susurró: «Ven a verme mañana, quiero contarte algo». Ryna se quedó de piedra: bastaba con poner un pie en el maldito pantano de María para que las antiguas locuras y pecados asomaran sus cabezas de víbora. ¿Sabía Tani algo? Entretanto, esta seguía hablando:

—Llevo toda la mañana esperándote. Como no has llegado en el autobús de Kapatkévitsy ni tampoco en el de Zhytkovitsy, he supuesto que aparecerías por la noche, después de arrastrarte a través del cenagal. Ven mañana cuando anochezca, tenemos que hablar.

Tani se levantó y se marchó. Pese a que la cabeza ya le daba vueltas, Ryna necesitaba otro trago. Esa noche parecía un mal sueño, y no había hecho más que empezar.

1. En bielorruso «lechuza» se dice «*savá*».
2. Diminutivo de Savva.
3. En bielorruso, «Pilar Blanco».
4. «Ryna» e «Írachka» son los diminutivos de «Iryna» en bielorruso.

2. Aredeber

Ryna se mantuvo en su sitio, incapaz de reunir el valor para hacer lo que el cuerpo le pedía. Finalmente, sacó la bebida de la mochila y buscó con la mirada algo para comer. En el alféizar, al pie de la abertura por la que debía salir volando el alma, estaba el vaso de vodka de la abuela, cubierto con una rebanada de pan. Ryna partió la rebanada, pidió perdón a la abuela, bebió y engulló el pan. El alcohol le hizo efecto de inmediato, disipando su inquietud y aligerando la situación. Ahora su misión ya no le parecía tan aterradora. Sacó de la mochila el paquete que le había entregado Natasha y se dirigió en susurros a la difunta:

—Aquí está, abuela. Házselo llegar a quien tú sabes. Y no me envíes una maldición mortal a cambio de la plata que te ofrendo. No soy yo quien la da, sino la tierra redentora. Tres espigas brotan en el lindero, las raíces en el suelo y los cabellos hacia el cielo.

Incluso si no se cree en las «enseñanzas», da miedo enviar algo al más allá mediante un mensajero. Es fácil que las maldiciones mortales del más allá se transfieran a los sueños a través de estas ofrendas. Pero aquel objeto tenía una dueña legítima y debía volver a ella. Ryna deslizó la mano por el cuerpo, y su dureza y frialdad la asustaron. Sus padres nunca habían querido especialmente a la abuela, pero habían decorado el féretro tal y como ella hubiera deseado, con un forro de terciopelo azul, cálido y suave por dentro y fino y terso por fuera. Ryna palpó un pliegue de la tela y metió el envoltorio tal cual estaba, con los adornos de Natasha. No sintió pena ni ganas de llorar, sino cansancio y aceptación. Al fin y al cabo, ciento un años son muchos años.

Era su última oportunidad de cogerle la mano a la abuela para apropiarse de su don y su sabiduría, pero le dio miedo. Como solía decir Orka Barenboim: «No creo en Dios, pero sé que existe». Salió apresuradamente y vio una fogata cerca del cobertizo. De pie frente al fuego, su padre

atizaba las llamas con un palo. Las chispas saltaban y se elevaban en el aire, iluminando los negros árboles y los surcos vacíos.

—¿Qué estás haciendo? ¿Por qué? ¡Aún no hemos enterrado a la abuela y tú ya estás quemando sus cosas! —exclamó Ryna al ver entre las llamas un montón de cuadernos en cuyas tapas de color gris se podían distinguir todavía las grandes letras de anilina.

Ryna corrió hacia la hoguera, le arrebató el palo a su padre y rescató los cuadernos. Algunos eran comprados y otros los había hecho la abuela con retazos de tela cosidos con hilo de lana de oveja.

Sus cuadernos. Su letra enorme y torcida. A pesar de haber asistido al centro de alfabetización y a la escuela, Daroja nunca aprendió a escribir correctamente. «Si los lechones se niegan a mamar, unta las ubres con miel», leyó Ryna, y sintió como un mazazo la irreversibilidad de la pérdida. Se sentó en un tronco junto al cobertizo y rompió a llorar. Ya no había vuelta atrás. Se había pasado la vida vagando por el mundo, alejada de la única persona que realmente le importaba. Aunque estuviera encorvada, arrugada y medio muerta, le pertenecía y era más importante que cualquier otra cosa.

Las dos alas de la casa Aredeber siempre habían estado inmersas en una guerra silenciosa. Suegra y nuera nunca se habían llevado bien. Y la abuela tampoco tenía en gran estima a su hijo, al que solía espetarle: «Solo Dios sabe a quién has salido, pedazo de inútil». Pável, por su parte, tampoco parecía querer demasiado a su madre; aún recordaba cómo, siendo un crío, lo había dejado solo en el jardín, con un pie atado a la valla y un vaso de leche y una rebanada de pan por todo alimento. De joven, le tocaba encargarse de encender la lumbre, cocer las patatas y dar de comer a las gallinas mientras esperaba a que regresara su madre. Al evocar su infancia, Pável aseguraba que en las noches de invierno los lobos se acercaban a Aredeber desde el bosque, apoyaban las patas en los marcos de las ventanas y lo miraban fijamente, solo e indefenso. Creía que los lobos eran capaces de empujar los cerrojos con sus garras y acceder a la casa por una de las dos alas o por el porche; que se regodeaban en sus andares elásticos y sigilosos al otro lado de la puerta. Armado con un atizador, el pequeño Pável extendía un abrigo de piel de oveja debajo de la mesa y esperaba allí al enemigo hasta que el sueño le vencía. Daroja alegaba que en aquella

época no había lobos en Aredeber y que Pável se había apropiado de sus recuerdos de infancia. Fuesen cuales fuesen esos recuerdos, el ala negra de la casa ocultaba algo doloroso en su interior.

Cuando Daroja se enfadaba con su hijo, le pegaba y le cubría de insultos: «¡Bastardo! ¡Ni siquiera eres hijo mío! ¿Qué miras ahí sentado, con tus ojos de ladrón?». Pável había aprendido pronto a arreglárselas solo. Mientras su madre se dedicaba a curar a niños ajenos, el suyo padecía raquitismo y escrófula, y presentaba síntomas de tuberculosis y fiebre tifoidea. El niño se valía por sí mismo y salía adelante por sus propios medios. Estudiaba, se sometía a tratamientos, no le hacía ascos a ningún trabajo. Creció, se convirtió en un hombre fuerte y guapo. Tras licenciarse en Agronomía, volvió a su Naugálnaie natal y se instaló de nuevo en casa de su madre. A partir de entonces dejaron de reñir. Tan solo en una ocasión Ryna vio cómo Pável y la abuela se enzarzaban en una pelea en la linde del huerto, que para entonces ya estaba dividido en dos parcelas. Ambos eran fuertes y obstinados, y no estaban dispuestos a ceder. Finalmente, Pável empujó a su madre con tanta fuerza que esta cayó sobre unas calabazas, y acto seguido entró en la casa dando un portazo. De aquel día en adelante, Daroja no volvió a pisar el ala blanca de la casa, y Pável y María hicieron lo propio con el ala negra. En cierto modo, fue Ryna la encargada de mediar entre ambos mundos y de transmitir lo que sucedía en cada uno de ellos.

—¿Ya ha cambiado tu madre las estufas? —preguntaba Daroja, celosa—. ¿Desde cuándo saben de estufas?

—No han cambiado las estufas, han instalado una caldera de titanio. Tendremos agua caliente. Y un cuarto de baño con bañera.

Aredeber fue la última casa de Naugálnaie en disponer de sistema de alcantarillado y agua corriente, cuando el resto del pueblo ya hacía tiempo que disfrutaba de tales comodidades. Sin embargo, Daroja se negó a que la instalación se extendiera a sus dominios. «¡No pienso cagar en mi propia casa!», proclamó, y continuó sacando agua del pozo y haciendo sus necesidades en una caseta de madera, semejante a una caja de pájaros, que estaba rodeada de nabos y girasoles altísimos.

María, la «nuera de los Sírash», había llegado a Naugálnaie para trabajar de contable y no tenía ninguna intención de quedarse allí ni mucho menos de casarse. Uno o dos años y podría solicitar el traslado a Lipen, a Slutsk o

incluso a Minsk. María destacaba por la pulcritud y el rigor que ponía en todo lo que hacía. Su esbelta figura y sus ojos verdes y rasgados seducían a muchos, pero no a Daroja. «Cara pintada, mujer desolada», solía decir la abuela. La primera vez que María vio a Pável, él estaba haciendo calistenia en el patio trasero de la oficina. Aquel chico esmirriado se había convertido en un joven apuesto y robusto. María y Pável parecían estar llamados a contrarrestar el desorden y las supersticiones de Daroja. María solía tildar a su suegra de «paleta» y «charlatana». Daroja jamás había tenido un empleo formal. Contable, jornalera agrícola, jefa de almacén e incluso mujer de la limpieza en la escuela de Naugálnaie, esos eran los trabajos que figuraban en su historial laboral. Se había ganado la enemistad de Guelia Vishnévskaia, la verdadera mujer de la limpieza, que se veía obligada a hacer todo el trabajo cobrando la mitad del sueldo. En su condición de contable, María Sírash podría haber denunciado muchas de las corruptelas que tenían lugar en Naugálnaie, pero nunca llevó las hostilidades más allá de Aredeber. La suya era una guerra exclusivamente doméstica.

Ryna recordaba que, más de una vez, María le había rogado a Pável que huyeran de Aredeber y Naugálnaie e incluso del país, de los mosquitos y la oscuridad, pero su padre era un hombre tímido y taciturno que había regresado al terruño inmediatamente después de concluir sus estudios de Agronomía. «¡En mi cartilla de trabajo habrá dos entradas: contratado y jubilado! Nada más», se justificaba. Sin embargo, Ryna sospechaba que la verdadera razón de su negativa era otra: se resistía a dejar sola a la abuela, como si permaneciendo a su lado quisiera demostrarle algo.

Y así fue. La pareja y la abuela siguieron llevando vidas separadas dentro de la misma casa. «¡Haced lo que os dé la gana, me trae sin cuidado!», les dijo Daroja. En el invierno de 1969, cuando Pável y María regresaban de la oficina del Registro Civil de Vóstryie Yolki, una manada de lobos les salió al paso cerca de Karalija. Y cuando la procesión nupcial entró por fin en Naugálnaie y llegó al primer peaje, empezó a circular la noticia de que el viejo tío Andréi había fallecido. Lo habían encontrado en un rincón de su cabaña, donde se había sentado a esperar a la comitiva, vestido con un traje raído —el único que tenía— y su camisa de gala, con las manos curtidas y rugosas de tanto trabajar enlazadas sobre el regazo. Solemne y

listo para morir. El encuentro con los lobos y la muerte del anciano no parecían presagiar un matrimonio feliz, pero ocurrió lo contrario. Los jóvenes esposos vivían en tal armonía que, cuando la gritona de Ryna irrumpió en su idilio, en vez de alegrarse quedaron desconcertados.

—¿A quién ha salido? A tu madre, quizá —dijo María.

María estaba decepcionada. Ryna era igualita a su abuela, con la excepción de su pelo rojizo y la piel salpicada de pecas de todas las tonalidades, desde el melocotón hasta el marrón oscuro. María hizo todo lo posible por eliminarlas, sin éxito. Untó a Ryna con leche recién ordeñada, la cubrió de pepinos e incluso la embadurnó de crema Achromin importada de Bulgaria, pero no hubo manera. A medida que la cara nariguda de la niña crecía, las pecas se multiplicaban. Alrededor de su cabecita despuntaban unos bucles rojizos, formando unos rizos endiablados. Al contrario que la madre, la abuela no cabía en sí de gozo. «¡Es clavada a Tema! ¡Se parecen como dos gotas de agua!», se decía a sí misma. Al llegar a la adolescencia, Ryna se había convertido en una chica alta y delgada de brazos largos y pies «alargados como esquís».

Muchos años después, Ryna descubrió por fin uno de los trucos que la abuela usaba para mantener su autoridad y su fama en el pueblo. A todo el mundo le asombraba su capacidad para estar en varios lugares a la vez. En aquella época las distancias eran grandes, la gente viajaba en carromato o se subía al del prójimo, y era preciso hacer noche en el camino antes de cruzar el cenagal. Así las cosas, en el camino de regreso a Naugálnaie desde el mercado de Lipen, uno podía ver a Daroja en el puente del río Oressa para encontrársela al poco rato en Siaredzibar, con su morral al hombro. Ryna había oído un sinfín de anécdotas similares. El secreto de la abuela no era otro que su particular manera de andar. Tanto Ryna como Daroja sabían exactamente cómo pisar, imitando el paso de los alces sobre el pantano.

Para una mujer como ella, de piernas y pies alargados, caminar por el cenagal era un placer. Además, parecía poseer un sexto sentido para abrirse paso en terrenos pantanosos, habilidad que Ryna heredó de ella. Se asemejaba a los andares de los alces al cruzar el tremedal. «Allí hay un montículo de tierra: dobla la pierna así, dobla la rodilla asá, sin prisas, porque debajo del montículo puede haber un hueco. Allí crece un matojo de hierba, allá sobresale una piedra: ladea un poco el pie, no pises con el

talón, sino con la punta. Y aquí se puede tomar un atajo y seguir por la orilla del pantano. Si la turba te resbala en la mano —si está húmeda, como una tortita de patata sin escurrir—, no la pises; si está seca, adelante, salta, pero mira bien dónde apoyas los pies!» Daroja caminaba tres veces más rápido que una persona normal. Plaf, plaf, plaf, parecía que andara sobre zancos, alta y espigada como el espantapájaros que custodiaba los cerezos de Aredeber, con una falda ancha, un jersey holgado y un pañuelo en la nuca, volando por el pantano con el morral al hombro. Esta clase de morral es de uso común en Naugálnaie: consiste en un rectángulo de tela de molesquín o de arpillera, con unas correas cosidas en los bordes. Se amontona el contenido en el centro de la tela, se juntan las correas y se echa al hombro. La gente lo usa para cargar plantas de sal, ortigas, heno, leña, setas —con suerte— y hasta bebés. El morral de Daroja contenía queso, pan, manteca, una cantimplora con agua y demás enseres: tarros, hierbas, ungüentos, trapos. Nunca había sido capaz de quedarse en casa de brazos cruzados, esperando visitas. Sentía la necesidad de ir a ver a sus «comadres» de los pueblos y las granjas de los alrededores, incluso de Lipen, para enterarse de todas las novedades y visitar a sus «pacientes» habituales. Aunque aceptaba de buen grado que la invitaran a comer y beber, caminaba con el vigor de siempre, en cualquier clima y en cualquier época del año. En cambio, seguía teniendo dificultades para leer, porque no entendía el ruso. En una ocasión le dijo a Ryna:

—¡Estúpidos! «¡Cuidado, lobos en el bosque!», escriben. Y yo me pregunto: ¿dónde iban a estar los lobos si no en el bosque?

—Abuela, aquí pone «Tala de árboles».[5] Están talando el bosque. Está escrito en ruso.

—Sé cómo se escribe en ruso. ¡Pero pone «lobos»! Ahora se dedican a colocar un cartel por cada lobo que hay en el bosque.

Ryna vivía la mayor parte del tiempo con su abuela. Solo iba a casa de sus padres los miércoles y los sábados para ducharse y, a veces, para mostrarles que había hecho los deberes puntualmente. En contraste con la indiferencia con que había tratado a su hijo, Daroja colmaba de atenciones a su nieta. Dado que Naugálnaie carecía de guardería, la abuela cuidó a Ryna en casa hasta que empezó la escuela. Le contaba historias de las suyas y no le ocultaba nada. Solo le faltó enseñarle a leer y escribir. Ryna

aprendió por sí misma con los manuales de Zoología y las revistas antiguas de su padre, que se apilaban en la zona común y se usaban para encender la lumbre.

Ryna empezó a ir a la escuela a los siete años, y el primer día de clase también fue el de su primera visita a la biblioteca del koljós, donde tomó en préstamo su primer libro, *El conejito en el maizal*. El lenguaje llano de aquel libro le causó extrañeza, parecía que lo hubiesen escrito para bebés. Ella estaba acostumbrada a diagramas de ubres de vaca, descripciones de enfermedades y dietas animales.

Antes de ir a la escuela, Ryna solía sentarse en la parte oscura de la casa a observar cómo su abuela practicaba su magia con niños y adultos, usando bolitas de pan y lino para ahuyentar a los malos espíritus; cómo preparaba sus pócimas, conjuraba las úlceras y ataba bolsitas que se colocaban luego bajo las almohadas de maridos borrachos y pendencieros. En Naugálnaie, las rarezas, las supersticiones y las manías conservaban toda su pureza primigenia. El primer televisor no apareció en el pueblo hasta 1970, cuando Pável y María compraron uno. La mitad de la población, sobre todo los ancianos, empezó a reunirse en su casa para ver la televisión.

Con aire solemne, se sentaban en fila junto a la estufa de azulejos verdes y veían con la misma atención el telediario, las películas e incluso *El café de las trece sillas*, un programa de humor del que no entendían nada. Sentían predilección por los conciertos y las baladas románticas que interpretaban la Zíkina o la Tolkunova. A Ryna la televisión le interesaba más bien poco. Prefería curar a sus muñecas copiando los métodos de la abuela. Los televidentes esparcieron el rumor de que la pequeña estaba llamada a ser una bruja más sabia que Daroja, que se sabía todos los conjuros y los declamaba con una voz grave que daba miedo y no parecía suya (¡zarandajas!). Cuando el rumor llegó a oídos de los padres de Ryna, se acabaron las sesiones televisivas.

Por eso Ryna no tenía amigos ni amigas salvo Natasha, que vivía en el otro extremo de la calle Dóugaia. Natasha tenía el pelo rubio y rizado como una oveja, los ojos azules y la carita de porcelana; era menuda y calzaba una talla veintiuno. Ryna y Natasha eran tan distintas que su amistad solo duró hasta que empezaron a interesarse por los chicos, a la edad en que el

mundo destruye a las niñas y las recompone en mujeres hechas y derechas. Sin embargo, el mundo no parecía tener prisa por destruir y recomponer a Ryna, ya que siempre había sido una niña torpe e inadaptada. Los bichos raros nunca dejan de ser bichos raros. Natasha se distanció de Ryna para acercarse a Inga Kóval; a veces volvía a su vieja amiga cuando tenía problemas con algún chico, y Ryna no le guardaba rencor.

En la adolescencia, Ryna fantaseaba con huir a Afganistán, matar muyahidines y rescatar a los soldados soviéticos heridos cargándolos a hombros, o con mudarse a una cabaña en el bosque, como el fraile Tuck, Dersú Uzalá y los héroes de los libros de Jack London. Sabía qué se podía comer en el bosque y qué no, cómo ahuyentar a una fiera o a una serpiente, cómo defenderse de los espíritus y de los maleantes. Los niños salvajes se crían solos y llegan a la vida adulta como Mowgli. Así era Ryna. Sabía cómo envenenar a un marido cruel, hechizar a un chico, curar la erisipela y tratar una hernia. Sabía que Reagan soñaba con lanzar una bomba sobre Naugálnaie y que Bielorrusia era uno de los Estados fundadores de la ONU y promovía la paz mundial. Sabía que los grandes de España tienen la planta del pie tan bien formada que un arroyo puede fluir bajo ella sin mojarla. En cambio, no sabía lo que les ocurría a las niñas en la pubertad. María retrasaba el momento de explicarle esas cosas, el asunto le repugnaba y tenía la esperanza de que fuese la vieja bruja quien la ilustrara al respecto. Pero la anciana opinaba que esa tarea le correspondía a la madre. En las enseñanzas de la abuela Darocha, la sangre menstrual era un ingrediente importante, especialmente cuando había que meter en cintura a un hombre borracho o infiel, pero Ryna creía que se trataba de sangre que goteaba de las heridas en los días de luna nueva. De ahí que no estuviese preparada para lo que le sucedió el Día de la Protección de la Madre de Dios.

Aquel maravilloso día, la abuela había vuelto del bosque con el morral lleno de bayas silvestres y se había quedado clasificándolas junto a la estufa; María había cobrado un adelanto de sueldo y le había comprado a su hija la linterna que tanto ansiaba y tres braguitas. Pero no unas braguitas cualesquiera, de algodón y goma gris, sino unas braguitas de verdad, con volantes y cintas de raso, que venían en una cajita de colores.

—Írachka, cuídalas bien, lávalas con delicadeza, no las rompas y no las lleves a diario —le recomendó su madre—. Una chica debe cuidar bien su ropa interior y sus prendas y ser pulcra, de lo contrario ningún hombre la querrá. Pon un pañuelo en las braguitas y lávalo todos los días con jabón suave, para que no se manchen.

Ryna se esforzaba mucho por cuidar sus braguitas, daba pasos pequeños al andar y se abstenía de trepar por ningún sitio, para que no se rasgara el fino tejido. Quería a toda costa agradar a su madre, a los chicos y a Natasha.

Pero, como siempre, las cosas no tardaron en torcerse. El Día de la Protección de la Madre de Dios, a Ryna le sobrevino un cáncer. Ni siquiera implorarle a la Virgen —«Santa María, ¡protégeme y corta la sangre! ¡Que el Señor y su Espíritu me asistan!»— surtió efecto. No importaba cuántos conjuros susurrara Ryna, contra el cáncer nada servía. La sangre manaba sin cesar, las braguitas estaban empapadas y ya no habría manera de lavarlas. Desesperada, Ryna decidió «exiliarse» para morir en paz y de forma digna, tal y como estipulaba una antigua costumbre local. Como la anciana Alena la *Letona*, que, sintiéndose un lastre para sus hijos, había hecho un hatillo y se había marchado al pantano, donde desapareció para siempre. *Bolita*, el viejo perro de la familia, también había emprendido el camino del exilio dos meses antes.

Ryna sacó del sótano el viejo chaquetón a cuadros y un viejo par de botas que nadie echaría de menos. Una vez hechas las provisiones —un pedazo de pan, un puñado de peras deshidratadas y una cantimplora con agua— se puso en marcha. Aquel año el invierno había llegado temprano y a media tarde las temperaturas caían en picado. Años después, Ryna apenas recordaría las dos noches y el día que pasó fuera de casa. Caminó y caminó bosque a través, y un lobo la siguió hasta Vopin y Ubibatski. Los ojos verdes del animal brillaban entre los arbustos. Ella sabía cómo mantener a raya a las fieras y, además, se trataba de un lobo solitario. Al despuntar el alba logró por fin contemplar en todo su esplendor al señor del bosque. Era una bestia solitaria, robusta y mojada, un protegido de san Jorge;[6] imposible confundirlo con un perro. Un lobo auténtico, torpe y cabezón, cuya enorme cabeza parecía estar ensamblada a un torso ajeno. Tenía una mirada sombría, intensa y verdiamarilla, y cada uno de sus pelos

era de un color distinto. ¿Quién se había inventado que los lobos son de color gris? Aquel ejemplar reflejaba todas las tonalidades del otoño tardío: los colores de la arena mojada, del musgo blanco, de la arcilla, del aliso húmedo y de la turba, todos ellos invisibles hasta que el sol se ponía a jugar con el pelaje del animal y este resplandecía como la octava maravilla del mundo. Ryna y el lobo se miraron largo rato, hasta que este agachó finalmente la cola, gruesa como un leño, dio media vuelta y se alejó al trote.

«Hermano, déjame la mitad del camino y yo te dejaré la otra mitad.»

Ryna caminó y caminó, y luego se recostó contra un árbol caído hasta que se congeló y se le durmieron las piernas. Se había dejado los guantes, y tenía las manos especialmente heladas. Más tarde, en Ubibatski, los lugareños la subieron a un carro, la arroparon con una manta de cáñamo y la llevaron de vuelta a Naugálnaie. Sus padres se habían llevado un buen susto y no dijeron nada, se notaba que tenían miedo. Cuando Ryna les contó entre lágrimas lo del cáncer, todos guardaron un largo silencio, hasta que la abuela dijo:

—Ya está bien, tortolitos. Habéis criado a una ignorante. A partir de ahora vivirá conmigo.

Y así fue como Ryna pasó definitivamente al lado oscuro de Aredeber. Tenía la persistente sensación de que a su padre le incomodaba su presencia. Pável y María se distanciaron aún más de ella. Tanto es así que, para su fiesta de graduación, Ryna tuvo que pedirle ropa a la abuela: un vestido negro con un estampado de flores, y los zapatos americanos del *Lend-Lease*[7] que llevaban veinte años en un baúl. Como era de esperar, fue el hazmerreír de la fiesta y nadie la sacó a bailar.

5. En ruso, «*valki*» significa «talas»; en bielorruso, «*valkí*» se traduce como «lobos».

6. En la tradición eslava oriental, san Jorge no solo es el protector de los animales domésticos, sino también de depredadores como el lobo.

7. La Ley de Préstamo y Arriendo, también conocida como *Lend-Lease*, fue un programa en virtud del cual Estados Unidos empezó a enviar ayuda militar, alimentos y otros suministros a las naciones aliadas durante la Segunda Guerra Mundial.

3. La trama y la urdimbre

El lado oscuro no era precisamente una balsa de aceite. Las puertas no se podían cerrar con llave. Una vez, Ryna se despertó al sentir que alguien la miraba. Dio un respingo y soltó un grito: sobre ella se cernía una figura voluminosa y tambaleante. Daroja acudió a toda prisa desde su habitación con el quinqué; Ryna se armó de valor, sacó la linterna de pistola que guardaba bajo la almohada y enfocó a la figura. Ante ellas apareció un hombre corpulento y sumido en un estado de desesperación etílica. Tenía los ojos y la nariz llorosos y el rostro desencajado. El hombre se dejó caer de rodillas y prorrumpió en sollozos.

—¡Abuelita, palomita, ayúdame, dame algo para dejar de beber! ¡Mi mujer me ha echado de casa y mis hijos no quieren verme ni en pintura! —logró articular.

—Ven aquí, Kórbut. ¿Te has mirado en el espejo? —le dijo la abuela.

—¿Para qué?

—¿Cómo tienes la cara? ¿Y los ojos?

—¿Cómo?

—¿Tienes la cara negra? Sí. ¿Los ojos amarillos? Sí. ¿Se te ha subido la bilis a la nariz? Así es. Entonces, ¿por qué has venido? Ya es demasiado tarde, todo en ti está podrido. Quizá te quede medio año de vida, quizá menos. Ahora debes preocuparte por la salvación de tu alma. Pídeles perdón a tu esposa y tus hijos, diles que vas a morir pronto. E injerta todos los manzanos que puedas. Cuantos más injertos hagas, más te recordará y rezará por tu alma la gente. Vete, Iván, ya no puedo ayudarte.

Iván besó la mano de la abuela y se marchó en silencio, tranquilo y aparentemente sobrio.

—Abuela, compremos un candado para la puerta. Si no, un día nos estrangularán como si fuésemos gallinas.

—No soporto los candados. Nadie me va a estrangular. Bueno, quizá rompan las ventanas, prendan fuego al establo o me insulten, pero no me tocarán ni un pelo. Nadie me tocó durante la guerra, y tampoco lo harán ahora.

Y hubo visitas peores que la de Iván. Una hermosa mañana de finales de mayo, cuando contaba los días que faltaban para las vacaciones de verano y la abuela se afanaba recogiendo hierbas, hojas, setas, pieles de serpiente y huevos de rana, Ryna oyó un ruido de cristales rotos en la habitación de Daroja y unos lamentos de mujer provenientes de la calle.

—¡Evita! ¡Evita! ¡Evita también ha muerto! Esta mañana he intentado darle el pecho, pero no se tragaba la leche. ¡Maldita seas, bruja asquerosa, ojalá te mueras y el viento se lleve tu nido negro!

Ryna corrió a la habitación de la abuela. Allí estaba, barriendo los trozos de cristal tranquilamente con un plumero de ganso. Al acabar, se acercó a la ventana y dijo:

—Marylia, vete a casa. Yo no tengo la culpa de que tus hijos no sobrevivan. Y nunca lo harán, recuerda con quién te casaste.

Unos vecinos tomaron por los brazos a Marylia y se la llevaron.

—Abuela, ¿por qué te increpaba esa mujer? ¿Por qué nos rompen las ventanas y nos pintan las puertas? ¿Por qué nos tiran objetos extraños al patio? ¿Por qué todo el mundo me rehúye? ¿Qué clase de vida es esta? Tú eres curandera, puedes conseguir lo que te propongas, haz que nos quieran.

—Nunca nos querrán. Marylia se casó con el segundo Statkévich, de los «Statkévich-Statkévich, cuyos hijos no sobreviven». De cada generación solo sobrevive una criatura, que, para colmo, tiene una salud muy frágil. Marylia vino a verme después de su boda y me pidió que hiciera algo para que sus hijos nacieran sanos. Yo le dije: «Mujer, tendrás un hijo, no pidas más. Lo demás no es cosa mía, ¡no puedo hacer nada al respecto!». No me hizo caso, se creía muy lista. Contrajo matrimonio con su Adam, pero no cambió de apellido. Pensó que, si los Statkévich no lograban sobrevivir, lo harían los Rogan. Bueno, Slava, su primogénito, todavía vive, debe de estar en sexto curso. Valerián y Eva, en cambio, murieron antes de cumplir el año. La gente dirá que la vieja *Razones* le echó el mal de ojo, que puso un

sapo en el porche de su casa. Conozco bien estos cuentos de la vieja, las mismas tonterías tanto en verano como en invierno. Que si los sapos, que si enveneno la leche de las madres, que si vuelvo a tirar objetos mágicos a los patios de la gente. Así ha sido siempre en nuestra familia. Como en un telar: teje que teje, trama y urdimbre, trama-urdimbre-trama-urdimbre, el patrón no varía. Mi abuela, Marianka, era tuerta. Y su madre, Zofia, también. Sus respectivos maridos les saltaron los ojos a golpes. Cuentan que, una mañana, a Zofia se le cayó un ojo en la sopa y los niños se pusieron a gritar. Después de eso, Marianka emborrachó a su padre con licor de hierbas venenosas, o como lo llaman algunos, bebida de viejos. Un buen bebedizo para debilitar a un hombre. Si se le da una dosis pequeña no notará nada extraño, solo que algo lo consume por dentro. Llegado a este punto, beberá hasta morir o se ahorcará. Ese bellaco hizo lo segundo. Después de aquello, Marianka se convirtió en una curandera temible; peor que Zofia, porque esta no estaba dispuesta a hacer cualquier cosa, mientras que Marianka no respetaba ninguna ley. Pero ni siquiera Marianka se libró de su destino. Se casó con un húngaro que tenía la mano muy larga, ¡la golpeaba y la golpeaba hasta que le saltó un ojo! ¿Qué pasó? Se habían ido a vivir a Hungría, con unos parientes de él. Ella había llevado consigo todo su ajuar. Recuerdo bien el telar con el que hacía telas para sus refajos, tenía siete lizos, catorce lizos que brillaban como la yema de un huevo. Hilo amarillo, hilo azul, hilo rojo… Férentz le dijo: «No lleves esos vestidos aquí, no son apropiados, a mi familia le incomodan». Pero ella era respondona y obstinada, y contestó: «Vuestras costumbres me traen sin cuidado, y me niego a seguir la moda local». Entonces comenzó la golpiza. Cuando Férentz le saltó un ojo, ella se limitó a suspirar: «Es el destino». Se montó en un carro con Férentz y con su hijo y regresó a casa. A partir de entonces el marido, que se sentía culpable, dosificó las palizas. Vivieron en esta misma casa. Sé poco de su vida, y no sabría decirte cómo murió el abuelo, quizá también la palmara a causa del bebedizo.

Marianka era malvada y había mandado a mucha gente a la tumba. Y todos le tenían miedo, todos. Sabía tanto de hierbas que podía envenenar a la mitad de los asistentes a una boda si algo le disgustaba. Temblaban y lloraban, y ella ni se inmutaba. La habrían matado hacía tiempo, de no ser por sus amenazas: «Si me ponen una mano encima, ningún niño volverá a

aprender a caminar». Los hijos del segundo Statkévich, que vivía en la otra punta de Naugálnaie, se burlaban de Marianka; decían que se bamboleaba como un pato y caminaba como un cangrejo. (Férentz también le había roto la cadera.) Poco después el más joven de los Statkévich murió ahogado, al otro le nació un hijo muy débil y el resto fallecieron siendo bebés, sin que nadie pudiera hacer nada para evitarlo. La mujer daba a luz, alimentaba al pequeño y se desvivía por él, se pasaba las noches en vela… y, aun así, el niño moría en la cuna o empezaba a sufrir vómitos. Se ponía negro y adiós. Los Statkévich lo intentaron todo: incluso hicieron una peregrinación, y uno de ellos se pasó un día entero arrodillado frente a la casa de Marianka. Pero a ella le daba todo igual. No temía ni a Dios ni al diablo. Reptaba por las ciénagas como una serpiente, o con más destreza si cabe. Se comentaba que mientras se arrastraba por el pantano solo quedaban a la vista sus enaguas. No sé cuánta verdad había en ello. La gente me decía: «Tu abuela te da mil vueltas. A veces uno sale de Lipen en carro y se encuentra a Marianka en el puente, caminando encorvada, y al poco rato vuelve a encontrársela en Vólaie, vigilando con su único ojo. Pese a andar encorvada, vuela más rápido que tú». Por eso se la consideraba una bruja. Pero ella simplemente se desplazaba por el pantano como si avanzara por tierra firme, incluso donde se acumulaba el agua. Los pantanos de María y Skórdnaie eran un auténtico barrizal, todo lo que uno tocaba se deshacía en las manos como jalea podrida. Pero Marianka los atravesaba como si estuvieran secos, mientras un chotacabras solitario volaba sobre ella con el pico abierto y ensangrentado. Cuando una mujer se ponía de parto, allá que se iba Marianka para echarle una mano, sin que nadie la hubiera avisado. Por cosas así inspiraba temor. Recuerdo que en aquella época la comarca estaba llena de chotacabras. La gente les tenía pavor. Marianka, en cambio, los alimentaba con las moscas que cazaba. Uno de esos pájaros, menudo y con el pico rojo, la seguía a todas partes. Ella decía que lo había criado ella misma, desde que rompió el cascarón. No sé cuánta verdad había en ello.

Mi madre, en cambio, era bondadosa como un verano apacible. Las mujeres de nuestra familia tenemos nuestro propio patrón, como esta manta a rayas: mujer buena, mujer mala, mujer buena, mujer mala. Yo soy mala, tú serás buena. Mi madre, Prosia, tenía diecisiete años cuando mi

padre le echó el ojo y la dejó preñada. Era menuda y delicada, frágil como una planta vinagrera, como tu amiga Natasha (aunque no sé a quién habrá salido, porque su abuelo era un bruto de mucho cuidado). Y Sauka Bagalévich, mi padre, que venía de Gliatóvskaia, era todo un hombretón. ¡Ay, qué guapo era mi padre! ¡Qué guapo era! Ancho de hombros, con una barba clara que se extendía sobre su pecho como un manto y los ojos de un azul profundo. Dicen que cuando montaba en cólera los ojos se le ponían en blanco, como los de un ciego. Todo el mundo lo adoraba. Y era culto: había estudiado Magisterio en Slutsk y luego había enseñado en una escuela pública en Lipen. Tenía su propia granja cerca de Gliatóvskaia, una granja muy próspera que había heredado de su bisabuelo, donde criaban unas ovejas que les reportaban un dineral. Tenían un batán, secaderos, buenos caballos y su propio molino. Vaya si eran ricos, los Bagalévich. Sauka era el benjamín, el favorito de la familia, el hijo mimado. Estudia, Sauka, vístete bien, Sauka. Girsch, el sastre de Liaskávichy, le hacía trajes a medida desde que era un crío. Y era muy ambicioso. Un bielorruso de pro. Cuando los polacos ocuparon Zarecha, en 1919 o quizá en 1920, no dejó de codearse con ellos. ¿Por qué andaba con esos polacos?

Al principio, los polacos se comportaban. Todas las familias de la pequeña nobleza que poseían fincas y granjas estaban de su lado. También los Bagalévich. No son como nosotros, esos Evich y Ovich. Lasch,[8] Shardyka, Genta, Zhur,[9] «Conejo», «Cantero» o «Mellado», estos son los apellidos comunes entre el campesinado. Pero los Ovich y los Evich pertenecen a la nobleza polaca, no son como nosotros, ¡qué va! De modo que Sauka Bagalévich se unió a los polacos. Se dedicaba a repartir aquellos panfletos suyos tan presuntuosos en los que proclamaban: «Venimos a salvaros de la hambruna con que os amenaza el bolchevismo al expropiaros vuestras últimas provisiones. No paréis hasta expulsar al bolchevique odioso, ni os paséis a las filas del Ejército Rojo. No agachéis la cabeza». Los polacos se quedaron un año en Zarecha y Lipen, difundieron sus tonterías por los pueblos y luego se marcharon. Y los malos huyeron como avispas. Al retirarse, con los rojos pisándoles los talones, prendieron fuego a todas las casas de Zarecha, al Cristo y al horno de brea, y pasaron a cuchillo a una veintena de judíos. Un ulano con sable y casco con cuernos entró a caballo

en la sinagoga y se ensañó con los judíos que allí se encontraban, cortándoles los bucles a los hombres y arrancándoles las pelucas a las mujeres. Arrasaron todos los comercios de Zarecha y Lipen, incluida la farmacia. Se llevaron los medicamentos para caballos y para personas, junto con Moshé Laudenbach, y los arrojaron al río Tálitsa. No logro entenderlo. A los nuestros no los tocaron, los dejaron en paz, pero cuando llegaban a un pueblo, violaban a las muchachas y apaleaban a los muchachos hasta dejarlos inconscientes. «¡Destripaterrones! —les increpaban—. ¡Os vamos a enseñar lo que vale un peine!» Se llevaban los caballos y las vacas, el pan y las patatas. Solo dejaron en paz a los miembros de la pequeña nobleza, a los que consideraban sus iguales. A quienes sabían pedir permiso en polaco los dejaban ir. Ellos le inocularon a mi padre el odio a los judíos. Y la convicción de que los judíos estaban conchabados con los rojos.

En aquellos años, de 1918 a 1922, reinaba tal caos que el poder cambió de manos nueve veces, y cada nueva autoridad se cobraba su ración de sangre. Cuando llegaron los rusos y los rojos, los judíos acompañaron a los miembros del comité a recaudar el impuesto extraordinario y confiscar dinero y víveres. Además de apropiarse de nuestros bienes, los comisarios nos obligaban a reunir para ellos toda clase de inmundicias: harapos, cuernos, pezuñas, ¡puaj!, todo lo que se pueda imaginar. Aquellos rusos y rojos eran unos desarrapados de la peor especie. Ni comían ni dejaban comer. En los años 18 y 19 —dijo la abuela—, nadie sembró realmente: no había nada ni nadie para sembrar, y además, ¿qué sentido tenía sembrar y cosechar si luego se lo llevaban todo? Algunos incluso llevaron el ganado y los caballos al pantano y los escondieron allí. Los que habían sembrado bajo el dominio ruso aún pudieron cosechar bajo el dominio polaco. Estos últimos al menos dejaban algo para la gente, no eran tan despiadados.

En el año 1920, ¡mi padre, Sauka, campaba a sus anchas por estos pagos! Ayudó a los hombres de Balajóvich. Se las daba de amo y señor, y los señores lo recibían con pan y sal sobre toallas bordadas. Durante los festejos de la Semana Verde se dejó caer por Naugálnaie y vio a mi madre, que llevaba el pelo suelto y una corona de flores, montada en un carro. Se quedó prendado de Prosia, pero el sentimiento no fue recíproco. Ella aún

tenía un corazón infantil. Marianka, en cambio, bebía los vientos por él. Sí, Marianka lo recordaría hasta su muerte, un hombre tan magnífico, un buen partido. Y eso que para entonces ni siquiera recordaba a su hija. Cuando mi padre apareció por allí, los habitantes de la comarca estaban negros de furia. Los rojos y los judíos habían arrasado con todo. Mi abuela fue a rogar que no le cobraran el tributo por un caballo que se le había muerto, y ellos la acusaron de haberlo sacrificado y la amenazaron con fusilarla. Y luego les dio por hacer «colectas voluntarias». Subida a una *tachanka*, la comisaria Zauerman, con el pelo erizado y la cartuchera sobre los pechos, les gritó: «Haced lo que os venga en gana, pero antes pagad los seiscientos rublos de la colecta voluntaria! ¡Vended vuestras baratijas y traed el dinero!». Saquearon las ofrendas de la iglesia, destrozaron los iconos, desplumaron al cura y se lo llevaron. Y la gente se limitaba a susurrar: «La culpa es de los judíos, pronto nos impondrán también su fe».

Así pues, nuestro pueblo se revolvió contra los judíos y los rojos, ¡y en esas llegó Sauka! Fue a ver a Bajalóvich, y este le entregó un documento que lo convertía en señor del lugar. Él y Karatkévich, de Ubibatski, ejercían de grandes señores. Al principio, se dedicaban a robar a los judíos de las aldeas vecinas, hasta que se les ocurrió tomar por asalto Lipen y acabar con todos los «judeorrojos». Cuando Sauka se emparejó con mi madre, ella era todavía una niña, una mujercita, y él tenía más de treinta años y estaba fuerte como un toro. Lo recuerdo vagamente, yo tenía tres años cuando vino por última vez a esta casa, a ver a Prosia. «Oh —exclamó—, ¿a quién tenemos aquí? ¡Una niñita! ¡Mira, ha venido papá!» Entonces, según me contaron, me cogió en brazos y me lanzó al aire con tanta fuerza que me abrí la cabeza. Mira, todavía tengo el cráneo hundido debajo del pelo. Marianka se limitó a tomar asiento y vendarme la cabeza mientras me sostenía en su regazo. Sauka solía presentarse en casa a lomos de un caballo o a bordo de una *tachanka*, con su caftán de lino blanco y su gorro blanco. Vestía muy bien, era un excelente jinete y silbaba como los ángeles. No temía a nadie, el muy bellaco. Una vez le quemó los bigotes a mi gato y se rio a carcajadas al verme llorar, refugiada con el animal debajo de la estufa. Pero ¿qué éramos el gato y yo comparados con los judíos de Lipen, a los que enseñó a temerle aún más? Tras la retirada de los polacos, Sauka

se convirtió en un zar y en un Dios. Bolcheviques, milicianos, comisarios y miembros de los *kombéds*: [10] nadie se libraba de yacer degollado en el bosque. A Razúmovich, el agrimensor, le pegaron un tiro y le llenaron la boca de tierra. Al presidente del Comité de Campesinos de Maly Voley le dispararon a través de una ventana, de forma que su sangre manchó las hojas de registro de la *prodrazviorstka*[11] y nadie fue capaz de descifrarlas. Por eso no hubo confiscaciones en Voley. Al miliciano Dametska, que le había arrebatado hasta el último grano a la gente, lo ahorcaron delante de todo el pueblo. ¡Menudo jolgorio se armó! Las mujeres le escupían en la cara. «¿Te acuerdas, Dametska, de cuando te rogué que no te llevaras la vaca y tú me amenazaste con un revólver? ¡Ya es hora de que acabes donde acabaron mis hijos hambrientos!» Así hablaban. Esto me lo contó mi abuela, y yo lo puse todo por escrito, todo. Sauka corría de un lado a otro, peinando la zona como quien peina una crin, y los judíos huían a pie rumbo a Babruisk, Glusk o Gómel, pero aquella primavera no podían sentirse a salvo en ninguna parte. «¡Ya vienen los hombres de Bagalévich, los de Bagalévich!»

Marianka siempre decía que durante todo el invierno y la primavera las estrellas se tiñeron de un color sangre, como si presagiaran desgracias. Los judíos acudían en tropel a la sinagoga de Lipen, como bandadas de grullas, creyendo que el poder soviético les brindaría protección. ¡Ilusos! Allí no los quería nadie, absolutamente nadie. Dios mío, Dios mío, ¿por qué los trataron así? Está claro que la Zauerman no estaba del todo cuerda, y que Hirsch Kutzur se había cavado su propia tumba recaudando impuestos y requisando bienes a punta de pistola. Pero ¿qué mal habían hecho los judíos de Novazhidóvskaia y de Liaskávichy? En Ubibatski, ocho familias judías fueron asesinadas con martillos por sus propios vecinos, por eso hasta el día de hoy se les llama a todos «mamporreros». Leyzard, de Asnichki, diría: «Siete gobiernos no serán suficientes para recoger los huesos de los judíos». Primero vinieron los alemanes y persiguieron a los judíos, luego vinieron los polacos y persiguieron a los judíos, más tarde vinieron los sóviets y los judíos respiraron un poco y se pusieron a su servicio, ya que les habían prometido la Internacional. Pero no solo los judíos sirvieron a los soviéticos. Parjimóvich y Rashchén también blandían

revólveres y perforaban el suelo con sus bayonetas: «Dad pan al pueblo trabajador». ¡Qué pueblo trabajador ni qué ocho cuartos! Nosotros somos el pueblo trabajador, somos nosotros los que penamos sin descanso en estas ciénagas.

El 20 de mayo se comunicó a los agricultores de las aldeas que Bagalévich se dirigía a Lipen. Se les pidió que aparejaran sus carretas y fueran a recoger las pertenencias de los judíos. Marianka dijo que no era de extrañar, porque en ese año 1921 se habían producido nueve cambios de Gobierno y nueve plagas: las fiebres tifoideas, el escorbuto, la peste, el tifus y el cólera se propagaron por los pueblos después de que una niña lavara la ropa de cama de su tía enferma en el río Oressa. Ella misma murió, y todas las poblaciones ribereñas fueron víctimas del contagio. Entonces vinieron los médicos de Lipen y echaron vinagre y vitriolo en las letrinas y los estercoleros. En aquellos años murieron los niños a los que mi abuela había ayudado a nacer, en todos los rincones de la comarca. Sus tumbas diminutas, coronadas por una pequeña cruz, proliferaban por doquier —contaba—. La gente andaba enloquecida a causa del hambre y la desesperación, deseosa de cortar el mal de raíz. Así que cuando algunos clamaron que había que acabar con los judíos, mucha gente se apuntó. Mi abuela, que ya estaba muy enfadada, fue al cruce de caminos donde se encuentra el Cristo y gritó: «¡Gente, adónde vais, qué hacéis! ¡Más os vale volver a casa, si no queréis traer la desgracia enganchada a las ruedas de vuestras carretas!». El joven Shcharbachenia fue el único que dio media vuelta, por suerte para él. Pero muchos otros siguieron adelante. Los judíos que residían en Ubibatski, Siaredzibar, Brody, Batsiukí, Vysókaia Berva, Yarémichy, Veratsi, Kamiázhichy, Vóstryie Yolki, Lapachovy Brod y Svistsina perecieron a manos de sus vecinos. Savós Jalaiom regresó a casa con un colchón de plumas y un samovar, ambos ensangrentados. Le llevó a su Agapa una máquina de coser. Todos sabían de quién era la máquina y lo que le había pasado a esa familia. Durante la guerra, una vecina delató a Agapa ante los alemanes. Agapa y sus hijos fueron fusilados, y la vecina se quedó con la máquina de coser. ¡Menudo favor le hizo Savós a su Agapa!

Tres niñas judías, de entre diez y doce años, recorrían los pueblos con los pies descalzos y despellejados, dejando un rastro de sangre a su paso, como la Virgen María, y suplicando: «Dadnos algo de comer, nuestro padre y nuestra madre yacen asesinados en Glusk, nosotras hemos logrado

escapar». La gente les daba comida y les vendaba los pies. Sin embargo, aquellas niñas no llegaron muy lejos. Cerca de Siaredzibar, alguien las violó y las descuartizó.

Y aún hay más. El 22 de mayo, una anciana judía llegó a Aredeber en compañía de un crío. Recuerdo bien aquel día. A la judía le faltaba un ojo, tenía los párpados hinchados y sanguinolentos. Mi abuela la escondió. Como Tema también era tuerta y estaba muy maltrecha, Marianka se compadeció de ella y les dio refugio en el sótano. Pero les advirtió: «Os estáis metiendo en la boca del lobo, aquí vive la familia de Sauka Bagalévich. Si viene y os oye en el sótano, os aplastará como a ratones». Tema le aseguró que no les oiría, porque Orka, el niño, había perdido el habla. Y a continuación relató las atrocidades que mi padre había cometido en Lipen.

Los hombres de Bagalévich marcharon sobre Lipen por dos flancos distintos, seguidos por los señores en sus carretas. Se tomaron su tiempo y, por el camino, mataron a los judíos de las aldeas. No llegaron a cubrir el tercer flanco, por el que huyeron los judíos para pedir auxilio a las autoridades soviéticas. Llevaban dinero y una misiva firmada por Abram, Rajmiel, Barys, Alter, Mijel, Bentsión, Morduj, Hirsch, Sholam, Lazar y otras dieciocho personas, analfabetas todas ellas. La misiva, redactada por Mijel y Tema, comunicaba que «bandas de desertores y bandidos liderados por Bagalévich han asaltado las aldeas de los alrededores de Lipen, han saqueado a todos los judíos, han violado a sus mujeres, las han descuartizado con hachas y han matado a los ancianos con martillos. Ante la amenaza de que el pogromo se cebe con Lipen, hemos decidido unirnos para oponer resistencia a esos criminales. Solicitamos al Comité Militar Revolucionario y a la Oficina de Registro y Alistamiento Militar que nos suministren armas de forma temporal. Ofrecemos nuestra vida y nuestras propiedades como garantía de que estas armas no se utilizarán contra el poder soviético. Tan pronto como el distrito sea liberado de las bandas, devolveremos las armas a la Oficina de Registro y Alistamiento Militar. Elegimos como nuestros líderes a los ciudadanos de Lipen Kaptschyz y Barenboim, lo cual rubricamos con nuestra firma».

Y firmaron. Pero todo quedó en agua de borrajas. Los rojos de Slutsk y Zarecha tardaron tres días en llegar, a tiempo para recoger los cadáveres de las calles. Los judíos suplicaron piedad y misericordia donde pudieron.

Llenaron un carro de oro y fueron a Mózyr para entregárselo a Balajóvich y rogarle que apaciguara un poco a Bagalévich. Este se quedó el oro, pero no movió ni un dedo.

Así que los hombres de Bagalévich llegaron a Lipen. Mi padre los reunió a todos en el mercado de caballos, junto a la sinagoga, y, con su fusta (tenía una fusta con mango en forma de serpiente; si la mirabas con detenimiento, te devolvía la mirada), señaló la sinagoga y las casas judías con tejado de zinc: «Id primero a las casas con tejado de zinc y desmontadlas hasta el último tablón. Allí encontraréis oro». A nosotros nos dejaron en paz, pero a los judíos les destrozaron los suelos, los desvanes, los sótanos y las estufas. Dadnos oro y ropa, decían. Vete a saber, quizá encontraron oro en alguna casa, pero a mí no me consta. ¿Qué oro iban a tener los judíos de Lipen? Enfurecida, la turba empezó a sacar a las mujeres judías de sus escondites. Las violaron a todas: a las niñas, a las ancianas moribundas, a las embarazadas. El enfermero, Lapotok, escribió más tarde que no había ni una sola mujer judía que no hubiese sido violada. De ahí vino también la sífilis. Pero ¿a quién le importaban la sífilis y demás desgracias? No hay en el mundo peor lacra que el ser humano. Una vez que ha olido la sangre y la ganancia, nada lo detiene. ¡Eso es todo! Te lo diré así: quizá mi padre no era tan depravado. Quizá no quería que las cosas sucedieran como sucedieron. Pero aquellos hombres eran jóvenes, había una guerra, se ponían hasta arriba de vodka y se dedicaban a tomarse el pelo y retarse unos a otros.

Los judíos que intentaban proteger a sus familias y sus bienes eran abatidos en el acto. A los que ofrecían dinero a cambio de misericordia, les decían: «No necesitamos tu dinero, sino tu alma judía. Y te la vamos a arrancar». Al viejo Ruvim, el talabartero, le partieron el cráneo hasta los dientes. Mijel no quiso entregar su dinero, así que lo colgaron de la puerta. Luego se columpiaron agarrados a sus piernas, borrachos y gritando. Cuando Nochim, el panadero, se negó a entregar a sus hijas, le sacaron los ojos, le cortaron la piel a tiras y le echaron sal en las heridas. ¡Dichosos aquellos que recibieron un balazo en la frente! Así se hacen las cosas en Lipen: a las primeras de cambio, se tuercen brazos y piernas hasta que crujen, se sacan ojos, se corta la piel a tiras y se espolvorea sal por encima. Así es la gente aquí. Todo viene de esa ciénaga. Tema y Orka fueron los únicos Barenboim que sobrevivieron. A Tema solo le saltaron un ojo de un

latigazo (quizá fuese mi padre el culpable, vete a saber). Había agarrado a Orka y se había escondido en la letrina. Con la mierda hasta el cuello, oyeron cómo destrozaban su casa. En la casa de los Barenboim se había reunido la familia al completo, estaban sentados y rezaban. La vieja Keila se meó encima del susto, así que pidió que la dejaran lavarse antes de morir, para presentarse limpia ante Dios. Le golpearon la cabeza hasta que la sangre salpicaba. En la casa de los Barenboim las paredes estaban ensangrentadas hasta la altura de los pomos de las puertas, la sangre impregnaba los felpudos y fluía hasta el sótano. Y entonces llegó el momento de divertirse en silencio. En aquel sótano se ensañaron con cada miembro de la familia, uno tras otro. Los bajaron y les desnudaron. A las mujeres les cortaron los pechos y les rompieron todos los huesos; a los hombres les cercenaron las manos y los pies. Y luego no quieren saber quiénes fueron. Yo sé quiénes fueron. Los hijos de Andryiash. Durante el segundo asalto germano, hicieron lo mismo con la maestra: le cortaron los pechos, la pasearon por las calles y la quemaron viva. Antes, le habían echado sal en las heridas, al grito de «¡Aquí tienes tus suspensos y aprobados!». Ella ponía los ojos en blanco y apenas lograba mover las piernas. ¡Fueron los hijos de Andryiash! Habían respondido al llamamiento de Bagalévich, acudiendo en una carreta cargada de sierras, hachas, barras de hierro y mayales. ¿Para qué, dime tú, necesitaban los mayales si no era para apalear al personal? Eran tan creyentes, tan temerosos de Dios, y sin embargo insistían con la matraca de que los judíos mataron a Cristo y amasan la matzá con sangre infantil.

Por la noche, Tema y Orka abandonaron su escondite y huyeron por la calle Novazhidóvskaia en dirección al río Oressa, lo cruzaron a nado y se pasaron un día entero sentados en un campo de cáñamo, oyendo gritos, disparos y alaridos. Luego corrieron hasta Naugálnaie y llamaron a la puerta de nuestra granja. ¡Adónde habían ido a parar! Derechitos a la casa de Bagalévich. Cuando mi padre llegó a casa, aquellos dos judíos permanecieron ocultos en el sótano mientras Sauka iba y venía sobre sus cabezas.

Tema testificó en el juicio contra mi padre. Contó que Sauka se había quedado sentado y en silencio, con la barba apoyada en el pecho. Cuando

los alemanes volvieron a las andadas, al ver cómo quemaban y torturaban a nuestra gente, mi abuela Marianka se puso en pie y dijo: «Bueno, decidme, ¿os han salvado las colchas judías? ¿Os han protegido las alfombras judías?». Yo le advertí: «Abuela, te matarán o te cortarán la lengua por decir esas cosas». «Que lo intenten», repuso ella. Pero nadie nos hizo nada, por mucho que gritara la abuela. Ni los rojos, ni los alemanes, ni los partisanos. Mi abuela ayudaba a todo aquel que lo necesitara: echaba una mano en los partos, cortaba cordones umbilicales, curaba heridas, trataba el escorbuto, el tifus y la fiebre. Y destilaba aguardiente, Dios sabe con qué. Ya no temía a nadie. Ni a Dios, ni al diablo, ni a los hombres. «¿Qué más da —decía— que sean alemanes, rusos, polacos o bielorrusos? Todos son iguales, hombres huecos.» En aquella época teníamos unas gallinas de raza negras y patilargas. Cuando los polluelos crecieron, ya no se podía pasar por el patio. Se picoteaban los ojos, se destrozaban con las garras, atacaban a personas y perros. No había quien pasara por el patio. Así que la abuela y yo nos acostumbramos a partirles el pescuezo con la cancela del jardín. Los agarrabas por las alas y ¡zas!, listo. Los desnucamos a todos. Nos comimos algunos y vendimos el resto. A partir de entonces, en el patio reinó la paz. Quizá habría que proceder de esta manera en todo el reino animal: por cada diez gallinas, un solo gallo.

Entretanto, los sóviets habían vuelto para quedarse. Sauka anduvo escondido hasta el otoño. De vez en cuando atravesaba el pantano de Skórdnaie para reunirse con mi madre. Los bolcheviques empezaron a interrogarla, una y otra vez: querían saber dónde se ocultaba Bagalévich. Mi madre, completamente debilitada, no hacía más que llorar y decir que aquello era un gran pecado y una infamia. A nosotras nos dejaron en paz, ya que Tema había declarado que la habíamos escondido de los bandidos. Finalmente, la abuela le dijo a mi madre: «Prosia, tienes que delatarlo. Aplastarán a Sauka y a ti también, como a un mosquito. Pero al menos Darafeia se salvará». Ensartaron a mi madre con un anzuelo, como si fuera una lombriz, y ella se sentó y esperó. Sauka volvió a casa por Navidad y pasó la primera noche en el pajar. Le había traído un regalo a mi madre, un espejo de mano con marco de plata. Al entregárselo, se puso de rodillas y le pidió disculpas: «Perdóname, Prosia, no quería que las cosas salieran

así». Mi madre informó a las autoridades de su escondite. Sauka salió del pajar a medio vestir, partió su fusta con la rodilla, la tiró al suelo y dijo: «Dar coces contra el aguijón no es de recibo. Soy todo vuestro». Se celebró un juicio en Lipen y luego, dicen, lo fusilaron en el bosque de Kasciukovicy. Solo entonces vinieron a buscar a mi madre. El agente que se la llevó, Lazevulkin, se hartó de insultarla y golpearla: «¡Cómplice de un bandido, compañera de bandidos!». Se llevó su espejo y sus pendientes, los únicos objetos de valor que había en nuestra casa. A la abuela y a mí no nos tocaron. No sabemos qué fue de mi madre ni si llegó a dar a luz, pues estaba embarazada. La aplastarían como a un mosquito. A mi padre le prometieron clemencia si convencía a sus hombres para que se entregaran, pero era mentira. No les guardo rencor por ello: mi padre mismo hizo daño a mucha gente; les guardo rencor por destruir a mi madre y dejarme huérfana de por vida. Ni siquiera tenía una tumba en la que desahogarme cuando las cosas no iban bien. Todas las niñas huérfanas visitaban la tumba de su madre, le pedían consejo o la invitaban a su boda. Yo ni siquiera tenía una tumba a la que ir. ¿Qué culpa tenía mi madre? ¿Había elegido ella a Bagalévich? Fue él quien apareció, chascó los dedos, y listo. Ni siquiera los poderes de la abuela sirvieron para impedir que se casaran. Bagalévich era como ella, no temía ni a Dios ni al diablo. Pero tanto va el cántaro a la fuente que al final se rompe.

Así que solo quedamos dos en Aredeber: la abuela y yo. Yo llevo el apellido de mi madre, Sírash. De mi padre solo conservo el patronímico y la sangre homicida. En algún lugar del bosque Kasciukovicy, Sauka debe de estar revolcándose bajo tierra y mordiendo el subsuelo porque su sangre se ha mezclado con la de un judío.

Pável, tu padre, es un hombre de pocas palabras, se diría que tiene la boca llena de agua. En él, la sangre homicida está en pugna con la sangre judía, de ahí su silencio. La sangre homicida tiene mucha fuerza: si la derramas sobre una piedra, borbotea, silba y se retuerce como una serpiente. La sangre santa, la de los hombres justos, cae sobre la piedra sin dejar la más mínima huella. Al mezclarse ambas sangres, no se impone ninguno de los extremos, sino que se alcanza un punto intermedio. Pável tiene el talante reposado de Prosia, mi madre. Tú y yo somos impetuosas. También lo era

la abuela Marianka, aunque es posible que se salvara de ir al infierno. Porque, pese a su carácter avieso y retorcido, era una gran comadrona. Todos los niños que murieron calcinados o ahogados en el pantano durante el asedio le tenderán sus gasas para que pueda vadear el río de fuego del infierno. No me extrañaría que la abuela atravesara las llamas con la misma soltura con que atravesaba la ciénaga. Recuerdo con cariño los veranos en los que deambulaba con ella por los pantanos, los caminos y los campos, y dormíamos en casas ajenas. Siempre le reservaban el mejor sitio, todos la respetaban y se cuidaban de no enfadarla, temerosos de que hiciera de las suyas. Por aquel entonces ya estaba muy vieja y renqueaba como un pato, aunque seguía siendo dura como el pedernal. Yo la acompañaba a tomar té con rosquillas en casa de la vieja Barenboim. Allí se alojaba todo Naugálnaie en los días de mercado, y todos se preguntaban por qué Marianka había salvado a Orka y a su madre, a qué se debía semejante decisión. Un pariente de Tema, superviviente como ella, ocupaba ahora un cargo en la Administración de Lipen y decía que más valía no tocar a la abuela y hacer como si no existiera. Y nadie nos tocó. En un momento dado se pusieron a perseguir a las curanderas y a derribar las cúpulas de las iglesias, y ni siquiera entonces nos molestaron. Cuando las autoridades confiscaron los bienes de nuestra granja, nos dejaron las gallinas, porque eran negras y tenían la cresta roja como el fuego. Se rumoreaba que eran de ese color porque la abuela las cruzaba con su chotacabras y las alimentaba con carne. Solo el diablo sabe qué otras cosas decían de nosotras.

Los veranos de entreguerras eran espléndidos; secos, calurosos y soleados. También lo eran los inviernos, con sus días blancos como la tiza y sus noches negras como el alquitrán. Por aquel entonces abundaban las manadas de lobos, unos ejemplares tan astutos que se decía que eran hombres lobo: lobos blancos y lustrosos que se habían aficionado a la carne humana y equina. ¡En aquella época los bosques estaban llenos de despojos! Peinaban los pueblos y arrasaban con todo. Tu padre se queja de que los lobos iban a Aredeber a relamerse, pero no sabe que en la finca del señor Zubarévich intentaron incluso abrir los cerrojos con sus patas. Cerca de Svistsina devoraron a un porquero, del que apenas dejaron la camisa y un montoncito de huesos tiernos y rosados. Recuerdo que, antes de salir, la abuela metía a las gallinas debajo de la estufa y a las ovejas y los corderos

en el zaguán. Por último, me encerraba a mí también en la casa y desaparecía. Yo oía a los lobos aullar cerca del pantano, junto a la valla, o dentro del mismo patio. En esos veranos perdí el miedo. Después del segundo asalto germano, hizo falta una década para deshacerse de los lobos. Tuvieron que enviar soldados. Los lobos se habían vuelto tan astutos que subían por las escaleras de los establos y arrastraban a las ovejas por los tejados. Las despedazaban y se las llevaban.

Las ciénagas de la zona podían ser terribles, estaban llenas de agujeros que eran como ventanas camufladas. Pasas junto a un pino pequeño y retorcido rodeado de musgo, apoyas el pie, debajo no hay nada, un abismo, y ya estás precipitándote al vacío. Solo mi abuela y el viejo Garvata conocían esas trampas. Conocían cada árbol seco, cada montículo de tierra, cada arbusto. A diferencia de mi abuela, que siempre iba a su aire, Garvata se prestaba a hacer de guía a todo aquel que le pagara y le dejara en paz. Guiaba a los alemanes, a los polacos, a los rojos, a los *polizei*[12] y a los partisanos. Y nadie se metía con él. Conocía el pantano, conocía a toda la gente del lugar, sabía quién vivía dónde y cómo, en las granjas y en las fincas, en las residencias nobiliarias y en los pueblos. Sabía quién escondía qué, cuántas reses había en los establos y en el pantano. Mi abuela era muy discreta y no se iba de la lengua. Garvata, en cambio, regresaba del cenagal con el cuerpo hinchado por las picaduras de mosquito y al primer trago se ponía a parlotear; aseguraba haber visto el rebaño de ovejas que habían muerto ahogadas en el pantano, acompañado de Misha, el pastor, con la piel cerúlea, tiritando y chorreando agua, que le había dicho: «Abuelo, hazme un favor y préstame tu zamarra, estoy helado». Así era Garvata: engreído y fantasmón, solo pensaba en sí mismo, y ninguna autoridad le importunó jamás. Mandara quien mandara, Garvata estaba ahíto y ebrio y tenía la nariz llena de rapé. Esas ciénagas nuestras son enormes e intransitables, y en ellas no hay ningún lugar donde una persona pueda esconderse o desaparecer. Si quieren, acabarán por darte caza y arrancarte el alma, algunas veces los lobos, otras los poderosos.

8. «Ladrido de animal», en bielorruso.

9. «Sopa de harina», en polaco y bielorruso.

10. Los Comités de Campesinos Pobres (en ruso, «*komitety bednoty*») se establecieron durante la segunda mitad de 1918 en la Rusia soviética. Eran instituciones locales para agrupar a los campesinos empobrecidos y apoyar la política gubernamental de los bolcheviques.

11. Política bolchevique de confiscación de grano y de otros productos agrícolas. Conllevó el empobrecimiento general del campesinado y varios millones de muertes por inanición.

12. Policía auxiliar militarizada, formada por prisioneros de guerra y la población local en los territorios ocupados por el Tercer Reich.

4. «¿Qué buscas, lobo?», «lo que queda»

En 1927, cuando yo ya había recobrado la cordura y la gente empezaba a levantar cabeza y a llenarse el estómago, la desgracia volvió a cebarse en nosotras. Estábamos sentadas en la nueva casa de Tema, en Lipen, cuando apareció Moisha, un miembro del Partido, y anunció: «Bueno, tía, empieza una nueva vida. La camarada Zauerman dice que vamos a agrupar a los vecinos en cooperativas y a exterminar a los kulaks, los polacos blancos y los bandidos». Dicho y hecho. Tras licenciarse del Ejército, Pável Padziaryja se convirtió en el presidente del Consejo Rural de Vóstryie Yolki. Orka, que por entonces rondaría los quince años, fue nombrado secretario. Se convirtió en un miembro ejemplar del Komsomol,[13] transformó la pequeña sinagoga en una casa del pueblo y se puso a organizar espectáculos teatrales. Representaron *El señor Surynta*, el propio Golubok[14] vino aquí, y la gente comentaba: «Golubok ha venido en avión para montar una obra». Entonces, Moshé Feinstein, el rabino de la comunidad judía de Lipen, sabio entre sabios, hizo llamar a Orka y le dijo: «Orka, el hombre debe ser flexible como el junco en la desgracia, pero firme como un cedro en la fe. Cuando Bagalévich imponía su ley, fuiste como el junco, te dejaste doblegar y sobreviviste, pero ahora, cuando deberías ser firme como un cedro, vuelves a inclinarte. ¿Adónde te diriges, Orka? ¿Y con quién? ¿Adónde arrastras a tu gente?».

A lo que Orka respondió: «Maestro, aquí no crecen cedros, sino pinos y abetos. No entiendo sus parábolas ni sus mil preceptos. ¡Viviré según mi propio criterio, para poder construir una Internacional en la que tengan cabida los judíos!». Tema decía que el maestro Moshé era un gran hombre, pero que Orka también estaba destinado a serlo, en su tierra o en el extranjero. Y que lo habría logrado si le hubiesen dejado vivir.

Entretanto, nos enviaron a Salvés Shardyka desde Vileika. Era de Gliatóvskaia, como mi padre, y la gente se preguntaba qué tendría aquel

lugar para ser una cuna de facinerosos. Los presidentes de los consejos rurales recibían dinero por cada finca que desalojaran y por cada familia que expulsaran, por lo que se dedicaban a correr de aquí para allá, haciendo listas. El propio Salvés viajaba a todas partes, acompañado por el agente Lazevulkin, que se encargaba de llevar a la gente a la cárcel de Slutsk o al bosque de Kasciukovicy para fusilarla. Ese Lazevulkin fue a ver a Frania Kórbut en Vóstryie Yolki. Le regaló el espejo de plata con dibujos de escamas —muy caro, porque estaba nielado y llevaba el sello de la fábrica de espejos de Zarecha— y los pendientes de mi madre que lanzaban destellos azules. ¡Y más tarde volvió a la misma casa para expropiarla y expulsar a los Kórbut! ¡Menudo sinvergüenza! Los subieron a unas carretas con lo puesto y con sus hijos, diminutos como guisantes. Frania se quedó allí sentada, mirando, ya a su padre, ya a Lazevulkin. La familia entera murió en Solovkí.[15]

Orka acompañaba a Shardyka y a Lazevulkin, se encargaba de llevar los registros y es posible que a esas alturas ya hubiese empezado a entender ciertas cosas. Yo iba al centro de alfabetización de Vóstryie Yolki, donde Orka me enseñaba a escribir. A veces se sentaba allí y corregía sus listas. «¡Propiedad kulak! —decía—. Una finca de construcción antigua con zaguán, era, granero, bodega, establo, gallinero, almacén, dos potros, una vaca, dos terneros, una oveja, un cordero, una máquina segadora sin cuchillas, varias ruedas de madera viejas, un arado antiguo, un armario viejo…» En la lista de los Kórbut consignó cuarenta puds[16] de heno y veinte de paja, un trineo viejo, cuatro camas, una cómoda, un reloj de pared averiado; un espejo de gran tamaño, valorado en cuarenta rublos; un espejo de mano con marco de plata, valorado en diez rublos; un cofre grande con cerrojos, un sofá de tres plazas con un espejo en el respaldo, una máquina de coser. «¿Sabes que Lazevulkin me ha quitado ese espejo? —me confesó Orka—. Eres tonto de remate, no pareces judío, me ha dicho. ¿Crees que vale diez rublos? Es de plata nielada y lleva sello. Y ha cogido el espejo. Era viejo, turbio como un pantano, y no estaba bien sujeto dentro del marco. Quédatelo, Lazevulkin, le he dicho. ¿Qué otra cosa podía hacer?» Lazevulkin siempre fue un muerto de hambre y un avariento,

incluso le habría arrancado la costra a la mierda si hubiese podido venderla.

Y vaya si se emplearon a fondo esos canallas. Fueron cinco años de tropelías. En 1929, 1930, 1931, 1934 y 1937 se llevaron a veintiocho personas de Naugálnaie y a dieciocho de Ubibatski. Adam Sheshka se abalanzó sobre ellos con un hacha y lo mataron de un disparo en el umbral de su casa. En Lipen fusilaron al panadero, Yúzik Migún, por ser un demócrata nacionalista y haber regresado de su exilio polaco con la intención de mezclar arena y suciedad en los panecillos de los sóviets. Dios mío, ¿por qué diablos tendría que hacer eso, si la harina del koljós ya era negra y estaba llena de grumos y hongos? Cualquiera querría ser panadero en Lipen, ¿verdad? Primero torturaron hasta la muerte al panadero judío y luego hicieron lo mismo con el bielorruso. Por eso ni siquiera los cerdos comen pan de Lipen. «No vayas a Yamluikí a por chicas, ni a Lipen a por pan.» Es ácido y amargo, no hay quien se lo coma.

La gente resistía contra la colectivización como podía. Sacrificaban al ganado, enterraban el grano y quemaban sus pertenencias con tal de que esas sanguijuelas no se las quedaran. Nadie quería dejarse la piel en una granja colectiva. En las granjas juntaban a todo el mundo, como a los judíos en el Kahal,[17] pero entre nosotros también había vagos, borrachos y ladrones, y pagaban justos por pecadores. En Vol Vialiki los lobos mataron a todas las ovejas y las colocaron en fila, una al lado de otra, a modo de burla. Y todo porque Andréi Gudvilóvich se había olvidado de cerrar el redil. «No es mi redil —se excusó—. Para eso están los capataces.» En Naugálnaie segaron cuarenta hectáreas de heno, se marcharon sin recogerlo, y la cosecha se congeló. Más tarde rastrillaron el hielo mientras se tronchaban de risa.

A aquellos que habían esquivado la deportación o el fusilamiento se los agrupó a la fuerza en cooperativas, al tiempo que se hostigaba a los pequeños propietarios. El agente Lazevulkin volvió a hacer de las suyas y la camarada Zauerman se pasaba el día trabajando, hasta que la pluma se le rompió, según cuentan, de tanto firmar órdenes de expropiación y sentencias de muerte. Y los granujas como Salvés Shardyka y los Andryiash se paseaban por ahí muy gallitos, como diciendo: «¡Aquí estoy yo!». Tras

cumplir condena y expiar sus culpas ante la patria socialista, los Andryiash habían vuelto al pueblo para alistarse en la milicia. ¡Vestían uniforme y llevaban correajes! Mi abuela le dijo a Orka: «¿Cómo es posible que Bagalévich esté criando malvas, pero esos Andryiash, que les cercenaron las manos y los pies a los tuyos, estén sanos y salvos?». «Abuelita, nadie los vio hacer eso, y tampoco hubo pruebas contra ellos en el juicio», repuso Orka. En cualquier caso, si nadie los vio entonces, se dejaron ver a raíz del segundo asalto germano. Hasta que llegaron los alemanes, los lugareños se habían dedicado a devorarse entre sí. ¿Qué fue de los mozos de cuadra, los cocheros, los capataces, dónde están los kulaks desafortunados que solo poseían una vaca famélica y una cuerda de cáñamo? ¿Y los Kaugarenia, los Liauchenia, los Kruglenia, el guardabosques Patorski y su familia? Cogieron sus bártulos y se mudaron al pueblo. Así que Verjí, Grady, Peratok, Gúmnishcha, Dziaménitsa, Zaniva, Jrasty, Zimóvishcha y Famin Rog dejaron de existir. Antes, mi abuela y yo íbamos a todas partes, ayudábamos a la gente, hacíamos noche y volvíamos a casa. Pero ahora Orka decía que, si la abuela seguía así, las curanderas correrían la misma suerte que los curas y los kulaks. «Quédate en casa, Marianka, estate quieta.» Y la abuela le hizo caso. Cuando llegué a moza, Marianka a veces me mandaba a hacer recados: entregar unas hierbas, conjurar una maldición. En aquella época aún no se me daba bien. No llegué a dominar el oficio hasta la Gran Guerra. Para cuando se produjo el tercer asalto, ya me las sabía todas. Pero ¿acaso sirvió de algo?

Un día del año 1929, Orka vino corriendo y anunció: «¡Vamos a drenar el pantano! Nos han enviado al camarada Padziaryja, trabajador ferroviario, combatiente del Ejército Rojo, uno de los Veinticinco mil.[18] Sabe hacer de todo, lo sabe todo y tiene una inteligencia prodigiosa».

Los mandamases volvieron a las andadas, haciendo que el bosque retumbara. No había escapatoria. La Zauerman ordenó que todo el mundo, jóvenes y mayores, asistiera a los centros de alfabetización y las escuelas. Yo seguí yendo a Vóstryie Yolki, aunque se había fundado una escuela en Naugálnaie. Pero allí solo había niños pequeños, así que prefería atravesar las ciénagas hasta Vóstryie Yolki, donde también se enseñaba a jóvenes de entre trece y dieciocho años y a adultos. A los mayores de cincuenta no se les enseñaba nada, pues ¿qué podían aprender esos vejestorios?

En el día de la Candelaria, mi abuela y yo siempre dirigíamos una plegaria a los pantanos, para que los espíritus y los hombres del agua no se llevaran las ovejas ni ahogaran a los borrachos. Por ejemplo, cogíamos un trozo de mantequilla, lo envolvíamos en un trapo limpio y lo hundíamos en el ojo derecho, cerca de Aredeber. Esas ciénagas nuestras eran terribles, pero nunca se llevaron a tanta gente como la propia gente. Las señoritas Dabravolski, el general Zhilinski y el señor Zubarévich fueron pioneros en el drenaje de los pantanos. Recuerdo que Zubarévich ordenó esparcir sal en Asnichki. Mientras los peones de la finca cumplían la orden, todo Lipen se mofaba de ellos. Desde entonces, todo el mundo se ríe de la gente de Asnichki por sembrar sal, vaciar el pantano con cucharones y llevar el sol a sus casas en sacos porque las ventanas son muy angostas. Ser de Asnichki es motivo de burla asegurado. Sin embargo, la gente de Asnichki contaba con Zubarévich, un hombre muy inteligente, que les hablaba de grandes ventanas, de estufas rusas que no se chamuscaban, de fertilizar la tierra y drenar los pantanos. Pero la gente seguirá riéndose de los habitantes de Asnichki dentro de cien años. Ellos mismos establecieron una comisaría de *polizei* en Yamluikí, tras lo cual ningún habitante de los otros pueblos ha querido casarse con alguien de allí. Decían que más valía mantenerse alejado de sus cerdos y de sus chicas. Y todo por haber colaborado con los alemanes.

Zubarévich aconsejaba drenar los pantanos con cuidado, para evitar que la tierra se tragara toda el agua y se secara el pozo Biely Slup, así llamado porque llega hasta el núcleo terrestre, allí donde se encuentra el paraíso blanco.

Y entonces, palomita mía, los comuneros se personaron en Vóstryie Yolki, se dispersaron como pececillos y se pusieron a cavar como demonios. Cavaban con ayuda de unos caballos, y ellos mismos tenían un aspecto diabólico: harapientos, embarrados, llenos de picaduras, sumergidos hasta los ojos en el pantano. Mientras faenaban, Orka Barenboim iba de aquí para allá, anotando cuántos metros habían cavado.

La gente no quería ir a la comuna, por lo que enviaban allí a soldados rusos y judíos pobres que no tenían dónde caerse muertos. Las chicas no querían casarse con los comuneros, porque estos no poseían más que un par de botas y un único abrigo que no se sabía si era una chaqueta o un

lapserdak.[19] Con ese calzado y esa ropa recorrían los pueblos y las granjas en busca de novia. La gente se burlaba de ellos: «¿Y tú qué eres? ¿Aristócrata o judío? Si eres aristócrata, ¿por qué llevas los faldones de la chaqueta largos como los judíos? Y si eres judío, ¿dónde están tus *peyots*?».[20] Iban de finca en finca, como viejos pidiendo limosna. Nuestras fincas eran ricas y estaban bien provistas. En aquel entonces todos las alababan sin cesar, pero cuando les impusieron una cuota fija de pan, los habitantes de las fincas empezaron a quejarse. En 1927 empezaron a recorrer las fincas, confiscando todo lo que encontraban, y en 1929 idearon una especie de «política de reagrupamiento»: todos debían trasladarse a las aldeas, lo quisieran o no.

En nuestra zona se decía que el reagrupamiento consistía en integrar las granjas en las aldeas y los pueblos. Los hacendados se habían reído de los comuneros. Y ahora eran los comuneros los que se reían de los hacendados. Se agenciaron botas, tractores y un ferrocarril de vía estrecha. Y empezaron a llevarse a las chicas que querían. Todas bebían los vientos por Pável Padziaryja, pues era un partido excelente. Al final se emparejó con Paraska, de Zabarvecha, la mejor chica de Lipen. Y la subió a un tractor.

Orka se pegaba a ese Pável, lo seguía con la boca abierta, y yo me pegaba a Orka. Y así andábamos los tres por ahí, durante días. La abuela empezó a regañarme porque ya no aparecía por casa y a veces dormía con los comuneros. Estos vivían hacinados, Padziaryja y Paraska eran los únicos que disponían de un espacio propio, una caseta de ocho metros cuadrados, una antigua pocilga, pero limpia y llena de libros.

Pável se levantaba con el sol incluso los domingos, cogía una cantimplora llena de leche y una rebanada de pan, montaba en su caballo y cabalgaba hasta Lipen, a la escuela popular. Allí leía libros y hacía dibujos técnicos, y el lunes por la mañana regresaba a Vóstryie Yolki. Con el pelo revuelto, los ojos enrojecidos y el caballo arrastrando las patas.

Pável era de Zarecha, donde había crecido junto a las vías del tren, y no sabía mucho de labores agrícolas. «Es bueno, Darafeia, no entender nada, porque de nuestros campesinos solo se pueden aprender conceptos oscuros y supersticiones», me decía. A menudo discutía con Orka a cuenta

de estas supersticiones, porque este anotaba todo lo que decía mi abuela, se juntaba con las brujas ancianas y registraba las canciones y coplillas que entonaban, lo que decían sobre cuándo y cómo sembrar. Pável, por el contrario, lo sacaba todo de los libros, única y exclusivamente de los libros. «Amo la tecnología —decía—, me vuelve loco. Crecí entre locomotoras de vapor. Luego me llamaron a filas, entré en el cuerpo de caballería, solicité el traslado al de artillería y allí me enteré de que los comuneros habían hecho un llamamiento para drenar los pantanos de María y Skórdnaie. El señor Zubarévich, las hermanas Dabravolski y el señor Zhilinski no habían hecho nada porque faltaba mano de obra, y los pocos trabajadores de los que disponían eran asalariados y faenaban con desgana. Yo me imaginé cómo trabajaría aquella gente si le moviera la idea de construir una nueva vida. De manera que fui a entrevistarme con el comandante de mi división y le dije: "Déjeme ir y deme siete voluntarios para formar una cuadrilla fuerte a la que puedan unirse otras personas". El comandante pensó en denunciarme al NKVD por sabotear al Ejército, pero luego dijo: "Está bien, Padziaryja, se lo trasladaré a Minsk". Así que nos citaron en Minsk, ante el comisario del pueblo Pryshchepau. Era joven, este Pryshchepau, no debía de tener ni treinta años. Como yo. Pidió a todos los demás que abandonaran la sala y me dijo:

»—Pável, ¿para qué necesitas esas comunas? No funcionarán. Al bielorruso le gusta estar en el campo, en su propiedad, con el puño apretado en el bolsillo del pantalón. Mi padre era un pequeño agricultor, tuvo diez hijos, pero habría matado a cualquiera por su tierra. Habíamos cultivado aquella tierra con nuestras manos. ¿Y tú quieres meter a esta gente en una comuna? No va a funcionar, Pável. Tenemos que desarrollar las fincas, pero no como ahora. Estuve en Dinamarca, allí la tierra es tan árida como la nuestra, pero la gente la cultiva con conocimiento. Esparcen fertilizantes y crían animales. En seis meses llegan a criar un cerdo del tamaño de un pajar. A los nuestros los alimentan durante tres años y aun así no hay nada que ver, ¡mucho hocico y poco cuerpo!

»—Zmítser Jalimónavich —repuse—, ¡yo también soy partidario de hacer las cosas de otra manera! Ahora bien, esos fertilizantes que usan en Dinamarca no nos hacen falta, porque si logramos drenar el pantano obtendremos turba, ¡y brotarán bosques donde ahora solo hay agua estancada!

»—Si lográis drenar el pantano, obtendréis turba en abundancia, pero la turba no es tierra negra. La tierra negra pesa como una piedra y se queda en su sitio, pero la turba sin agua es como el polvo, desaparece al primer soplo de aire. Vuela, arde. ¿No has oído que cuando los pantanos se secan, se asan allí jabalís enteros?

»—Lo hemos previsto todo, conservamos los planos que hizo el general Zhilinski. Y es barato, se podría drenar el agua con tuberías de arcilla y cavar zanjas con caballos y hombres. El Ejército ya nos proporciona siete hombres, y si pudiera proporcionarnos la maquinaria, sería fantástico…

»—Tendrás la maquinaria, Padziaryja. Pero abstente de blandir el sable como solías hacer en la caballería. Deja en paz a la gente que prefiere mantenerse al margen, no la hostigues. Y a quien quiera unirse a la cooperativa, la comuna o el koljós, acéptalo. No fuerces a nadie. Ten en cuenta que no somos como los rusos, que llevan un siglo en la *obshchina*[21] y viven en su comunidad agrícola como los judíos en su Kahal. Si tratáramos de imponer la comuna por la fuerza, lo echaríamos todo a perder y dañaríamos a la causa. Y si los presionas demasiado, alguno se ahorcará por pura obstinación. Son bielorrusos, tercos como mulas, todos y cada uno de ellos. Ni la redistribución, ni los impuestos ni la rapiña servirán de nada, solo nuestro ejemplo.

»—¿Y cómo podemos ser ese ejemplo? No tenemos nada. Solo botas, y están agujereadas.

»—Todo se andará. Por ahora, coge los caballos del Ejército que hayan sido desmovilizados y ve al Cuartel General, allí te proporcionaremos tractores. Un tractor tiene una potencia equivalente a treinta y dos caballos, y no necesita avena ni heno. Nuestros campesinos siempre se empeñan en tener un caballo enorme, capaz de comerse él solo todo el heno a lo largo del invierno. Al resto de caballos y vacas los tienen medio muertos de hambre, atados a las vigas, pero el caballo principal, ese siempre es enorme. Y cuando ese caballo revienta, no les queda más remedio que convertirse en jornaleros. En cuanto vean las ventajas, se harán cargo de la situación y se unirán a tu comuna.

»—¿Qué tractores nos daréis?

»—Dos Stalinets y, si todo va bien, un Rübezahl alemán. Hemos recibido uno de una feria que se celebró en Moscú. Tiene una potencia tremenda,

pese a su curioso nombre: Rübezahl, “contador de nabos”. En cualquier caso, parece un nombre propicio para nosotros, indica que cosecharás muchísimos nabos.

»Salí volando del despacho de Pryshchepau. Cuando la cosa empezaba a dar frutos, me envió al extranjero para que ampliara mi formación. A Alemania, no a Dinamarca. De allí traje el ferrocarril de vía estrecha para el transporte de turba y madera. Pero eso fue después. Destituyeron a Pryshchepau por mostrar inclinaciones pequeñoburguesas y lo enviaron a la estación meteorológica de Mózyr, pero volvió a caer en desgracia y dio con sus huesos en la cárcel de Slutsk. Dicen que allí se ahorcó. No sé nada más. Pero algo haría para que lo metieran preso, ¿no?

»Regresé a mis pantanos. Cultivamos las praderas de Zabalotse, Vóstryie Yolki y Kupinki y la finca de Chutki. Cuatro caballos desmovilizados, siete comuneros y cuatro tiendas militares. ¡Y los mosquitos, los dichosos mosquitos! Casi nos devoran. Durante el primer año logramos talar doscientos pinos entre los siete, convertirlos en madera y transportarlos a lo largo del río Oressa. Luego empezaron a enviarnos soldados desmovilizados, llegamos a ser cuatrocientos. Vivíamos en chozas y tiendas de campaña. Y ahora tenemos de todo. ¡Cuatro mil hectáreas de tierras cultivables, plantaciones de cáñamo y lino frondosas como bosques, patatas como nabos! Al ver a cuatrocientas personas cavando acequias y construyendo diques, cualquiera pensaría que esta tierra no ha conocido un solo momento de reposo, que en ella siempre ha habido gente, gente y más gente. Gracias a mis conocimientos ferroviarios, pudimos instalar la vía estrecha nosotros mismos. Había que traer tractores, sembradoras, trilladoras, un molino. Construimos un terraplén, acarreando arena y piedras sobre nuestras espaldas, porque los tractores se hundían en el pantano de María, que, según se decía, no tenía fondo. Sin embargo, nosotros logramos rellenarlo. ¿Oís al cuco cantar en el bosque?».

Así, mi palomita, llamaba a la locomotora de vapor: ¡cu-cú! [proseguía la abuela]. Traquetea por las vías y silba.

Una vez fui al centro de alfabetización, que también servía como oficina administrativa. Había allí un hombre que venía de la ciudad. Iba bien vestido, como un aristócrata: levita, sombrero, chaleco, camisa blanca.

Botas altas y de calidad, con hebillas. Pero ya no era joven, tenía más de cuarenta años y su rostro parecía enfermo.

—Pável —le dijo el forastero a Padziaryja—, ¿también ha ido gente del pueblo a vivir con vosotros en la comuna?

—No es que vengan en masa, Iván Daminíkavich.[22] Pryshchepau tenía una visión clara para este lugar. Este es un pueblo atrasado, sus gentes no están dispuestas a renunciar a lo que consideran suyo. Los que accedieron a entrar en la cooperativa ya se han escapado dos veces con sus bienes. Y lo peor de todo es la falta de mujeres. Cuatrocientos comuneros y ni una sola mujer. Claro, vienen del Ejército envueltos en harapos, con una guerrera, un capote y un par de peales. No hay chica que quiera bailar con un comunero. Mis hombres no se llaman Kandratóvich y no vienen de Smalgauk. Yo tampoco tenía nada que ponerme para la boda, pero Paraska se casó conmigo de todos modos. Ahora las cosas han mejorado un poco. La gente tiene botas y trajes. Y cuando asistimos a una boda, vamos en carro: enjaezamos cuatro caballos, los engalanamos con cintas rojas y volamos por la carretera adonde se nos antoja. Néstor es nuestro cochero.

—¿Y estas familias encuentran un lugar donde quedarse?

—Al principio, vivían en chozas en zanja, tiendas de campaña y barracas. Pero luego llegó el aserradero y se construyó la fábrica de ladrillos en Glínishche. Pronto habrá también un club social. ¡Las chicas serán nuestras y los señores verán quiénes son los mejores hombres del distrito de Lipen!

—¿Y os perjudican los señores?

—Por supuesto, provocan incendios y lo que se les ocurra. Pero el camarada Stalin ya nos advirtió de que la lucha de clases se intensificaría. Yo, por mi parte, no caigo en provocaciones, ya se darán cuenta de quién tiene razón.

—¿Y hay motivos para sacar pecho? ¿Qué me dice del rendimiento agrícola?

Padziaryja se sintió un poco avergonzado, y dijo:

—Iván Daminíkavich, no escriba sobre esto. Aquí el cereal crece vacío, alto pero vacío: la espiga brota, pero carece de grano. Al principio, pensábamos que el agrónomo tenía la culpa y lo arrestamos por sabotaje, pero no sirvió de nada. Más tarde supimos que hay que abonar la tierra con sulfato de cobre para que las espigas maduren como es debido.

Jalimónavich tenía razón. La turba por sí sola no basta. Eso sí, la alfalfa, la cola de zorro y las berzas crecen de maravilla. ¡Y los nabos! Tenemos un tractor Rübezahl, que significa «contador de nabos». ¡Dios mío, qué portento de máquina! No consigo que mi Paraska pase del Rübezahl a un Stalinets, no hay color.

Así presumía Padziaryja de su comuna, del ferrocarril alemán y del tractor ante cada recién llegado. ¿Y qué crees, palomita? Eso fue lo que lo llevó a la ruina. Alguien denunció a Pável por denigrar lo soviético y ensalzar lo alemán. Y aunque en aquel momento éramos uña y carne con los alemanes, el agente Lazevulkin detuvo a Pável y se lo llevó a Lipen en un furgón. ¡Se buscó su propia ruina, el pobre!

Tras repudiar a su marido ante un tribunal, a Paraska le quedó la duda de si debía conservar el apellido de casada, Padziaryja. Se había visto obligada a firmar una declaración contra su Pável, de lo contrario también ella habría caído en desgracia. Se quedó sola con su tractor, nadie quiso tomarla por esposa. La gente se reía de ella en sus narices: «Cásate con tu tractor, Paraska, ¡no será enemigo del pueblo, aunque sea alemán!». Y así ha vivido hasta hoy, palomita mía. Durante el segundo asalto germano, escondió el Rübezahl en la isla de Vopin. Se dice que le dio al viejo Garvata todo el dinero que le había dejado su padre para que llevara el Rübezahl a un lugar donde ya nadie cazara terneros. ¡Ahora Paraska es una heroína de los trabajadores! Quedará inmortalizada en el muro de honor de Lipen como la primera comunera. Cuando se jubiló, le permitieron recuperar el Rübezahl. Lo tiene guardado en el establo, como un caballo, y le pasa un trapo de vez en cuando. El día de San Jorge lo saca, lo desmonta y le saca brillo. En el pueblo, pese a todo, la llaman Padziaryja.

13. Organización juvenil del Partido Comunista de la Unión Soviética.

14. Vladislav Golubok (1882-1937), dramaturgo soviético, fue uno de los fundadores y director artístico del Teatro Nacional de Bielorrusia. En 1937, fue detenido y fusilado por el NKVD, bajo la acusación de promover el nacionalismo bielorruso.

15. Solovkí fue el principal campo de prisioneros de la Unión Soviética entre los años 1920 y 1930. Se cerró en 1939 ante la inminencia de la Segunda Guerra Mundial.

16. Antigua unidad de masa del Imperio ruso. Un pud equivale a 16,38 kilos.

17. Con este nombre se designa en hebreo una comunidad de judíos.

18. Así se designaba a los trabajadores de primera línea de los principales centros industriales de la Unión Soviética, que, a principios de la década de 1930, durante la colectivización agrícola, se

mudaron voluntariamente a áreas rurales para mejorar el desempeño de los koljoses.

19. Chaqueta con largos faldones, típica de los judíos de Europa del Este.

20. Largos tirabuzones que los judíos ortodoxos se dejan crecer a ambos lados de la cabeza.

21. En la Rusia prerrevolucionaria, la *obshchina* era una comunidad campesina donde las tierras pertenecían a todos y se labraban en común.

22. Iván Daminíkavich Lutsévich, alias *Yanka Kupala* (1882-1942), fue uno de los escritores en lengua bielorrusa más importantes del siglo xx. Compaginó su labor de dramaturgo y poeta con la difusión de la cultura bielorrusa, lo cual le valió ser acusado de nacionalista por el régimen estalinista. Su poesía de corte lírico y popular viró radicalmente hacia la propaganda oficialista tras pasar varios meses en la cárcel del NKVD.

5. Orka y los demás alemanes

Antes del segundo asalto germano, pensé en casarme con Orka, pero la abuela me dijo: «Tonta, es judío. Matarán a todos los judíos en menos de lo que canta un gallo. No sé qué tiene Dios contra ellos, pero haz la cuenta de la gente que le queda a este Orka. Los han matado a todos, Shmul, Gedeón, Keila, Motl, el pequeño David… Mejor que lleve la cuenta Tema, yo no los recuerdo a todos». La abuela llevaba razón, y Orka tampoco insistió. «Pintan bastos, ¿por qué íbamos a casarnos?», dijo. Mi Orka ya no volaba como un halcón del Komsomol, estaba cansado. En 1936, el agente Lazevulkin capturó cerca de Vóstryie Yolki a un judío que intentaba pasar desapercibido mientras se dirigía a Mózyr o a Kalenkávichy. Lo condujo al centro de alfabetización y le preguntó a Orka: «¿Lo conoces?». Orka lo miró y se quedó de piedra: «¡El rabino Moshé!». Ya en tiempos de los pogromos de Bagalévich, Moshé era el jefe y maestro supremo de los judíos, que no se atrevían siquiera a beber agua sin su bendición. Después de que lo expulsaran de la sinagoga, Hirsch, el zapatero, le había dado refugio en una bodega de raíces de su propiedad, donde el rabino se vio forzado a permanecer siete años, sin ver a su esposa, porque los judíos tenían prohibido observar sus costumbres —hornear la matzá y estudiar la Torá— y ella ya no podía purificarse como exige la ley judía. El rabino aún no era un anciano, pero estaba tan consumido, decaído y pálido, y tenía la barba tan crecida, que solo el brillo de los ojos delataba su identidad. Lazevulkin lo miró un instante, pero no lo reconoció.

Allí estaban.

—Orka —preguntó Lazevulkin—, ¿quién es ese judío? ¿Lo conoces?

Orka miró al rabino a los ojos y dijo:

—Camarada Lazevulkin, es un chalado del pueblo que va diciendo por ahí que el hombre debe ser como el junco y el cedro. Todo el mundo se burla de él, los niños le tiran manzanas y le silban. Yo también solía reírme de él, pero ahora me arrepiento. ¿Cómo puede uno reírse de un chalado, un hombre de Dios?

Así habló Orka para salvar al maestro Moshé.

—Orka, echa un vistazo a estos documentos con garabatos judíos que he encontrado. Una bolsa llena, con una letra minúscula. Menudo chalado, no tiene ni una migaja de pan, pero lleva casi medio quintal de papel a cuestas.

Orka echó un vistazo: ¡Dios mío, era una Torá entera, copiada y llena de comentarios sobre cómo debe vivir un judío en este mundo! Si esos escritos hubiesen sobrevivido, quizá a los judíos no les habría ido tan mal, quién sabe. Se dice que el rabino Moshé de Lipen es el maestro más sabio del mundo, que nació el mismo día que el profeta Moisés, a quien rescataron del río para que liberara a su pueblo de la esclavitud. Pero Lazevulkin ordenó a Orka que quemara esos papeles. Cuando este les prendió fuego, Moshé se enderezó y se quedó observando en silencio, con una mirada tan fulminante que helaba el alma. ¡Cuánto dolor había en sus ojos! Al verlo, Lazevulkin dijo:

—Disparémosle, Orka, o se abalanzará sobre nosotros. ¡Está como una cabra!

Orka logró disuadir a Lazevulkin y lo envió a la cantina a comer algo y beber un trago con las chicas.

A Moshé le recomendó que fuera a Starobin y le dibujó un mapa, siguiendo sencillamente los planos de Zhilinski, para indicarle el camino. El rabino miró a Orka y le dijo:

—Huye tú también, muchacho. Hemos hecho lo que hemos podido, aquí ya no hay sitio para nosotros. Mientras quedara un pequeño resquicio para enseñar la ley, lo hice. No quería claudicar, por temor a que los periódicos escribieran: «Otro exrabino ha visto la luz de la verdad». Pensaba que eso deshonraría el nombre de Dios… Orka, el único lugar donde un judío tiene prohibido leer la Torá es el retrete. Y un Estado que prohíbe leer la Torá es un retrete. Aquí no hay quien viva. ¡Y tu resquicio, Orka, pronto se cerrará!

Ya ves, palomita. ¿De qué les sirvió a los judíos que Moisés los liberara de la esclavitud en Egipto? ¿Dónde fueron a parar? A nuestra ciénaga, donde les esperaba la muerte. Suerte que al menos Moshé salvó el pellejo.

Pero ¿adónde iba a ir Orka, qué iba a hacer? Aquí tenía a una madre anciana a su cargo y trabajaba. Y estaba yo. Sin embargo, se apagó, bajó la

cabeza. En una ocasión, me enseñó en el periódico un poema larguísimo y me dijo:

—¿Te acuerdas de ese hombre con pinta de aristócrata, Iván Daminíkavich? Él también es infeliz. Estuvo aquí en viaje de negocios y escribió un poema sobre nosotros, «A orillas del río Oressa». Le falta alma, es una bagatela. Escucha y dime si esto es poesía. Yo también puedo escribir así.

Rumbo a la granja Yelki,
surcando el pantano sus rieles,
avanza entre juncales
la vía estrecha de la comuna.

Para las masas obreras
la trazó Padziaryja,
soldado rojo retirado,
veterano de otros tiempos.

No estudió en las academias
ni fue nunca ingeniero,
pero como buen comunero
todos le guardan respeto.

»Antes, Darafeia, escribía de tal manera que el alma vibraba con él. Uno se sabía los poemas de memoria al instante, sin necesidad de aprendérselos.

Cuando su madre dio a luz,
ni las estrellas brillaban.
La esclavitud enseñaba los dientes
y la desgracia se carcajeaba.

Cuentan que Iván Daminíkavich intentó ahorcarse, como Pryshchepau, o cortarse las venas, después de que expropiaran a su familia en alguna aldea, pero se lo impidieron a tiempo y se salvó.

Así vivíamos, Ryna. No era una existencia feliz, pero tampoco era vana, nos las apañábamos. Orka en Vóstryie Yolki, yo con la abuela. Visitaba a Orka, enseñaba a los niños en el centro de alfabetización y no me olvidaba de hacer recados para la abuela. Orka me dijo: «¿Qué clase de gente sois los bielorrusos? Cuánta envidia y cuánta hipocresía. ¿Cómo puedes enseñar a los niños lo nuevo y al mismo tiempo hacer de curandera?». A lo que yo

respondí: «Cada uno hace lo que quiere, pero tú, mi querido Orka, no deberías criticar a los bielorrusos. ¿Acaso no has sobrevivido gracias a nosotros?». Sí, a veces también discutíamos. Pero si hoy pudiera tenerlo aquí conmigo, no le diría ni una sola mala palabra a mi Orka. Apenas me atrevería a respirar cerca de él.

¿Alguna vez tuvo paz esa pobre gente? Tras ser aplastados una y otra vez por sus compatriotas, recibieron a los alemanes con pan y sal, creyendo que después de todos los fusilamientos y expropiaciones encontrarían algo de sosiego. Pero les esperaban penalidades aún mayores. Los alemanes dejaron en paz a los bielorrusos; su objetivo eran los judíos, los comunistas, los comisarios y las autoridades soviéticas.

Tenían especial interés en los judíos. Escondí a Orka en cuanto vi por dónde iban los tiros, ya estábamos curados de espanto. Solo que esta vez no lo oculté en el sótano, sino en el granero. Nuestro granero estaba vacío, por lo que el koljós almacenaba allí el heno, en el que cavamos un zulo donde Orka se pasó varios días sentado y escribiendo. No hubo noticias de sus parientes de Lipen. No querían saber nada de Orka. Al tercer día de entrar en Lipen, los alemanes ordenaron a todos los judíos que se trasladaran al gueto de la calle Novazhidóvskaia y que se cosieran estrellas amarillas a la ropa. El día de San Elías del año 41 fue muy seco, todos temían que se produjeran incendios, pero ocurrió algo peor. Los alemanes reunieron a los hombres judíos, unos cien, y los golpearon hasta dejarlos morados con culatas de rifle, látigos y porras. Luego, sin un solo centímetro de piel intacta, los llevaron al bosque de Kasciukovicy, a las canteras, y los fusilaron. Esas canteras parecían atraerlos como la miel a las abejas. Ya los soviéticos las habían usado para fusilar a sus víctimas y enterrarlas en secreto. Los alemanes, en cambio, transportaron a la gente en sus coches. ¡Y eso que era el día de San Elías!

No había transcurrido ni una semana desde que asesinaron a esos desdichados cuando el alcalde, el doctor Alejnóvich, se ahorcó y dejó una nota: «Tengo el corazón destrozado, se me hace imposible seguir viviendo». Aquello sucedió en el día de San Boris y San Gleb. Después, los alemanes idearon una forma aún más inteligente de matar a todos los judíos sin gastar balas. No eran como los Andryiash, que blandían hachas y mayales, ¡eran alemanes! Colocaron en el suelo unas planchas de hierro y trajeron desde Slutsk un generador que se utilizaba para sacrificar ganado.

Masacraron a setecientas personas y las llevaron al bosque de Kasciukovicy. Mi Orka y Léizar fueron los únicos supervivientes de su clan. Los vecinos de Asnichki se turnaron para esconder a Léizar. ¡Menuda hazaña! Todo el mundo se burlaba de la gente de Asnichki, decían que esos estúpidos sembraban sal y cazaban el sol con sacos, pero lo cierto es que ocultaron a Léizar durante toda la guerra y nadie lo delató. No como los «mamporreros» de Ubibatski.

Al enterarse de lo ocurrido, Orka rompió todos sus escritos, se echó a llorar y me dijo: «Darafeia, estoy en tierra de nadie, he abandonado a los judíos y no me he integrado entre los bielorrusos. Aquí no hay lugar para nosotros, los judíos. No tengo adónde ir, Darafeia, no pertenezco a ningún sitio. En esta tierra no nos quieren, Darafeia, ayúdame». Y yo me compadecí de él. Le ayudé como pude. Por eso eres tan pelirroja y tienes tantas pecas y el pelo rebelde. Hasta que naciste tú, pensaba que Pável era hijo de otra persona. Pero eres el vivo reflejo de Orka y de Tema.

En 1943, durante el segundo asalto germano, todo Naugálnaie huyó a los pantanos, excepto Orka, que dijo que no iría a ningún sitio. Shardyka se negaba en redondo a aceptarlo en la guerrilla. «¿Qué diablos haría con ese idiota judío? Que demuestre su valía y se haga con un arma, arrebatándosela al enemigo, y luego venga a mendigar.» Entre los partisanos abundaban tipos como los hermanos Andryiash. No les gustaban los judíos y eran capaces de matar por la espalda a sus propios compañeros de filas. No convenía meterse con Shardyka o con Lazevulkin, ellos tenían el poder. Más valía desfogarse con los judíos.

Cuando partí hacia los pantanos, le dejé comida y una botella de licor de hierbas venenosas. «Si te encuentran, bébetelo con disimulo y muere en paz», le aconsejé. Cuando regresé, no lo habían encontrado y el granero seguía intacto, pero Orka se había bebido toda la botella. Quizá se había asustado por algo, quizá había muerto por congelación o por inanición. Estaba frío como una piedra. Me lo llevé en el trineo y lo enterré detrás de Aredeber, entre la maleza. No puse ninguna cruz, nada. No me apetecía, o no sabía cómo hacerlo a la manera judía. Ya no quedaba nadie que pudiera decirme cómo hacerlo a la manera judía. ¿Quieres que te enseñe dónde está? El manzano ya no existe, pero te lo mostraré. Puedo ver todo lo que

había aquí, como si aún estuviera en pie: la iglesia que se alzaba junto al antiguo cementerio judío y el manzano sobre Orka. No llegó a ser un gran hombre para su pueblo ni para ningún otro, y no tiene siquiera una tumba. Todos los días de Radonitsa le pongo un lacito para honrar su memoria, eso es todo. En Lipen solía haber una casa judía por cada dos de las nuestras, ¡y ahora solo quedan cinco familias en todo el pueblo! La vieja María bromearía al respecto: «¡Bueno, al menos ahora ya no os damos tanto trabajo!».

6. Silvéstar Shardyka

Durante la guerra, Salvés Shardyka se comportaba como si fuera el amo del mundo. «¿Ha matado a más personas de las que ha engendrado?», se preguntaba la gente. Provenía de Gliatóvskaia, al igual que mi padre, Sauka. Solo que mi padre había terminado la escuela en Slutsk y apoyaba la causa bielorrusa, mientras que Shardyka se unió de inmediato a los bolcheviques. Tras ejercer de jefe del NKVD en Vileika, vino aquí en compañía de su compinche Lazevulkin. Volaban como demonios, Shardyka y Lazevulkin, estaban en todas partes. Cuando las tropas alemanas empezaban a acercarse, sacaron a todos los expropiados de la cárcel y los llevaron en columna al bosque de Kasciukovicy. Primero les hicieron gritar «*Heil* Hitler!» y luego los fusilaron por espiar para los alemanes.

No queríamos luchar contra los alemanes. Vienen, se quedan un tiempo y se van, así que estate quieto y no te metas en líos... Solo los tontos se pasaron de la raya con los invasores. Un avión germano había realizado un aterrizaje forzoso en Naugálnaie. Tenía una avería, y el piloto se dirigió hacia la comandancia local. Mientras tanto, Iván, Ustsín y Piotra se acercaron sigilosamente al aeroplano y destrozaron alguna pieza. Aún pudo despegar, pero acabó estrellándose cerca del cementerio. Los alemanes pusieron el grito en el cielo, descubrieron quién había estado trasteando con el avión y ahorcaron a Iván, Ustsín y Piotra, al que antes de matarlo le rompieron todos los huesos. Colgaba como un muñeco de trapo. Al resto de los aldeanos les dejaron en paz.

Más tarde llegó Shardyka con su batallón de asalto, compuesto por comunistas, miembros del Komsomol y todo tipo de autoridades. Tenían la orden de librar una guerra de guerrillas en la zona. El batallón se dispersó, solo quedaron Shardyka y quince hombres que no podían huir a ningún sitio porque tenían fama de maleantes y les habrían detenido. De todas formas, esos dieciséis bastaron para provocar una masacre. Se instalaron en un granero cerca de los pantanos de Voley. Fueron a ver al director del koljós y le dijeron: «Tráenos comida y únete a nosotros como partisano».

Pero los lugareños no querían darles comida y el director les pidió que abandonaran el lugar, ya que temían las represalias de los alemanes. Pero ellos siguieron comiendo, bebiendo y durmiendo en el granero. Luego mataron a Vantsalouski, el director, porque los alemanes lo habían nombrado jefe vecinal. ¡Así se las gastaban esos justicieros! Cada vez eran más numerosos, montones de gentuza se pasaban a sus filas, porque los bosques estaban llenos de soldados acorralados, y muchos hombres preferían unirse a Shardyka antes que partirse el lomo y alimentarse de pan duro. Un partisano disponía de vodka y manteca, y en caso contrario no tenía más que amenazar con el arma para que se lo dieran, ¡aunque tuvieran que rebanarse un trozo de pantorrilla! Nuestra gente ya había comprendido que convenía unirse a los partisanos; si no lo hacías, o te mataban, o reventabas de hambre y de trabajo. Los alemanes se llevaron todos los bueyes, vacas y caballos, y los partisanos arramblaron con lo que quedó. Nosotros sembrábamos, arábamos y cosechábamos, cada cual como podía, con bestias viejas o enfermas, o haciendo nosotros mismos de animales de labranza.

¿Pero de qué servía sembrar si luego venían a buscar el cereal escondido? Revolvían la cosecha con horcas, perforaban las eras y se llevaban hasta el último grano. Por eso en los pueblos solo quedaban mujeres, niños y ancianos; era muy raro encontrar a un varón adulto.

Entonces, Shardyka recibió una orden enviada por Stalin desde Moscú que se leyó en todos los pueblos: «Todos los jóvenes bielorrusos deben unirse a los partisanos para que la tierra arda bajo los pies del enemigo». Eso significaba que debían volar los puentes y las carreteras, quemar las cosechas y matar a los alemanes y a sus colaboradores. Y por cada colaborador y cada puente, Shardyka tenía que rendir cuentas a Moscú. Pues bien, encontró tantos enemigos y cómplices que la tierra ardió bajo los pies de todo el mundo. Llegaron al pueblo, buscaron a los «colaboracionistas», los reunieron a todos, leyeron la orden en nombre de Stalin y del pueblo trabajador y luego abrieron fuego contra la multitud. El pueblo trabajador se quedó allí temblando de miedo, con la lengua escondida en la garganta, porque cualquier reacción te convertía en cómplice. Te fusilaban, te añadían al cómputo y pasaban el parte a Moscú.

El día de San Bartolomé, cuando ya habíamos hecho la siega, los partisanos se presentaron en casa del granjero Iliá Smaliak, que aún no había dado su brazo a torcer, lo mataron a tiros y le sustrajeron toda la cosecha a su familia. También fueron a por los presos de la cárcel de Slutsk, ya que, a su juicio, aún guardaban rencor al régimen soviético. Mataron al viejo Spengler por *volksdeutsche.*[23] Shardyka dijo que había que encontrar a dieciocho cómplices de los alemanes. Y vaya si los encontraron.

En los dos meses transcurridos desde la llegada de los alemanes, desde el día de San Tijon hasta el de San Bartolomé, Shardyka y sus partisanos hicieron estallar doce puentes en el distrito, por lo que no se podía pasar, ni a pie ni en coche. También volaron el ferrocarril de vía estrecha de los comuneros, pese a que Padziaryja había dicho que permanecería allí por los siglos de los siglos. ¡Ni diez años duró! Entonces los alemanes llegaron a Vóstryie Yolki, incendiaron todos los edificios del koljós y la MTS,[24] y fusilaron al almacenero, miembro del Partido Comunista, y al maestro. Además, alguien reveló el lugar donde se ocultaba un partisano herido. Los alemanes le dislocaron los brazos y las piernas, le sacaron los ojos, lo rociaron con gasolina y le prendieron fuego.

Tan pronto como empezó la siega, Shardyka envió grupos de entre tres y cinco personas a los consejos de las aldeas para confiscar y destruir las cosechas. Al mismo tiempo, requisaban las armas de los vecinos y golpeaban a los llamados «colaboracionistas alemanes». Cada aldea tenía que entregar entre treinta y sesenta puds de harina. ¿De dónde iban a sacar esas cantidades? No tenían nada que comer, estaban en las últimas. Los alemanes pusieron avisos: quien ayudara a los partisanos y a la gente de su entorno sería fusilado. Pero daba lo mismo: Shardyka siguió aventurándose fuera del bosque, volando puentes y disparando a alemanes antes de volver a esconderse. Los alemanes respondían asaltando aldeas y desquitándose con sus habitantes. Cuando los partisanos ya habían volado todos los puentes y arrancado todos los cables de telégrafo, los alemanes empezaron a tomar y golpear rehenes. Creían que así podrían pararles los pies a los partisanos, ya que estos difícilmente sacrificarían a su propia gente. Pero ¿acaso Shardyka nos consideraba su gente? Él solo se debía a Moscú. Aun así, mandó volar un puente cerca de

Yarílavichy, por despecho. Los alemanes se llevaron a siete personas de Yarílavichy y las fusilaron. Eran agricultores, unos pobres desgraciados, ninguno de ellos había tenido nada que ver con aquel puente. Todavía quedaban judíos, así que los alemanes los sacaron del gueto y les obligaron a acarrear vigas de madera y reparar puentes. ¿Acaso hubo alguien que se preocupara por ayudarles, que intentara salvarles la vida o esconderlos en el bosque? No solo no hicieron nada, sino que se burlaron de ellos.

Así era la vida. Durante el día venían los alemanes y nombraban a alguien jefe vecinal. Este suplicaba y alegaba: «No puedo ser jefe, los partisanos me matarán». Pero los alemanes se mostraban inflexibles: «O te fusilamos o consigues comida para la guarnición y la traes aquí». No había más remedio que obedecer. De lo contrario, los alemanes te molían hasta dejarte lleno de moratones. ¡Y además exigían que se les sirviera con decoro! A falta de otra cosa, la vieja Miránovischyja envolvió un trozo de mantequilla en una hoja de col. «¡Cómo te atreves, cerda!», le gritaron, y la golpearon hasta dejarla inconsciente; mi abuela a duras penas pudo ayudarla a levantarse.

Al caer la noche aparecía Shardyka y decía: «Traed cereales, carne, mantequilla, huevos y panceta para los partisanos. ¿No tenéis? ¿Se los habéis dado a los alemanes? ¡Os vamos a fusilar por colaboracionistas!». Aquello era un sinvivir: de día, los alemanes y los *polizei*, y de noche, los partisanos: «¡Venga, venga, venga!». Tampoco faltaban los soldados del Ejército Rojo, que se bebían hasta el agua de los floreros. En Zabarvecha se emborracharon, violaron a dos chicas y luego se quedaron a dormir la mona en el establo. Así que el dueño atrancó la puerta, prendió fuego al edificio y los quince soldados ardieron como brea. En cuanto sintieron las llamas, se pusieron a gritar y la munición que llevaban consigo empezó a explotar. El dueño de la casa quedó impune. Todo el mundo sabía que había sido él, pero nadie dijo nada. Y yo tampoco revelaré su nombre. La abuela Marianka le dijo: «Ojalá le hubieras dado la misma bienvenida a Shardyka en Voley, cuando dormía en el establo». Qué mala era mi abuela.

Antes de Pokrov,[25] los partisanos ya se habían retirado por completo a la isla de Vopin. Allí los había llevado el viejo Garvata, a través de un pantano impenetrable. Mientras los alemanes avanzaban a paso firme hacia Moscú, los partisanos permanecían en Vopin, aventurándose al exterior muy de

vez en cuando para llevar a cabo sus operaciones. Entonces, Moscú le ordenó a Shardyka que destruyera la guarnición de Lipen con motivo del aniversario de la Revolución de Octubre.

Así que el día de San Demetrio los partisanos reunieron a sus efectivos y avanzaron sobre el sufrido enclave de Lipen, como Sauka Bagalévich había hecho veinte años atrás. Rodearon Lipen por tres flancos con sus avanzadillas, cortaron los cables de telégrafo para que los alemanes no pudieran pedir ayuda a Glusk y Slutsk, neutralizaron los puestos cercanos a la guarnición y la atacaron con fusiles y granadas de mano. Yesip, que fabricaba cepillos con cerdas de gorrino, contó que una lengua de fuego se cernía sobre la guarnición y que el estruendo duró la mitad de la noche. Mataron a cuarenta alemanes y emprendieron la retirada. Llegaron a Yarílavichy, donde, por puro placer, mataron al jefe vecinal e izaron la bandera roja en la escuela. Los alemanes retribuyeron ese placer y esa bandera reduciendo Yarílavichy a cenizas.

—¿Junto con sus habitantes?

—Sí, pero no todos. Los *volksdeutsche* que vivían en un asentamiento de la zona y estaban del lado de los alemanes dijeron que la gente del pueblo no tenía nada que ver, que habían sido los partisanos. Y era cierto: los hombres de Shardyka habían encerrado a todos los habitantes de Yarílavichy en el granero y luego le habían prendido fuego. Los gritos eran espeluznantes, se estaban cociendo vivos y no podían respirar. Cuando los alemanes abrieron las puertas, la gente salió en tromba huyendo de las llamas. A continuación, un *volksdeutsche* que hacía de intérprete les dijo que se dividieran en dos grupos, mujeres y hombres. Uno de cada diez hombres fue ejecutado. Uno de ellos se puso delante de su hermano menor, que aún no había cumplido los diecisiete. Celebraron la Revolución de Octubre por todo lo alto. Por cada alemán muerto, eliminaron a tres inocentes. E incendiaron las casas antes de la llegada del invierno. Así fue la cosa. El pantano ardía bajo nuestros pies. En marzo, al llegar la primavera, los alemanes iniciaron el asalto; 1942, 1943: ¡asalto!; 1944: ¡asalto! Ya no podíamos huir, a duras penas lográbamos arrastrarnos por el pantano. Hambrientos, andrajosos. ¡Cuántos niños murieron ahogados, cuántos ancianos! Y en el 43, los alemanes empezaron a bombardear y a enviar tanques.

»Así fue, pequeña. Los partisanos se contaban por cientos y miles. Los campesinos solo podían sobrevivir en el bosque. Y nosotros, mujeres, ancianos y niños, éramos carne de cañón para unos y otros.

—¿Y nadie opuso resistencia?

—Los vecinos de Baránin fueron los únicos. Desde tiempos antiguos había vivido en la granja y en el pueblo de Baránin una comunidad de viejos creyentes.[26] Antes de la guerra los diezmaron y los enviaron a Solovkí, pero sobrevivieron cuarenta familias. Odiaban a Stalin como el que más. Durante la guerra se organizaron, consiguieron armas y se defendieron de los sitiadores y los partisanos. Si uno se dejaba caer por allí, desaparecía sin dejar rastro, como si la ciénaga se lo hubiese tragado. Se acabaron las francachelas en graneros. Las armas de los desaparecidos pasaban a manos de los vecinos de Baránin, que, agazapados en la hierba y en el bosque, montaban guardia día y noche: ni siquiera un ratón podía pasar desapercibido. Makar Kukrash era su comandante. Al principio, los partisanos intentaron destruir Baránin, pero la gente del lugar repelió el ataque y mató a ocho hombres. De modo que los partisanos se acercaron sigilosamente a un puesto de vigilancia, secuestraron al centinela, lo molieron a golpes y lo llenaron de cortes hasta que no pudo más y les reveló la ubicación de los otros puestos. Gracias a ello pudieron acabar con los hombres de Baránin. Solo quedaron las mujeres y los niños. Y, de nuevo, los partisanos distribuyeron un panfleto en el que se jactaban de haber derrotado a los lacayos fascistas e informaron a Stalin en Moscú. Para entonces ya se había establecido un puente aéreo entre Moscú y Vopin, que servía tanto para transportar armas y combatientes como para evacuar a los heridos.

Lazevulkin y Salvés Shardyka eran sus mayores héroes. Y ambos eran increíblemente astutos. Solo que Shardyka era un hombre importante, al que le llevaban mujeres de Vopin, mientras que Lazevulkin se veía obligado a recorrer las aldeas en solitario. En otoño, estaba con Garvata en Vólaie Málaie robando blinis cuando alguien lo reconoció y, en agradecimiento por los convoyes y los fusilamientos, lo delató a los alemanes de la guarnición. Estos montaron en sus caballos y persiguieron a Lazevulkin y

Garvata hasta el cementerio. Lazevulkin resultó herido; Garvata le quitó el revólver y lo dejó tirado. Atraparon a Lazevulkin, lo torturaron durante tres días y lo fusilaron. Más tarde, Garvata escribió en un boletín partisano que Lazevulkin había muerto como un héroe, que había cumplido su deber, defendiéndose con su revólver de una fuerza muy superior y abatiendo a dieciséis alemanes. Todo Vólaie Málaie debió de partirse de risa ante tamaño heroísmo. Lazevulkin y Shardyka dejaron tantos bastardos que ni siquiera puedo contarlos. Y si solo fuera eso. En las aldeas también se propagaron la sífilis y la gonorrea. ¿Qué se le va a hacer? Todas las mujeres y las niñas fueron violadas. Cualquiera que poseyese una pistola era un héroe. A mi abuela se le acumulaba el trabajo, y a mí también. Pero la abuela no atendía a todo el mundo; si no quería curar a alguien, se hacía la tonta. Una vez, en el año 43, justo después de que yo enterrara a Orka, un hombre vino en trineo a Aredeber. Un tipo apuesto, con una zamarra amarilla y un revólver al cinto. Calzaba botas de piel de oveja y llevaba un *kubanka* torcido sobre la frente. Pero ya no era joven. La abuela lo miró y exclamó: «No puedo, Saleika, me he hecho vieja, estoy encorvada y torcida, lo he olvidado todo». ¡Así que era él! El propio Shardyka había venido a curarse. Tenía un sarpullido en el miembro y nadie más podía ayudarle. Habían matado a tiros al enfermero del pueblo, Rudenko; el alcalde, nuestro médico, se había ahorcado; y Shardyka no quería contarle nada de su vergonzoso problema al enfermero Lapotok, porque todo Lipen se habría enterado. Así que fui yo la que le traté el sarpullido y, de paso, una hernia. Una vez que se hubo curado, me dijo: «Darafeia, voy a probar mi salud contigo, ¡para que me des tu sello de calidad!». Por eso, no supe quién era el padre. Shardyka no tenía miedo de mi abuela ni de mí, pese a que por entonces teníamos muy mala fama. Antes de él, nadie me había tocado, aunque más de uno había amenazado con matarme según las leyes de la guerra. A mi abuela un hombre le dijo: «Te voy a pegar un tiro, vieja bruja, para que dejes de arrastrarte por aquí. ¡Espía! ¡Colaboracionista!». Marianka le taladró con su único ojo y le dijo: «Dispara, halconcillo, pero después no te quejes».

Las amantes de los partisanos no habrían permitido que nos mataran. ¿Quién les habría preparado la pócima para el aborto? No todas pudieron ir a Moscú, solo las que se lo habían ganado. Y el tifus y la disentería volvían a causar estragos en las aldeas. Ni los conjuros ni las pócimas sirven

de nada cuando la gente pasa hambre. A veces entraba en una casa donde un pobre niño gimoteaba y lloraba desconsoladamente, y su madre con él. «Cógelo, muchacha, y golpéale la cabeza contra un tronco. Está condenado a morir», le decía yo. El niño tenía la piel llena de ampollas amarillas, grandes como huevos de paloma. ¿Cómo iba su madre a criarlo en condiciones, si primero se le habían llevado el grano y luego la vaca? «Madre —le dijeron a la vieja Kashéuskaia—, le hemos dejado sesenta kilos de patatas por cabeza, suficiente para pasar el invierno.» Lo pesaban todo con una balanza romana. De nada servía llorar y quejarse. Lo encontraban, lo desenterraban y se lo llevaban todo. Las gallinas estaban escondidas debajo de la estufa, con el pico atado para evitar que cloquearan. Así que enviaron a los niños a buscarlas. Los pequeños gateaban por la habitación gritando: «¡Compadre, ahí hay una gallina!».

El día de San Martín pasé la noche en Zabarvecha. Una niña había tenido un ataque, algo la había asustado. Por la noche, el pueblo entero fue a una boda y me invitaron a ir con ellos. Destilaron aguardiente y mataron un cochinillo.

—No voy a ir, ¿cómo se puede celebrar una boda, ahora que cada boda parece un funeral? —dije.

—A pesar de ser curandera, aún eres joven y tonta —repuso una señora —. ¿Qué pasaría si nos enterráramos vivos en la tierra? Algún día todo esto terminará. Mira, en mi cobertizo ha brotado un cardo. Es posible que no crezca y se marchite, pero si logra echar sus semillas al suelo, sobrevivirá. Tú, en cambio, morirás yerma.

En cualquier caso, no fui a la boda y me acosté junto a la niña a la que había tratado. ¿Y entonces? Llegaron los partisanos, irrumpieron en la boda, se sentaron a la mesa, comieron y bebieron, sacaron al novio y le descerrajaron un tiro en la frente. Era uno de los hombres del general Vlásov, a los que la gente del pueblo llamaba «los voluntarios». ¿Por qué lo mataron?, ¿para qué? Esos voluntarios, ocho en total, eran pacíficos, no molestaban ni hacían daño a nadie. El caso es que dispararon al novio, y se aprestaban a disparar a uno de sus compañeros cuando este se sacó un cuchillo de la manga, degolló a un partisano y se dio a la fuga. Los partisanos dispararon al resto de los voluntarios y fueron de casa en casa diciendo: «Venid todos al mitin, vamos a enterrar a nuestro camarada».

Nadie acudió al funeral del partisano, porque sentían pena por los voluntarios y estaban hartos de los hombres de Shardyka. Después leí en el boletín partisano que el pueblo entero había inundado las calles y había adornado el recorrido de la comitiva con ramas de pino y banderas rojas. Se inventaron cosas de lo más descabelladas y las publicaron. ¿Y si los alemanes leían el boletín? Fusilarían a todo Zabarvecha por esas malditas banderas rojas.

Así que la que resultó ser estéril fue la hija de la que me había invitado a la boda, no yo. Yo ya estaba embarazada en aquel entonces, aunque tardé mucho en enterarme. En aquella época muchas mujeres dejaban de menstruar a causa del miedo y el hambre. Con asedio y sin asedio, yo seguía corriendo por los bosques, tratando de salir adelante. A veces corría hacia Vopin, cuando me llamaban, y otras hacia Lipen, a la guarnición. No era asunto nuestro dirimir quién tenía razón y quién la culpa. No te metas donde no te llaman, no te pongas al servicio de nadie, no te fíes de nadie. Aquí nada dura demasiado, nada. Han drenado los pantanos, transformándolos en tierra firme, pero aun así nada perdurará aquí. Y no esperes justicia. Los Andryiash colaboraron con los alemanes y se fueron de rositas, Stas Luchynóvich se hizo *polizei* y quemó a su propia gente en las aldeas. Tras quince años en la cárcel, volvió a casa como si no hubiera pasado nada. Y aún tuvo tiempo de llevar a la tumba a dos esposas. ¿Qué se hizo, en cambio, de Antós Astajnóvich y Nichípar Siarchenia, dos hombres honrados? No habían matado a una mosca. Nichípar a veces lloraba cuando veía sacrificar un cerdo. Hasta que el poder soviético los devoró y luego pisoteó sus huesos.

Después de la guerra, contaron cuántos de los nuestros habían sido asesinados. Resultó que uno de cada tres. A estas alturas no hay manera de saber quiénes murieron a manos de los alemanes y quiénes no.

23. Durante el Tercer Reich, personas cuyo idioma y cultura tenían orígenes alemanes, pero que no tenían la ciudadanía alemana.

24. Mashinno-tráktornaia stantsia (MTS), empresa estatal encargada del mantenimiento de la maquinaria agrícola.

25. Festividad de la Virgen María que se celebra el 14 de octubre en la Iglesia ortodoxa y en las iglesias orientales católicas.

26. Cristianos ortodoxos, partidarios de la vieja liturgia y cánones eclesiásticos, que no aceptaron la reforma del patriarca Nikon en 1654, año en que se separaron de la Iglesia ortodoxa rusa y a partir del cual fueron cruelmente perseguidos y diezmados.

7. Esas hierbas ya no crecen aquí

Cuando los alemanes se retiraron, nuestro pueblo parecía haber sufrido un gran incendio y una inundación. Habían arrasado con todo: la fábrica de cáñamo, los molinos, las MTS, los puentes, las casas, las tiendas. No quedaba nada, salvo chozas. En una choza podían vivir hasta siete familias. Y las autoridades exigían que adquiriéramos bonos del Estado y pagáramos las contribuciones. Pero ¿quién iba a ayudarnos a nosotros? Después de la guerra los brotes de patata congelados pasaron a ser nuestro sustento diario, y en primavera los niños escarbaban la tierra como jabalís y comían cálamo, bledo y todo tipo de raíces. El Estado se llevaba hasta la última migaja de pan de los koljoses. Los jornales, que se pagaban en especie, quedaban sin cobrar: no recibíamos ni un grano. Para alimentar a sus hijos, las mujeres se escondían patatas y harina de las granjas en los sujetadores y en las bragas. Al hacerlo, corrían el riesgo de acabar en la cárcel de acuerdo con la «Ley de las Tres Espigas» que había promulgado Stalin.[27] Hurtar unas espigas o unas patatas del campo, o harina de cerdo de las instalaciones, era motivo suficiente para que te mandaran siete años a Solovkí. Pero no servía de nada, todo el mundo robaba. Así era la vida. La cosa mejoró un poco en 1948, porque al menos se obtenía algo a cambio del trabajo. Tres años después, cuando los nuevos potros ya habían crecido, se instaló en Lipen una batidora de mantequilla accionada por caballos. Solo que las vacas estaban tan desnutridas como las personas. Nadie se ocupaba de las vacas del koljós. ¿Por qué esforzarse por la propiedad ajena? Ni siquiera podían mantenerse en pie; para ordeñarlas había que atarlas con cuerdas a las vigas. Estaban en los huesos y daban tres litros de leche al día. Una vaca propia, en cambio, daba diez litros. Echa tú la cuenta. Lo mismo sucedía con el grano y las patatas. Por eso

Stalin machacó a impuestos a las pequeñas propiedades agrícolas. Sabía bien dónde podía sacar tajada.

Los niños nacían pequeños, raquíticos, con el pecho débil y las piernas torcidas, pero en grandes números. En cada choza había entre tres y siete hijos. De una manera u otra se las arreglaban para estudiar y salir adelante.

Las tierras de cultivo quedaron prácticamente baldías. En el mejor de los casos se cosechaban seis quintales de grano o treinta quintales de patatas por hectárea. Ojalá se pudiera desenterrar a Pável Padziaryja para preguntarle: «¿Dónde está tu comuna? ¿Dónde están los trigales que crecen hasta el cielo?». Pero poco a poco la cosa fue mejorando. Los que vivían en chozas pudieron mudarse a una casa, se compraron tractores para los koljoses, Paraska recuperó su Rübezahl de Vopin. Se instalaron líneas eléctricas, se fundó una escuela en una antigua casa de kulaks y una casa del pueblo en otra. Querían echarnos de Aredeber, decían que era demasiado grande para nosotros. Para evitarlo, fui a ver a Shardyka y le dije: «¡Eh, Shardyka! No tengo miedo y voy a hacer que el pueblo se entere de todo: ¡tus hijos bastardos, tu sarpullido, tu hernia, todas tus fechorías!». Shardyka era un hombre imponente, tenía el pecho forrado de condecoraciones, pero sus hijos le habían salido estúpidos, borrachos y holgazanes. En 1954 retomaron el drenaje del pantano y la desviación del cauce del río Oressa. Durante siglos, el Oressa había fluido por aquí sin molestar a nadie, pero no, ¡la tierra no les bastaba, eran insaciables! ¡Ay, la de veces que pensé en el agrimensor al que mi padre le llenó la boca de tierra!

En 1961, nuestro río Oressa había dejado de existir, cediendo su lugar a un canal de riego. ¿Y qué se consiguió con ello? Todo se esfumó como el polvo, la turba se levantaba con cada ráfaga de viento, se dispersaba o ardía como la pólvora.

En el 45 tiramos nosotros mismos de los arados, pensando que al menos comeríamos pan, pero entonces nos dieron *kok-saghyz*[28] en su lugar. Los combatientes que regresaron al término de la guerra nos contaron que solo nosotros vivíamos como reses famélicas, que los alemanes, los americanos y todos los demás pueblos gozaban de prosperidad. En aquella

época también llegó la ayuda estadounidense y pude procurarme un buen par de zapatos; la carne enlatada estaba para chuparse los dedos y los sacos eran tan resistentes que la gente acabó usándolos para guardar patatas durante treinta años.

Aprovechando que el caucho solo crecía en Estados Unidos, nos lo vendían a precio de oro. De ahí que el idiota de Stalin quisiera fabricar su propio caucho. En un principio ordenó sembrar plantaciones de caucho en su Georgia natal, pero luego no quiso exigir demasiado a sus compatriotas. ¿Para qué, si podía recurrir a los bielorrusos, esas bestias de labranza de las que no se compadece nadie? Así que también plantaron *kok-saghyz* en nuestro país. Solo a un idiota podía ocurrírsele semejante idea. Era como sembrar pelusa o dientes de león, salía volando como la turba seca. ¡Estúpidos! ¡Decidieron sembrar dientes de león al viento! El *kok-saghyz* brota con poca fuerza, y lo hace allí donde acaba posándose. El campo donde lo siembras quedará desnudo, y en cambio el *kok-saghyz* crecerá en los patatales hasta formar un bosque. Además, requiere dos o tres años de espera. Acapara las tierras de cultivo, pero no da caucho hasta el segundo o el tercer año. Y luego ponte a sacar ese caucho de la tierra. Sus raíces son retorcidas y profundas, no se pueden arrancar como si fueran nabos. Una vez extraídas las raíces, hay que cortarlas, apilarlas, cargarlas y transportarlas a la fábrica. Pero ¿acaso existe esa fábrica? Así que las raíces se amontonan, se secan y se echan a perder. La gente sufrió tres años de hambre y frío, hasta que se descartó el *kok-saghyz* y se reanudaron las compras de caucho a los americanos. Te lo digo, Ryna: aquí no hay nada. Vete, hazme caso, vete a Alemania, a Estados Unidos o a Polonia. Aquí, esos idiotas nos hacen la vida imposible, lo destrozan todo. Si pudiéramos demostrar que eres medio judía, al menos podrías irte a Israel. Incluso Marianka, cuando ya era tan anciana que le temblaba la cabeza, se fue allí.

Mi abuela Marianka y mi bisabuela Zofia eran tuertas, pero yo ya estoy casi ciega, apenas logro distinguir el sendero. Todavía podía ver y caminar cuando comprendí que mis enseñanzas se habían perdido, que todos los cuadernos que había escrito eran inútiles y que la caja de lápices que Orka había robado para mí en el centro de alfabetización no serviría de nada. Las hierbas venenosas que antes crecían aquí ya no existen, el otro día encontré el último matojo en el patio, te diré dónde. Si tienes que

envenenar a alguien, no te lo pienses dos veces. Envenénalo y que Dios o el diablo le asistan. Tú ya sabes cuál es la dosis precisa para que muera lentamente o la palme por inflamación de garganta en menos de un día.

Empapa la planta con cieno verde, cógelo en el estanque adecuado en Peranossia, cerca de las hondonadas. «Cabello de sirena», se llama. Esta planta pantanosa no se encuentra en ningún otro lugar, porque su supervivencia depende del río Viachera, que a su vez necesita del Oressa, el Talitsa, el Berazouka, el Nezharaika, el Solan y el Neshchanka. No creas que las cosas siempre han sido como ahora. Ahora la tierra está desierta, silenciosa e invisible, como si se hubiese muerto. Antaño, el ruido era ensordecedor. En los bosques y en los campos, los ruiseñores cantaban como la grasa al chisporrotear en la sartén (como es sabido, el ruiseñor canta: «Fríe, fríe la grasa el hombre, la grasa el hombre fríe, fríe»), las ranas croaban, los peces saltaban, las lechuzas, los chotacabras y los murciélagos revoloteaban. Los lobos aullaban justo detrás de la valla, las liebres vivían en los arbustos, las ardillas trepaban por los tejados. Había tantos mosquitos que no podías respirar sin que alguno se te metiera en la nariz. Ahora camino por el Oressa y todo está en silencio y vacío, solo el cuervo grita sobre el campo desierto: «¡Sangre! ¡Sangre!». Y eso que aquí solían morar pájaros de plumaje dorado y cabeza negra: los pájaros del Oressa.

Si no estuviera ciega, podría enseñarte la antigua ubicación del pozo Biely Slup. Allí estaba la piedra que luego mancillasteis con pintura azul. Ah, allí iban los campesinos de todos los pueblos en tiempos del viejo cura Kranikouski. Orka dejó una descripción de aquellas visitas en sus papeles, que luego rompió. Lo recuerdo como si fuese ayer. A Kranikouski le disgustaba que los aldeanos ofrendaran kopeks, lienzos y miel a Biely Slup en vez de dárselos a él. Acudió a los tribunales, de donde salió con un documento que decía: «Para evitar la tentación y la propagación de supersticiones, se ordena sellar el pozo y se prohíbe terminantemente que allí se reúna el pueblo».

Así que el funcionario del juzgado Lyzhynkévich se desplazó en calesa a Biely Slup y lo cegó con tierra. Los aldeanos se reunieron y limpiaron el pozo; el pequeño Andreika Gatóuchits, que tenía problemas de crecimiento, raspó el fondo. Sus padres pensaron que gracias a esa santa

labor pegaría el estirón. ¡Y así fue! Ya podían vivir en paz. Los Gatóuchits construyeron un armazón de madera sobre el pozo, y luego el sacerdote Andréi Gajóvich, su hijo Pável, el arcipreste Maksim Andryiéuski, hombre de gran probidad, el sacerdote Subotski y el alcalde del pueblo, Pável Hilk, volvieron a llevar el asunto a los tribunales, alegando que seguían pasando hambre. Los aldeanos seguían llevando a la piedra lienzos de lino, finos y gruesos, con agujas de coser clavadas, para que Dziavoia, diosa de la virtud, se cosiera un vestido con ellos, así como queso blanco, en cuñas y en piezas enteras, y dinero, en kopeks y en rublos. Esta vez fue Dzenisévich, el segundo funcionario del juzgado, quien se presentó en el lugar con una cuadrilla de obreros para sellar el pozo. Y se quedó ciego. Se dice que le dio ceguera de gallina. ¿De dónde le vendría? A los ricos no suele afectarles, solo a los pobres, para que no codicien los bienes ajenos. En esas, a Dzenisévich se le apareció en sueños Dziavoia y le dijo: «Dzenisévich, ¿por qué has sellado mi fuente, que daba de beber a los pájaros, los viajeros y los pastores?». Por la mañana abrió los ojos de par en par y ya no veía el mundo. Se arrastró de rodillas hasta el pozo, con su mujer llorosa detrás. Retiró las piedras con las manos y desenterró el pozo. Allí, palomita mía, las piedras pesaban mucho y estaban bien agarradas al terreno. Con las manos en carne viva, cavó hasta desenterrar el pozo, se lavó los ojos con sus aguas y recobró la vista. Construyó un armazón para el pozo, lo cubrió con unos lienzos de lino y a partir de entonces fue el único que se dejó caer por allí. Tras el drenaje que acometió Padziaryja, Biely Slup quedó negro y vacío. Durante el asalto germano de 1943, el *polizei* Linderman llevó bebés al pozo, los ensartó con su bayoneta y los arrojó al vacío. En las crónicas locales se habla del «pozo de Linderman», e incluso colocaron una placa conmemorativa junto al pozo. Pero ese no es el pozo de Linderman, sino Biely Slup, que se extiende hasta el mismísimo centro de la Tierra. Biely Slup fue de gran ayuda cuando por estos pagos hubo epidemias de fiebre tifoidea, escrófula, erisipela y cólera. Se cuenta que, un año, unos jinetes muertos, o quizá un enano a lomos de un corcel blanco, trajeron el cólera; allí donde se les había visto por última vez, se decretó la cuarentena y se estableció un puesto de control, por lo que ahora el pueblo se llama Biely Pereiezd [«El paso blanco»]. Y rociaron todos los cristos, los puestos de control y los cruces de caminos con agua del pozo, ¡y así desapareció el cólera!

Y ahora Biely Slup ha desaparecido y nadie recuerda dónde estaba. Esos necios se llevaron su merecido: espigas vacías, bosques vacíos, zanjas vacías y *kok-saghyz*.

27. Dicha ley, adoptada el 7 de agosto de 1932 por iniciativa de Stalin con el nombre de «Decreto 7/8», criminalizaba el hurto, por mínimo que fuera, de la propiedad estatal, industrial o agrícola. De ahí su nombre popular, que reflejaba la posibilidad de ir a la cárcel por haber robado siquiera un puñado de espigas.

28. El *taraxacum kok-saghyz* es una especie de diente de león nativo de Kazajistán, Kirguistán y Uzbekistán con el que se produce goma de alta calidad.

8. Alóunikau

A Ryna siempre le había resultado penoso vivir de espaldas al futuro. Pasó los preciosos primeros años de su infancia en soledad o en compañía de la anciana. Cuando Natasha, su única amiga, estaba con ella, todo era más divertido. Con ella podía enterrar pequeños secretos en el suelo, maquillarse con la sombra de ojos de su madre y escribir canciones sobre la amistad eterna entre chicas, que ni los chicos ni la muerte podrían romper.

Mi apellido empieza con la letra S,
Mi nombre empieza con la letra I,
Con la letra N, el nombre de mi amiga,
Con la __ , el nombre de quien lo es todo para mí.

Ambas cavilaron largo tiempo qué nombre debían insertar en ese espacio en blanco, y optaron por la X de Mr. X, personaje interpretado en el cine por Ígor Keblušek, el guapo actor checoslovaco. Hasta la abuela, que no veía tres en un burro, dijo sobre Keblušek: «¡Está para comérselo!».

El chico cuya inical del nombre Natasha y Ryna escribieron en el último verso no se les apareció hasta los trece años. Fue Valeria Ivánovna, jefa de estudios y profesora de ruso, la que lo introdujo en clase. La maestra entró en el aula con su vestido de flores y a Ryna se le encogió el corazón, temiéndose lo de siempre: «Ya empieza el acoso». Que si la Sírash esto, que si la Sírash lo otro, que si la Sírash se cree la más lista. «No tengo alumnos favoritos, para mí son todos iguales.»

Pero esta vez Valeria iba acompañada de un chico nuevo, razón por la cual el sermón habitual se aplazó.

—Niños —anunció Valeria con voz meliflua—, este es vuestro nuevo compañero, ha venido de Lida. Por favor, dadle una cálida bienvenida y mostradle lo que significa la amistad pionera y del Komsomol.

Alóunikau no parecía andar muy necesitado de amabilidad o amistad. A primera vista llamaban la atención su pulcro traje marrón y su camisa en tonos verdes. Los chicos de Naugálnaie competían desde la infancia por ser lo menos aseados, educados y aplicados posible. Vestían uniformes escolares azules, sucios y arrugados (horribles en aquellos años, a decir verdad, cosidos con una tela fina y áspera, con pliegues y retales). Seguían siendo todos pioneros, y para las clases de Valeria se sacaban de los bolsillos sus pañuelos rojos y arrugados y se los ataban descuidadamente al cuello. Alóunikau, que ya era miembro del Komsomol, llevaba además una costosa insignia de cristal en lugar de metal, lo cual le daba un aire más distinguido y maduro. Era un chico alto, cuyos ojos verdes y dorados, pese a lo penetrante de su mirada, parecían estar a miles de kilómetros de distancia, muy lejos del rostro en el que se asentaban. Nariz afilada, nada especial. Su melena era confusa, porque cada pelo tenía su propio color, desde el tono plateado de la arena fluvial hasta el rojo cobrizo de las hojas otoñales o el gris del musgo que crece en los pinos. Nada escapaba a la mirada de Ryna, ni los ojales de la ropa, ni el borrón de tinta azul en la mano pálida y tranquila. Su postura no denotaba tensión alguna. No le intimidaban la nueva clase ni la nueva profesora, ni el silencio con que lo habían recibido. No hizo el menor amago de hablar, simplemente se quedó mirando a todos y a nadie.

—En la primera hora, se sentará con la Sírash —prosiguió Valeria con su voz meliflua, a sabiendas de que Ryna no soportaba compartir pupitre con nadie, y mucho menos con un perfecto desconocido.

A la jefa de estudios se le había corrido el pintalabios, que solo se le veía en los surcos de las arrugas. Su nariz era una pera llena de poros y el moño, un nido. Valeria era la clásica profesora *barmaglot*.[29] Su risa era desagradable, un «je, je, je» entrecortado, y cuando sonreía sus ojillos negros se cerraban en su cara ancha como un cedazo, formando dos ranuras estrechas y haciéndose casi invisibles. A Ryna los ojos le hacían chiribitas al contemplar los vestidos floreados con que Valeria disimulaba su gordura. Y bajo esas ropas también se escondía el mal genio, que no dejaba en paz ni a la propia Valeria ni al resto de la escuela. La profesora de ruso llevaba dos grandes sortijas, una alianza maciza y otra de ámbar amarillo oscuro que semejaba la garra de un pájaro. Se había

acostumbrado a estamparles los anillos en la frente a los chicos especialmente díscolos. A las chicas no las pegaba. Ryna se había planteado salir en defensa de los chicos, pero finalmente decidió no intervenir. Al fin y al cabo, tenían que aprender a valerse por sí mismos. Cuando acosaban a los alumnos más jóvenes en el recreo, eran como águilas, pero ante la jefa de estudios se comportaban como corderitos mansos.

Valeria sentía un profundo desprecio por Ryna, cuyas notas cayeron en picado, lo cual amenazaba con generarle problemas en casa. Ella quería terminar bien sus estudios, pasara lo que pasara. Optó por guardar silencio y estar atenta al momento en que Valeria perdiera los papeles. Tarde o temprano los perdería. El día que Klava, una alumna de último curso, se presentó en la escuela con una permanente y unos pendientes de oro, Valeria se puso a tirarle del pelo. Amenazó con arrancarle los pendientes, y sus gritos se oyeron en los dos pisos superiores. Nadie defendió a Klava; su madre era ordeñadora de vacas, le daba a la bebida, había tenido a sus hijas con un forastero y había perdido hasta tal punto la noción del tiempo que las había llamado Klava y Fania, como si se hubiera quedado anclada en los años cincuenta. La bella y robusta Klava, de Lipen, tenía un admirador veinte años mayor que ella, que la agasajaba y le compraba ropa mientras esperaba a que terminara la escuela. Klava estaba completamente satisfecha con su destino; contaba los días que faltaban para la graduación y, en consecuencia, no le preocupaban demasiado las broncas de Valeria Ivánovna. Al día siguiente se presentó en la escuela con un pañuelo bien ceñido y sin los pendientes, y así quedó zanjado el asunto.

Nadie parecía capaz de pararle los pies a Valeria. Ryna había considerado la posibilidad de envenenarla levemente vertiendo *euphorbia lactea* en su jarra. El jugo de *euphorbia* bien elaborado es transparente y un poco amargo, en perfecta consonancia con el sabor del agua estancada. No mata, solo provoca una ligera inflamación de la lengua, que se hincha como un trozo de madera, y dilata las venas de los intestinos, induciendo un dolor de barriga sin causa aparente. También provoca mareos. Uno puede asustarse. Valeria llevaba ya un tiempo fuera de sí, era hora de que alguien la pusiera en su lugar. Pese a su arrogancia, en lo más profundo de

su alma era cobarde y supersticiosa. Con este tipo de personas siempre es así.

Ahora había sentado al nuevo junto a Ryna, en primera fila, en el pupitre de la derecha, delante de sus narices. Alóunikau deslizó la silla con calma, tomó asiento y sonrió a su vecina. Ryna sabía que tarde o temprano acabaría trasladándose a «Kamchatka»:[30] era demasiado alto y demasiado tranquilo para seguir ahí delante, haciendo de barrera entre la profesora y la segunda fila, donde Ramashka y Liuda se pasaban la clase tejiendo y jugando a las cartas. Ryna también era alta, pero estaba condenada a permanecer en su sitio, porque odiaba a muerte a la profesora y esta lo sabía.

Ryna observaba a su vecino con disimulo, sin mirarlo directamente (y aun así se notaba mucho). Después de cuatro clases, ya lo tenía calado. Manos pulcras que se movían con precisión. Orejas pequeñas y bien delineadas. No se repantingaba ni se ponía tenso. Simplemente permanecía alerta en todo momento y se comportaba con naturalidad. Alóunikau no le dirigió ni una sola palabra y acabó por mudarse a «Kamchatka».

Pasaron dos semanas sin que Ryna se diera cuenta, ni siquiera las salidas de tono de Valeria lograban distraerla de su interés por el nuevo compañero, a quien estudiaba de forma minuciosa, procurando que nadie la viera. Sin hacer nada especial, Alóunikau enseguida se convirtió en el líder de la clase. Ryna advirtió que, en su presencia, la gente salía de su letargo y exprimía la vida al máximo. La escuela, las notas y los problemas pasaban a un segundo plano. Ryna se volvió tan silenciosa que le faltó poco para hacerse invisible. Valeria puso fin a esa deriva. Extrajo de la pila la «Descripción de una pintura» que había escrito Ryna, leyó el texto en voz alta y gangueando a más no poder. Los alumnos, encantados de que la bestia se ocupara de alguien que no les inspiraba ninguna lástima, se pusieron a gritar y dar vítores, pero de tal manera que Ryna no pudiese enfadarse especialmente con nadie.

—¡Mateo y Vera! —se burló la Ivánovna—. Son los nombres que la Síresh ha puesto a la pareja de niños que aparecen en el cuadro «Bosque otoñal»: ¡Mateo y Vera! ¿Quién se llama hoy así? ¿De dónde has sacado

estos nombres? ¿Quién llamaría así a sus hijos? Hoy en día se llevan otros nombres: Svieta, Liuda, Natasha, Serguéi, Andréi…

—Y Valeria —dijo Ryna—. Un nombre bien bonito y moderno: Valeria.

—¿Qué has dicho? ¿Cómo te atreves? ¿A quién llamas Valeria? Que te quede claro: ¡yo soy Valeria Ivánovna, tu profesora! ¡A la pizarra!

Ryna obedeció. Valeria se acercó a ella, probablemente con la intención de tirarle del pelo, como a Klava, o de golpearla en la cara con el cuaderno, como al pequeño Korzún.

—Si me pone una mano encima, me tiro por la ventana —amenazó Ryna.

Valeria, con una sonrisa un tanto soñadora en los labios, siguió acercándose. Sus enormes pechos avanzaban en actitud beligerante, como la formación en cabeza de cerdo de los antiguos caballeros. Ryna retrocedió hasta la ventana, se dio media vuelta y su mirada se posó en la jarra de agua (¡qué pena no haberle echado *euphorbia lactea*!). Rápidamente apartó la jarra y el florero lleno de campanillas moradas, corrió los cierres de la ventana, saltó desde el primer piso y aterrizó en un parterre de zinnias malolientes. Le supo mal por sus medias blancas y sus sandalias, pero eso era todo. Y entonces alguien más saltó por la ventana. Al lado de ella estaba Alóunikau, sonriendo.

—¡Buen salto! —le dijo—. Vamos al bosque a fumar.

En el bosque fumaron de verdad; Ryna empezó a sentir náuseas y Alóunikau, mirándola con sus ojos verdes, le dijo:

—No te pases con los saltos, o te romperás algo; estás plana como una tabla.

Al final del cuatrimestre, a Ryna la suspendieron en buena conducta, para que escarmentara antes de obtener el aprobado final. Alóunikau no sufrió ninguna represalia, ya que su abuelo, Silvéstar Mijáilovich Shardyka, era uno de los venerables benefactores de la escuela, a la que acudía en cada festividad para hablar sobre la heroica instauración del poder soviético y sobre cómo el pueblo se había levantado como un solo hombre para luchar contra el invasor fascista alemán. A Ryna le encantaban las visitas del anciano. Al llegar a casa le contaba aquellas historias a la *Razones*, que le proporcionaba una versión más completa de los hechos. Fue así como Ryna se enteró de que la heroína manca del Komsomol había sido amante de Salvés, quien, después de que el enfermero Lapotok le

amputara el brazo herido, la envió a Moscú, le consiguió una medalla y se buscó otra amante.

—Tenía una heroína así en cada pueblo, ¡y cada una recibía una medalla o un bastardo suyo! —concluyó la abuela su relato—. Yo le decía a menudo: «Oye, Shardyka, ¿has matado a más personas de las que has engendrado?». Él se reía y me advertía que, con una lengua tan larga, un día acabaría en el fondo del pantano de Skórdnaie. Y que ya podía ir despidiéndome de este mundo. «¿Quién te curará la hernia y la sífilis sin desvelar la clase de héroe que eres?», le replicaba yo. Shardyka no se metía con las mujeres, y hacía bien.

A raíz del salto por la ventana, Alóunikau empezó a visitar a Ryna. Ella le escribía redacciones y le ayudaba con los ejercicios de alemán. La vieja *Razones* salía de su habitación, pegaba la oreja a la puerta y espiaba sus conversaciones.

—Clavadito a Salvés, ¡será igual de faldero y bribón! —sentenciaba—. ¡Y su madre, Tani *Libélula de Oro*, es otra degenerada! Por mucho que su padre tratara de enchufarla en una escuela técnica de Economía, ella solo tenía cabeza para los hombres. Trabajó como supervisora en la fábrica de cristales de Lida y se lio con un ingeniero casado. El ingeniero reconoció al niño, ¡pero no se divorció! Así son los Shardyka. ¡Ten cuidado, chica!

De todas formas, no había nada que temer. Alóunikau no le hacía ningún caso. Coqueteaba con todas las chicas de la escuela, incluso con las que eran mayores que él, pero no con Ryna. Ella tampoco tomaba la iniciativa, no se esforzaba por ponerse guapa ni por complacerle, era una batalla perdida.

Sin embargo, eso no le impidió escribir en el cancionero: «A ti, mi amor». En el mismo cuaderno también escribió poemas de cosecha propia sobre el pelo, los ojos, las manos e incluso las orejas de Alóunikau, sin saber que Natasha, que había vuelto a visitarla y a sentarse con ellos, copiaba esos poemas para presentárselos a él como propios. La mentira salió a la luz de la manera más pedestre: Alóunikau le contó a Ryna entre risas que Natasha no era tan tonta como él pensaba e incluso sabía escribir poemas. Ryna escuchó en silencio sus propios versos adulterados, y esa misma noche quemó todos sus diarios y cancioneros. Se consumieron muy lentamente y a regañadientes: contenían una cantidad ingente de cuestionarios, pegatinas y recortes de periódico. Los cuadernos de anilina

de la abuela no eran nada comparados con los suyos, de buena calidad, con cubiertas bonitas y el epígrafe «Cuaderno general». Ryna se había gastado en ellos el escaso dinero que le daban sus padres para gastos personales. «En efecto, un cuaderno general —refunfuñó—. ¡Leed, leed, buena gente!»

Se imaginó lo solo que debió de sentirse Orka en el frío granero, al destruir todos sus escritos. Cómo debió de mirar el rabino Moshé al agente, el idiota de Lazevulkin, destrozar con sus garras diez años de su vida y su obra. O las contorsiones que debió de hacer Yanka Kupala para escribir sus «bagatelas» con tal de sobrevivir. De haber escrito lo que realmente quería escribir, Yanka Kupala (y no solo él) habría sido hombre muerto. Ryna comprendió que su dolor no era más que una gota insignificante en un enorme pantano de sufrimiento humano. Especialmente aquí, donde todo muere y nada perdura.

Cuando su madre dio a luz,
ni las estrellas brillaban.
La esclavitud enseñaba los dientes
y la desgracia se carcajeaba.

«¡No llores, no rías, comprende y actúa!» Debía quemar los cancioneros de Natasha junto con los poemas adulterados. Pero había un problema: Natasha y sus padres vivían en un edificio de dos plantas y ocho apartamentos llamado «Shanghái», lo que hacía imposible entrar sin que los vecinos dieran la voz de alarma. Sin embargo, Ryna no podía esperar, le horrorizaba que sus poemas siguieran allí, expuestos a la mutilación. Aquella traición no era ninguna novedad, porque Natasha ya se había esfumado otras veces como por arte de magia. Además, ¿qué se podía esperar de ella, sinceramente? Solo soñaba con casarse, vivir en la ciudad y tener dos hijos. Ryna veía con silencioso desdén los sueños mundanos de su amiga.

Al final, todo resultó mucho más sencillo de lo que había imaginado. Aquel sábado, Vanka Véchar celebró su boda en la planta baja del Shanghái. ¿Crees que era una mala idea entrar a robar en presencia, no ya de ocho familias, sino de todos los habitantes de Naugálnaie? Pues no. Los preparativos para la boda transcurrían entre humo y hollín, y todos habían empezado a beber nada más ponerse manos a la obra. Las puertas de los

ocho apartamentos estaban abiertas; en sendas cocinas se horneaban pollos, se freían morcillas y pescados, se elaboraba el áspic, giraban las manivelas de las picadoras de carne, se aliñaban ensaladas, se rallaban patatas para hacer pasteles y buñuelos de patata. Todos corrían de un lado a otro para pedir que les prestaran cincuenta copitas, bancos, taburetes, manteles y mesas. Ryna se coló con la excusa de ser amiga de Natasha, lo que le dio tiempo de sobra para registrar sus escondrijos secretos. Debajo de la cama de Natasha había una cajita en la que guardaba los cancioneros y una foto de Alóunikau recortada del periódico *El pionero de Bielorrusia*, en la que aparecía como ganador de la Espartaquiada, además de un mechón de pelo atado con una cinta y un espejo de cristal opaco con marco de plata y dibujos de escamas en el reverso, donde Ryna reconoció el sello desdibujado. Aunque tenía todo el derecho a llevarse el espejo, no lo hizo. Hojeó los diarios y se llevó los dos que contenían sus poemas. ¿Sospecharía algo Natasha? Ryna cogió la cajita, revolvió su contenido y la llevó a la «sala», que también era el dormitorio de los padres de Natasha. Esta pensaría que su madre había fisgado entre sus cosas. No sería la primera vez.

En la sala de estar había un mueble mural lacado, un sofá, un tocador con los frascos de la tía Alena y un televisor sobre una mesita cubierta con un mantel bordado. Un despertador redondo hacía tictac encima de la mesa redonda del comedor, cubierta con un mantel de felpa con flecos, un buen escondite en caso de que apareciera alguien. En las paredes colgaban varios retratos de antepasados: señoritas con el pelo cardado y hombres gallardos vestidos de uniforme o de paisano. Ryna se subió a una silla y observó detenidamente el retrato de un hombre con galones, pero no encontró ninguna inscripción. A continuación abrió un cajón del escritorio, cogió una bolsa llena de documentos, extrajo un certificado de matrimonio y averiguó así el apellido de soltera de la tía Alena. Hora de irse, misión cumplida.

Al cabo de unos días, Natasha se quejó de que su madre había vuelto a fisgar entre sus cosas y lo había dejado todo desordenado. Le había echado una bronca descomunal.

En la boda de Vanka Véchar, Ryna se emborrachó por primera vez y perdió un zapato, pero se convenció de que el alcohol era una manera maravillosa

de ahuyentar los problemas y transformar el Mal en Bien con más eficacia que el mismísimo san Elías. Desde entonces, no pasó un solo día sin que el estado de ánimo de Ryna no mejorara, ya que en Aredeber había aguardiente y licor en abundancia. Pronto se convirtió en una experta en la materia, como ya lo era en los brebajes y conjuros de la abuela.

En la fiesta de graduación, Alóunikau le dijo: «Ryna, más te vale olvidarme. Nunca serás suficiente para mí. Eres plana como una tabla». Fue humillante descubrir que Alóunikau la tenía calada, aunque Ryna nunca le hubiese contado nada a nadie. Después de la fiesta hubo una celebración no oficial en el bosque a la que ella no fue invitada. Se escondió en unos arbustos al otro lado del pueblo, justo donde la estatua de un partisano de bronce con abrigo militar emergía del bosque. Los chicos y las chicas encendieron una hoguera, bebieron aguardiente y cantaron al son de una guitarra. La mano de Alóunikau descansaba unas veces sobre la guitarra y otras sobre la espalda de Natasha. ¿Quería Ryna que él le rodease los hombros con los brazos? Sí y no. Porque el chico tenía razón: él era demasiado para ella, y ella era poca cosa para él. ¿Qué habrían hecho juntos? Ryna se sentía superior a Alóunikau y a Natasha, pero al mismo tiempo se creía el monstruo más feo del mundo. Lo cual, ciertamente, representaba una variante más de lo que ha sido norma en este siglo.

Antes de que Alóunikau, como varias generaciones de jóvenes de Lipen antes que él, empezara sus estudios en el Instituto Bielorruso de Mecanización Agrícola, le robó el corazón a la hija del jefe del koljós, le hizo un hijo y se negó a casarse con ella. Zhanna, la chica más codiciada de toda la zona, una belleza bronceada que desde niña solo usaba braguitas de seda y poseía una colección de muñecas de porcelana alemanas, lloró desconsoladamente y trató de ahorcarse. Al descendiente de Shardyka aquello le dio absolutamente igual. Ryna se limitó a sacudir la cabeza. Pobre Zhanna, ella tampoco había sido suficiente.

Ryna aceptaba sin aspavientos todo lo que el universo le deparaba. Valeria le había fastidiado un poco el diploma escolar, pero no tanto como para impedir que se matriculara en la carrera de Pedagogía. Así que estudió y, tras la universidad, regresó a casa para terminar la carrera. Al principio, trabajó en la escuela local, pero pronto se dio cuenta de que no había

elegido su profesión con la cabeza fría. No le gustaba estar con niños ni con profesores. Incluso entre las gallinas negras de su abuela, cada año había un ejemplar que se separaba del resto, revoloteaba por el bosque y moría a manos de un zorro o un hurón, o desnucada contra la cancela.

Cuando murió la vieja bibliotecaria, Ryna ocupó su puesto. Fue la época más feliz de su vida. La biblioteca estaba en una vieja casa kulak que crujía con el frío y el calor y se hundía cada vez más en la tierra. Cuando alguien iba a la biblioteca, lo hacía solo. Una bibliotecaria solitaria y un lector solitario. Una forma de interacción social completamente distinta.

Ryna se hundió poco a poco en el fango. Cuando alguien la sacaba de quicio, ella se divertía a su costa. Cuando vio a Valeria, que con los años se había vuelto aún más gorda y se parecía cada vez más a una colmena, Ryna apartó mentalmente la grasa amarillenta de su espalda y vio su columna vertebral, frágil, con apófisis puntiagudas en cada vértebra. La vértebra humana recuerda a una gaita: tres apéndices y un odre. Presiona los apéndices y escucha cómo crujen. Ryna siguió a Valeria, observó cómo se llevaba la mano a la espalda y se quedaba paralizada, luego la adelantó y la miró con el mayor descaro. Valeria estaba muy avejentada, tenía el rostro flácido y cubierto de verrugas, como una mona de Pascua salpicada de pasas. Ya no quedaba nadie de quien vengarse. Ningún ser humano merece más de cinco minutos de hostilidad.

Ryna podía hacer que alguien se cayera, causarle dolor de estómago o una repentina sensación de melancolía o miedo. Se preguntaba si hubiese sido la misma de no haber escuchado desde pequeña todas aquellas nanas sobre almohadas ensangrentadas, los cuentos del pequeño Pilipka y el oso con la pata falsa e historias cotidianas sobre la guerra en los pantanos. La educación de su abuela la había convertido en una especie de Mowgli: ajena al nuevo mundo e incapaz de encontrar su lugar en la sociedad.

Alóunikau se fue a vivir con unos parientes en San Petersburgo, se casó con una «leningradense auténtica», como contaba con orgullo Tani *Libélula de Oro*, tuvo un hijo, construyó una casa en Víborg y se compró un coche en Alemania. Luego, casi lo matan a tiros en Polonia. Todas esas informaciones le llegaban a Ryna como a través de un velo de gasa. Suficiente tenía con sus propios problemas. Corrían los años noventa, las bibliotecas sufrían recortes, todos en la familia ganaban una miseria. Habría que probar

fortuna en el extranjero, ¿por qué no? Las fronteras estaban abiertas, había muchas maneras de «saltar las murallas», como habría dicho Fanfan *la Tulipe*. Ryna vivió en Polonia, en República Checa, en Alemania, en Ucrania y una breve temporada en Estados Unidos, adonde Moshé Feinstein y el kulak Iván Sheshka habían viajado en barco en 1936, después de tomar conciencia de lo que estaba ocurriendo aquí. ¡Incluso era posible escapar!

Pasó la Navidad de 2009 en Aredeber, viviendo de lo que había ganado en Polonia. Como se le estaba acabando el dinero, pronto tendría que volver a salir al mundo. Ryna se sentó en su habitación y se puso a buscar ofertas de trabajo en internet. ¿Qué quería ser? ¿Limpiadora de cerdos en Irlanda? ¿Recolectora de fresas en Holanda? ¿Clasificadora de pescado en Suecia? ¿*Au pair* en Alemania? ¿Almacenista en República Checa? ¿Niñera de tres niños polacos en Chicago? Necesitaba un trabajo que no le exigiera mucho esfuerzo mental, una cama en una habitación propia y un bar o una licorería a no más de una manzana de distancia. En esas condiciones podría vivir tranquilamente y a gusto, sobre la marcha. Sin deseos ni expectativas. El mundo está lleno de sueldos bajos y pequeñas oportunidades.

No todos compartían su filosofía de vida. Después de las vacaciones, todo Lipen andaba alborotado: alguien había atracado el banco local, y lo había hecho de tal modo que los periódicos de todo el mundo se hicieron eco del suceso. Nada comparable había sucedido en Bielorrusia en los últimos cien años, bajo ningún Gobierno y bajo ninguna moneda. Los ladrones habían asaltado la sucursal del banco estatal en Lipen y se habían hecho con un botín de dos mil millones de rublos, ciento cincuenta mil dólares estadounidenses, quince mil euros y diez lingotes de plata, además de una impresora, teléfonos móviles, una tetera eléctrica, un par de zapatos de mujer y un paquete de té.

El robo se produjo el día de Año Nuevo, después de que en el banco se hubieran acumulado los ingresos de cinco días. El 31 de diciembre, el banco operó en horario reducido y no hubo clientes. Para esa fecha, los habitantes de Lipen ya llevaban varios días de celebraciones, desde la Nochebuena católica. A primera vista, en el pueblo y en las aldeas de los alrededores reinaba la calma: todo estaba desierto, solo dos o tres perros

vagabundos patrullaban las calles grises y sin nieve. Aquel invierno, seco y ventoso, solo había traído una ligera helada. Todo se había congelado en un estado de atemporalidad o duermevela: ni noviembre para el diablo, ni diciembre para el Señor. El bosque, pensativo, dudaba entre adoptar el color plomizo de la escarcha o sonrosarse por el calor. Los pájaros callaban, revoloteando y temblando entre los arbustos como retazos de tela marrón, y en el cielo flotaban nubes bajas y diminutas, también conocidas como «casamenteras ambulantes». Nada indicaba que fuese Navidad. Solo en las casas, las tabernas, las dachas, las bodegas y las cocinas exteriores improvisadas reinaba el jolgorio. Los jefes hacían la vista gorda, se escondían en sus oficinas y no molestaban a nadie. La estación de tractores, las granjas, las explotaciones forestales, los aserraderos, los ambulatorios y las oficinas administrativas estaban de fiesta. Incluso las maestras del pueblo acudían a la tercera clase del día con la cara sonrosada, animosas y alegres. En los comederos de los establos, el vaquero y la ordeñadora dormían en bucólica armonía, mientras los terneros mordisqueaban con cuidado el lecho de paja en el que descansaban. En la noche del 31 de diciembre al 1 de enero dos personas entraron a robar en el banco. Un tercero vigilaba desde la calle. Contaron con la complicidad de la cajera y el guardia de seguridad. Todos tenían entre treinta y tres y treinta y ocho años. De buena mañana, los ladrones se habían escondido en el garaje del banco, que carecía de alarma, para esperar a que todo estuviera en calma. Después de vaciar las cajas fuertes, cogieron el coche del banco, condujeron hasta el bosque de Kasciukovicy y se subieron a un coche privado. Habían maniatado a la cajera y al guardia de seguridad, los habían tirado al suelo y les habían pateado la espalda para mantener las apariencias. Ambos fueron interrogados, examinados y puestos en libertad.

No se sabe con certeza cómo fueron capturados. Algunos dicen que, en lugar de esperar, los ladrones celebraron su éxito en la Casa del Alce en Stáryie Darogui, donde agotaron todas las provisiones, para continuar luego la juerga en Glusk. Para colmo, se llevaron de parranda a la cajera. Era Natasha. Llevado por la embriaguez, su amante se puso a tontear con chicas que antes habrían estado fuera de su alcance, y Natasha amenazó con delatarlo a la policía. Los hombres decidieron que había que

deshacerse de ella. Se dirigieron a Vopin, donde quedaban los refugios subterráneos de los partisanos y el pantanal, supuestamente para hacer un pícnic. Allí volvieron a beber, se sentaron en el refugio subterráneo y luego golpearon a Natasha en la cabeza y la arrojaron al lago. Habría muerto allí mismo de no haber sido por su perro. ¡Ironías del destino! Natasha había encontrado a *Bribón* mientras se bañaba en el pantano de Vólaie. Alguien había metido a una camada de cachorros en un saco y los había lanzado al agua, pero la corriente los arrastró hasta unos juncos. *Bribón* chillaba con todas sus fuerzas dentro del saco. Natasha lo alimentó con una esponja de cocina empapada en leche y creció hasta ser tan grande y fuerte como un oso. La seguía a todas partes. Si Natasha iba en bicicleta, *Bribón* corría detrás de ella; si Natasha iba en coche, *Bribón* corría detrás de ella. Era capaz de patearse la comarca entera, no tenía nada que envidiar al viejo Garvata. Quizá *Bribón* la rescató, quizá fue ella la que salió arrastrándose por sus propios medios. Pero lo cierto es que *Bribón* se acostó a su lado para que no se congelara, hasta que pasó por allí Patorski, el joven guardabosques, y vio un bulto oscuro tirado en el suelo, junto a un perro o un lobo. Al ver a Patorski, *Bribón* empezó a ladrar, a correr y a saltar. Aunque lograron salvarla, Natasha había sufrido una lesión cerebral y perdió el juicio por completo. Tuvieron que ingresarla en el asilo de Zarecha. ¡Qué desgracia para los padres, era su única hija!

También se dice que fue Tani *Libélula de Oro* quien, sin querer, delató a su hijo, porque compró una cantidad inusual de pañuelos de lurex en Lipen, un abrigo de piel de zorro y, en la licorería de Naugálnaie, una marca de vodka que nadie había comprado antes. Estaba en lo más alto de la estantería, de forma que Nigora, la dependienta, tuvo que subirse a una silla para alcanzar la botella.

—¿De dónde has sacado tanto dinero, *Libélula*? —le preguntaron a Tani.

Y ella se jactó de que su hijo ganaba mucho dinero y la invitaba.

Al principio, solo detuvieron a dos, Iliá e Ígor. Se decía que Alóunikau había huido a Rusia y que quizá estuviese escondido con su mujer en San Petersburgo. A Iliá le traicionó su propia madre, que no dudó en delatarlo. Aquel hijo sinvergüenza no le daba tregua. Cada vez que Iliá se presentaba en casa de su madre para desplumarla, iba al patio, cogía los huevos del

corral, le partía el pescuezo a una gallina o al gallo y lo metía todo en el maletero. En Vólaie compraba cosas a crédito. La madre, consumida y demacrada, iba pagando las deudas de su hijo. Así pues, no es de extrañar que, al descubrir en el cobertizo una artesa llena de dinero, llamara inmediatamente a la policía. Además de dinero, en la artesa había una caja con todo tipo de bagatelas que habían robado de los escritorios.

Así que esos idiotas fueron a juicio, Natasha había perdido la cabeza y a Alóunikau no pudieron echarle el guante. Algún día volverá por sus fueros, tan campante, como es típico de los de su calaña.

Sin embargo, Alóunikau no se dejó capturar ni regresó. Ryna visitó a Natasha en Zarecha. La muchacha vivaz de antaño se había convertido en una criatura desvalida e infantil, enorme e hinchada como un fardo de heno. Los padres de Natasha se habían llevado a *Bribón* a Naugálnaie, pero continuamente se escapaba para plantarse al día siguiente en Zarecha. Natasha parecía haber olvidado todo lo que le había ocurrido. Aun así, se acordaba de Ryna y le alegraban sus visitas. Solo se quejaba de que echaba mucho de menos a un tal Andréi y le recitaba a Ryna versos que hablaban de «cabellos de arena y ojos como pétalos». Preguntaba cuándo vendría por fin Andréi, por favor, que viniera, que no estaba enfadada con él en absoluto. Le preocupaba que Andréi fuese a visitarla y la viera sin pañuelo, sin peinar y sin pintalabios. No tener bolso hacía que perdiera todas sus cosas. En un momento dado, Ryna tuvo la idea de recuperar el espejo con marco de plata que seguía en poder de Natasha. Habría sido lo justo. El espejo había pertenecido a Prosia, no a los descendientes de Lazevulkin. Había que restituírselo a Prosia y cerrar el ciclo de calamidades y agravios. Pero ¿cómo? Prosia se había esfumado en algún lugar como polvo en el campo, no tenía tumba. Así que le correspondía a Darafeia quedarse con el espejo. Sin embargo, a Ryna le resultaba difícil quitarle el espejo a una pobre desgraciada. Cada vez que visitaba a Natasha en Navidad, Ryna le pedía que no le prestara el espejo a nadie, solo a ella. Debía ser «nuestro pequeño secreto». Pero ahora todo había cambiado: Darafeia había emprendido el viaje final y era la última oportunidad de devolverle el espejo a su dueña legítima.

29. Traducción rusa de «Jabberwocky», el monstruo que protagoniza el poema homónimo de Lewis Carroll.

30. La última fila, en jerga escolar.

9. La última dosis de hierbas venenosas

Es temprano. Ni siquiera han enterrado a la abuela cuando llevan su trono azul al cobertizo de madera —donde se empapará con el deshielo— y sacan su bastón, pues ¿para qué lo necesitará en el otro mundo? Sus enseres yacen amontonados en el patio. Los tesoros huérfanos de un difunto bajo la lluvia o el barro son el espectáculo más verdadero e instructivo del mundo. Un tesoro ruinoso: retratos descoloridos en marcos destartalados, diplomas o recuerdos de la primera comunión, *souvenirs* desoladores. Los zapatos viejos y arrugados en todos los vertederos del mundo adquieren una forma circular. El mismo círculo que sigue dispersándose en la superficie del agua cuando la piedra ya ha desaparecido. Ryna rodea el montículo. Al día siguiente, quemarán todos esos objetos o los amontonarán detrás de los montículos y los cubrirán con escombros. De Darafeia solo quedarán los cuadernos de anilina húmedos y carbonizados.

Ryna recuerda la noche en que fue a decirle a su abuela que necesitaba su última reserva de hierbas venenosas.

—¿Para quién? —preguntó la abuela.

—Para el nieto de Shardyka.

Aquella noche había estado en la choza más pequeña y ruinosa de Vopin, de cuya existencia no sabía casi nadie. Allí se escondía Alóunikau. No había huido a Polonia ni a Rusia, se había quedado esperando a que retiraran el dispositivo de captura. Ryna llevó una fiambrera y una botella de licor, agasajó a Alóunikau y bebió, pero no logró emborracharse. Estaba aterrada, pero no podía quedarse de brazos cruzados. Natasha no había sido la primera. Al parecer, se habían producido más robos en el distrito de Zhitkóvitsy, y a un guardia de seguridad le habían partido el cráneo… ¿Acaso no sería más conveniente delatar a Alóunikau a la policía, como había hecho la madre de Iliá? En Lipen todo se acaba sabiendo. Los Raménchyk trabajaban para la policía y destilaban vodka de forma

clandestina, los Jent trabajaban en el tribunal del distrito y robaban cargamentos enteros de la fábrica de lácteos. No, a Ryna más le valía tomarse la justicia por su mano.

El rostro hinchado de Natasha, sus labios gruesos como hongos, entre los que asomaba un diente partido… Así que volvió a visitar a Alóunikau al caer la noche. Podría matarla, como había intentado hacer con Natasha, podría rehusar el vino y la comida. La suerte estaba echada.

El bosque desnudo y sin rostro presentaba un aspecto desangelado en aquella época del año. Árboles grises agitando sus ramas al viento, hierba marchita y arbustos arrastrándose por la tierra húmeda. Un paisaje frío, inhóspito y melancólico.

—Hola, Alóunikau. ¿Cuánto tiempo vas a estar aquí sentado? —dijo Ryna.

—Ah, Rynita. ¿Cómo me has encontrado?

—Siempre supe dónde estabas.

—Te dije que te mantuvieras lejos de mí. Ya sabes cómo acaban los que se me acercan.

Ella le miró a la cara, simplemente le miró a la cara por primera vez, sin intrigas, sin disimulo, sin tormento, sin esperanza, sin hambre ni deseo.

—Te he traído comida, como la amante de un partisano.

—¿Solo comida?

—Y bebida.

—¿Solo comida y bebida?

—Eso depende de ti.

—Bueno, eres tú la que ha venido hasta aquí.

Por la mañana volvió a mirarle a la cara, sin intrigas, sin disimulo, sin tormento, sin esperanza, sin hambre ni deseo. La abuela Daroja le había contado que en Vopin vivían setenta colonias de hormigas, entre ellas algunas que, para cuando llegaba la primavera, habían convertido cualquier cadáver que encontraran a su paso en un montón de huesos limpios y blancos que se podrían tocar como una flauta. Después de la guerra, marcharon hasta Vopin hormigas procedentes de todos los rincones de Bielorrusia, acompañadas por sus reinas. Desde la región de Gómel y la de Moguiliov, desde Minsk, Brest y Vítebsk, siguiendo sus propias rutas, caminaron y volaron setenta colonias en total. Y ahora esta

maldita isla es un lugar inhabitable: en cuanto pisas el suelo, las hormigas te trepan por los brazos y las piernas, te muerden y te pican.

Por un lado, Ryna sabía que aquí no había hormigas devoradoras de humanos, ni rojas, ni cazadoras, ni termitas. Por otro lado, estaba acostumbrada a que todo se acabara sabiendo, como decía Daroja. Del mismo modo que nadie había encontrado a Orka, nadie encontraría a Alóunikau. Ryna colocó el cuerpo inerte sobre una lona de celofán grueso que se usaba para cubrir la leña y la basura, y lo arrastró hasta el fondo del barranco de Pashkau, donde la gente solía arrojar trozos de leña, piedras y escombros. Mientras arrastraba a Alóunikau, Ryna volvió a echar un trago de su botella. Contenía aguardiente de sesenta grados, destilado a partir de manzanas heladas. Bastaba con un sorbo para convertirse en una leona.

Los recuerdos se arremolinaban en su cabeza mientras se dirigía hacia la casa de Tani *Libélula de Oro*. Entró, atravesó el zaguán y la cocina y se detuvo en la sala de estar. Allí estaba Alóunikau, sentado junto a la estufa, con un jersey gris que le hermanaba con el partisano que emerge del bosque en Vopin. Ryna se sentó en el banco que había al lado de la ventana. Se quedaron en silencio.

—¿Qué me diste aquella vez? —preguntó Alóunikau.

—Licor de hierbas venenosas, o bebida de viejos. Un veneno para maridos ancianos. Ya no crece aquí, te tomaste la última dosis. ¿Lo sabe tu madre?

—No se lo dije a nadie. Esperé hasta que Ígor saliera de Rusia. Él confesó, yo salí airoso.

—No entiendo por qué no estás muerto. Soy una pésima curandera.

—Quizá porque ni estoy casado ni soy viejo.

Alóunikau guardó silencio.

—Yo no intenté matar a nadie. Fueron Ígor e Iliá. Si alguna vez tuve la intención de matar a alguien, no fue a ella. Pero no quería delatar a nadie.

—¿Y qué piensas hacer conmigo?

—Me había hecho una idea equivocada de ti. Ahora veo que somos compatibles.

10. El ladrón, el borracho y la doncella

Vivían en el ala oscura, aisladas y en silencio. Ryna trabajaba en la biblioteca y en la casa del pueblo, al tiempo que intentaba descifrar los cuadernos de la *Razones*. El fuego y la humedad habían dañado los apuntes a lápiz la noche en que Pável y María se deshicieron de los cuadernos. Ryna trataba de restaurar algunos fragmentos con paciencia y esmero. En uno de los cuadernos encontró una breve nota cuya letra no pertenecía a Daroja. Con una caligrafía pulcra y oblicua, Orka Barenboim había escrito que las hermanas Dabravolski, Yadwiga y Lucina, de luto tras la derrota de los insurrectos, habían registrado oficialmente sus fincas bajo los nombres de Aredeber y Zapader. Si consultas mapas antiguos de la región de Lipen, aunque solo sean los planos de drenaje de Zubarévich y Zhylinski, verás ambas fincas. «*Are Debere*», de Yadwiga, y «Zapatero», de Lucina. Las señoritas sabían latín y español, y bautizaron de esta manera sus fincas con la intención de transmitir lemas y consignas. Los rusos no debían entenderlas, pero su gente sí, antes o después. «*Are Debere*»: mantente alerta, tienes un deber. Y «zapatero en su silla, rey de Castilla»: en su finca, el campesino manda como un vaivoda. ¿Y quién descifró vuestros mensajes, Yadwiga y Lucina? Orka, un judío perseguido, y Ryna, una borracha sin oficio ni beneficio. Aquí nada perdura, nada, tanto si la tierra está seca como si está fangosa. Todo se echa perder, los apuntes de Orka, los papeles de Moshé, los cuadernos de anilina de la *Razones* y los poemas de Ryna.

Ryna sacó algo en claro de los cuadernos: el vaticinio de que «un ladrón, un borracho y una doncella» desenterrarían un pozo. Pero ¿dónde estaba el pozo en cuestión? Ryna preguntó por ahí, pero nadie recordaba nada. Qué tontería: ¿recordar un pozo cualquiera, en una tierra cuyo suelo está compuesto por turba negra que se esfuma en el aire y en la que nada permanece en pie?

El día de San Bartolomé vio un pájaro extraño junto al cobertizo. Se acercó a observarlo: ¡un cuervo! Pero era gris y desgreñado, así que costaba reconocerlo. El plumaje gris formaba una especie de levita con unos pantalones cortos. Saltaba a la vista que ya no podía volar.

—Si quisieras vivir conmigo en Aredeber —dijo Ryna—, no te cuidaría peor que a los ancianos de Darmstadt. Estoy acostumbrada. Buscaría en internet con qué alimentarte. Mi bisabuela tenía un chotacabras.

—Sangre, sangre —graznó el cuervo, ladeando la cabeza.

Los cuervos viven trescientos años y en su cabeza albergan un mapa de fallecidos más minucioso que el de Ryna, que lo había heredado de Marianka y Darafeia, por lo que sus recuerdos eran ajenos y parciales. Además, Ryna veía el mundo a ras de suelo, y el cuervo desde el cielo.

Ryna pensó que al viejo cuervo también le había llegado la hora, pero no. Pesado y tambaleante, el cuervo se elevó en el aire, voló un poco y volvió a posarse, como si invitara a Ryna a seguirle. Ella corrió tras él, lamentándose por verse obligada a atraparlo y cuidarlo. Pero ¿para qué, si las cosas debían seguir su curso natural? Aquel *Corvus corax* ya había vivido sus trescientos años, para él ya era hora de partir. Pero Ryna caminó, caminó y caminó y al fin, tras atravesar el terraplén entre los pantanos, el viejo huerto y el bosque, bajó al barranco de Pashkau, el lugar donde cada año brotaban los níscalos. Esta vez, Ryna se metió en el agua hasta los tobillos. ¿De dónde había salido tanta agua? De ahí. En el fondo del barranco, entre dos piedras, brotaba un agua cristalina. Ya no sabía en qué dirección había ido el cuervo. Tampoco importaba. Le había ayudado a encontrar Biely Slup, ahora ya podía ahuecar el ala. Después de ir a por una pala y un poco de manteca y pan, Ryna cavó, cavó y cavó como un topo gigante, y finalmente dio con un trozo de granito rojo de Mikashévichy con unas letras desdibujadas (era inútil tratar de descifrar las inscripciones en el granito de Mikashévichy, nunca se conservaban). Con todo, pudo distinguir las sílabas «inder». El pozo de Linderman.

Ryna hincó la pala en el suelo y fue a buscar a Alóunikau. ¿A quién más podía acudir? Era demasiado pronto para involucrar al Estado en ese asunto, lo echaría todo a perder. Esto lo resolvemos entre nosotros.

Alóunikau escuchó a Ryna con asombro.

—¿Quieres que me ponga a levantar piedras con las manos? ¿Me tomas por tonto? ¿Qué gano yo con eso?

—Quiero que conduzcas el viejo tractor, ¿puedes hacerlo? Eres ingeniero agrónomo.

—Sí, claro. ¿A qué tractor te refieres?

—Vamos a recuperar el Rübezahl de Paraska.

—Seguro que esa Paraska ya está criando malvas junto con su Rübezahl.

—Vamos a comprobarlo.

A la bisnieta de Paraska le sorprendió mucho que alguien fuera a visitar a la anciana. Alóunikau y Ryna se quitaron los zapatos y cruzaron las alfombrillas tejidas hasta llegar a la fría habitación del fondo, donde Paraska, reseca como un tronco viejo y cubierta de oscuras margaritas de la muerte, estaba sentada y quieta en su cama, entre unos almohadones con fundas bordadas. Sus manos, rasposas como un rallador de patatas, yacían inmóviles sobre su falda negra. Todos los días, Paraska se vestía, se sentaba en la cama festivamente decorada y esperaba a que la muerte se presentara por fin ante ella.

—¡Hola, abuela!

—¿Por qué gritas así? Estoy ciega, pero no sorda.

Ryna dijo su nombre y el de Alóunikau, y luego formuló su insólita petición.

—No saldrá del granero sin mí —les espetó Paraska—. Si me lleváis con vosotros, el tractor es vuestro.

Entonces se subieron al Rübezahl y avanzaron a toda velocidad, devorando el camino de grava y los claros del bosque, hasta el barranco de Pashkau. Alóunikau aullaba de alegría al volante; Paraska, como un delicado diente de león, estaba sentada a su lado y escuchaba con emoción su rugido favorito, y Ryna iba en el estribo, aferrada a la barandilla.

—¿Habéis cogido el cabrestante? —preguntó la anciana.

—Lo tenemos todo.

—Yo me encargaré de tirar.

—No ves tres en un burro, eres vieja y estás ciega —objetó Ryna.

—Soy tres años más joven que tú —la cortó Paraska.

No lograron sacar todas las piedras, porque alguien las había amontonado con celo y meticulosidad, y el pequeño grupo y el tractor no tenían fuerza suficiente. Aun así, consiguieron que Biely Slup volviera a borbotear con fuerza. Alóunikau y Ryna se sentaron junto al Rübezahl y miraron hacia abajo; en la silla de hierro del tractor, la anciana se había quedado dormida.

—¿Podrías construir un armazón para proteger el pozo? —preguntó Ryna—. No será fácil, estando el pozo al pie del barranco. Además, las autoridades no tardarán en llegar. Aunque no saben lo que hacen. Ya intentaron rellenar el pozo con piedras, troncos e incluso niños. Y aun así lo hemos desenterrado.

—¿Y qué piensas hacer con el pozo? —preguntó Alóunikau.

—Aún no lo sé. Quizá me suba al escenario en la feria de otoño y anuncie: «Biely Slup vuelve a dar agua». O quizá simplemente lleve monedas, manzanas y semillas de girasol. En tal caso, si tu madre me viera, me diría: «¿Adónde vas con esas manzanas?». Y yo le respondería: «Biely Slup se ha vuelto a abrir. ¿Quieres deshacerte de la bola de fuego y demás demonios? Trae algún lienzo o dinero». Tania irá a la tienda, se lo contará a Nigora, y esta se lo anunciará a todo el pueblo.

Sin embargo, es posible que ya nadie necesite el pozo de Biely Slup. En tal caso, el agua anegará el barranco de Pashkau, y aquí se formará un pantano donde croarán las ranas y cantarán los ruiseñores, y tal vez hasta aparezcan tritones y salamandras. Cierto, no será como antes, pero cada vez se ve menos gente por aquí, y el bosque y el pantano ganan terreno sin cesar…

—No te hagas ilusiones. Cuando empiecen a excavar la mina de potasio, sucederá lo mismo que en Saligorsk:[31] la tierra se volverá amarga y el agua salobre, incluso las peras y las manzanas sabrán a sal.

—Bueno, todo se andará. ¿Sabes lo que decía mi abuela? «Hacen falta un ladrón, un borracho y una doncella para desenterrar un pozo sagrado» —respondió Ryna.

—Bien, el ladrón y el borracho están claros. Pero ¿quién es aquí la doncella?

—Yo soy la doncella —dijo Paraska desde el vehículo—. Me casé hace setenta y nueve años, y aquello solo duró dos años. He compartido toda mi vida con este tractor. Saleika, pese a ser un canalla, eres un hombre influyente. ¿Por qué no les dices que coloquen el Rübezahl en mi tumba? ¿O al menos detrás de la tapia del cementerio?

31. La región de Saligorsk, al sur de Bielorrusia, es rica en sales de potasio.

11. Epílogo

Ryna pasea por la plaza central de Lipen. En su mochila, el vino de Mosela tintinea contra el del Rin. Ahora no hace falta ir a ningún lado; hay vino alemán en abundancia. Sin embargo, Ryna suele comprar vino local, de aronia o de grosella, que venden a granel en la esquina donde antes terminaba el gueto y el terreno se inclinaba hacia el Oressa. La tienda se llama Cristal y cuenta con dos grifos: de uno sale el vino de aronia y del otro, el de grosella. ¿No es eso el paraíso? Ryna visita la placa conmemorativa del rabino Moshé Feinstein y brinda por él y por Orka. ¿Será una blasfemia beber vino alemán a su salud? Sea como sea, fue el propio Moshé quien dijo que estudiar el Talmud es como emborracharse con vino.

Ryna pasa junto a Lenin, enfundado en su abrigo, y cruza la calle hacia el muro de honor del distrito, que se yergue como un acordeón entre parterres de rosas y zinnias. Los sospechosos habituales: Pável Padziaryja, Silvéstar Shardyka, Yaustrat Lazevulkin, Guerásim Garvata, Paraska Trajimóvich. Unos héroes.

En el escudo que corona el muro figuran dos aves de cabeza negra sobre un fondo dorado. El trasfondo azul simboliza la verdadera riqueza del país: ríos, pantanos y lagos. La parte inferior es roja, el color de los Alelkávich, y dorada, el color de los Radziwiłł. Si alguien me brindara la oportunidad, pondría aquí un escudo negro y rojo, como el pantano y la sangre.

Si no se dispone de vehículo propio (carro, moto, bicicleta o coche), resulta imposible salir de Lipen a partir de las seis de la tarde. Lipen se aquieta y reclina su ancha frente sobre las patas de sus veredas. El silencio solo se ve interrumpido por el estruendo atronador de una moto monstruosa, que parece haber sido construida a partir de un Rübezahl y una segadora. El monstruo frena, Ryna echa un trago de Liebfraumilch y le pasa la botella a Alóunikau.

12. Las siete muertes

En la semana posterior al funeral de Darafeia se produjeron las siete muertes de rigor. Todas ellas graves, todas de hombres.

Sasha Bulat, de cincuenta y ocho años, alias *Bulaty*, fue asesinado por su pareja, Ninka, conocida como la Viuda Negra, que ya había llevado a la tumba a tres maridos. A *Bulaty* ya le habían advertido: «Te estás metiendo en un lío, ¡te devorará y escupirá tus huesos uno a uno!». Pero hizo oídos sordos. Él solo quería una mujer, y la Viuda Negra se esforzó en cumplir el expediente; le ayudaba a vigilar el grano y los almacenes, lavaba, barría, limpiaba, guisaba e incluso compraba aguardiente. Pero una noche se esforzó demasiado y le partió el cráneo a *Bulaty* con una botella. Esa misma noche, ella y su hermana llevaron a Bulat, que todavía respiraba, a uno de los graneros traseros, le recostaron la cabeza sobre una almohada, lo taparon con una manta y se marcharon. Confiaban en que se repondría. Durante tres días usaron su tarjeta para pagar en las tiendas. La policía abroncó al vecindario porque nadie descubrió el cadáver hasta pasados tres días. Un hombre había fallecido en su propia aldea, mientras trabajaba, y nadie se había preocupado de buscarlo.

Después de que su esposa lo echara del domicilio familiar en Saligorsk por su afición a la bebida, Vova Plysheuski se pasó medio año empinando el codo en casa de sus padres, donde alimentaba la estufa con los tablones del suelo. «Plysheuski, no vengas a verme borracho. Si no dejas de beber, te quedarás sin piernas antes de que llegue la primavera», le advirtió el enfermero Lapotok. El día de San Basilio, Vova se paseó por el pueblo apoyado en un bastón, mendigando comida y bebida en las casas; en Nochebuena las piernas ya se le habían agarrotado. Se arrastró hasta la mesa con gran esfuerzo y se sentó junto a la ventana. La gente caminaba por la calle mientras Vova golpeaba el cristal de la ventana, pero nadie lo

oyó. Lo encontraron poco después. Al día siguiente, al no verlo en la calle apoyado en su bastón, supieron que Vova había muerto.

A Zhenia Maléi, de treinta y cuatro años, su padrastro le asestó dos puñaladas en el pecho. El viejo Cherkás había pasado toda su vida en la cárcel y sabía golpear. Se había instalado en casa de Zhenia y su madre, donde habría podido disfrutar de una existencia plácida y agradable, pero su naturaleza no se lo permitía. Pegaba tanto a la madre como a Zhenia. Ellas presentaban y retiraban denuncias. En Nochebuena, Cherkás montó en cólera y empezó a insultarlas, tildando a Zhenia de «bastarda» y a Valya de «zorra». Zhenia se puso en pie para defender a su madre, y eso fue lo último que hizo. El viejo Cherkás regresó a su hogar, la cárcel, pero esa vez no le hizo tanta gracia y acabó ahorcándose.

Kolia Lémesh, de cuarenta y ocho años, un soltero apodado *Blini*, era un hombre apacible y de buenos modales que bebía con moderación. Falleció tal y como bebía, de forma apacible y moderada. Estaba llevando una pila de heno en una horquilla a su vaca, pero el que acabó cubierto de heno fue él.

Un joven de Lipen que iba borracho en un carro tirado por bueyes se estrelló contra una roca a la salida de Naugálnaie.

Slava Zbaranouski era el único que no bebía nunca. Tenía los labios y los dedos azules a causa de una cardiopatía. Empezó a cuidarse y a recibir tratamiento siendo muy joven, se casó, crio a sus hijos y falleció en el hospital de Lipen, entre sábanas blancas.

El perro ahorcado que Ryna había visto en un matorral de alisos no importaba. Aquí, la muerte de un perro no cuenta.

9 de enero de 2009 – 18 de septiembre de 2019



Eva Viežnaviec

Eva Viežnaviec, seudónimo literario de la periodista y escritora Sviatlana Kurs, nació en 1972 cerca de Minsk, en lo que entonces era la República Socialista Soviética de Bielorrusia. Estudió Filología en la Universidad Estatal de Bielorrusia, y desde 1994 ha trabajado como periodista para el diario *Svaboda* y emisoras independientes como Radio Free Europe/Radio Liberty y Radio Racyja. Tras ser despedida por motivos políticos de la radio estatal de su país, ocupó numerosos puestos de trabajo en varios países europeos y en Estados Unidos. Colabora con el Comité Bielorruso de Helsinki, consagrado a la defensa de los derechos humanos en su país natal. Su primera novela, *¿Qué buscas, lobo?*, obtuvo en 2021 el Premio Jerzy Giedroyc, el galardón literario más importante de Bielorrusia, y ha sido traducida a varias lenguas. Actualmente vive en Varsovia.

Sinopsis

Ocho años después de emigrar a Alemania, Ryna emprende un tortuoso viaje de regreso a la remota aldea bielorrusa donde creció. En pocos días ha perdido su trabajo en una residencia de ancianos debido a su alcoholismo y ha muerto su abuela Darafeia, una curandera muy respetada por su maña para amansar a maridos pendencieros y tratar la infertilidad. El funeral de su abuela propicia el reencuentro de Ryna con el pasado sangriento de su país, preservado en la memoria de varias generaciones de mujeres, heroínas a su pesar que jamás perdieron la convicción de que, incluso en tierra arrasada, la vida debe continuar.

Basándose en testimonios directos y una exhaustiva investigación documental, Eva Viežnaviec rescata las penalidades y los milagros cotidianos —la llegada de la televisión, el drenaje de un pantano, brebajes y hechizos ancestrales— en un rincón del Este de Europa zarandeado por las turbulencias políticas del siglo xx: la Revolución de Octubre, dos guerras mundiales, el avance nazi, los pogromos y la colectivización forzosa.

Otros títulos publicados en Gatopardo

1. Alejandro Magno
Pietro Citati

2. En peligro
Richard Hughes

3. La primavera de los bárbaros
Jonas Lüscher

4. El temperamento español
V. S. Pritchett

5. Mi Londres
Simonetta Agnello Hornby

6. Una vista del puerto
Elizabeth Taylor

6. Una vista del puerto
Elizabeth Taylor

7. Tumbas etruscas
D. H. Lawrence

8. Mis amores y otros animales
Paolo Maurensig

9. Los mejores relatos de
Frank Norris

10. La gente del Abismo
Jack London

11. Mujeres excelentes
Barbara Pym

12. La vida breve de Katherine Mansfield

Pietro Citati

13. Paseano con hombres
Ann Beattie

14. El legado
Sybille Bedford

15. Alejandría
E. M. Forster

16. Unas gotas de aceite
Simonetta Agnello Hornby

17. Dame tu corazón
Joyce Carol Oates

18. Teoría de las sombras
Paolo Maurensig

19. Amor libre
Ali Smith

20. El turista desnudo
Lawrence Osborne

21. El cielo robado
Andrea Camilleri

22. Amor no correspondido
Barbara Pym

23. Sexo y muerte
VV. AA.

24. La muerte de la mariposa
Pietro Citati

25. Vida de Samuel Johnson
Giorgio Manganelli

26. Viginia Woolf. Vida de una escritora
Lyndall Gordon

27. La mecanógrafa de Henry James

Michiel Heyns

28. Invierno
Christopher Nicholson

29. Desmembrado
Joyce Carol Oates

30. Río revuelto
Joan Didion

31. Quédate conmigo
Ayòbámi Adébáyò

32. Bangkok
Lawrence Osborne

33. La moneda de Akragas
Andrea Camilleri

34. Un alma cándida
Elizabeth Taylor

36. Palermo es mi ciudad
Simonetta Agnello Hornby

37. Lo que Maisie sabía
Henry James

38. El cuidador de elefantes
Christopher Nicholson

39. El río del tiempo
Jon Swain

40. A la mesa con los reyes
Francesca Sgorbati Bosi

41. Nada que ver conmigo
Janice Galloway

42. María Estuardo
Alexander Dumas

43. Conversaciones con Ian McEwan

Edición de Ryan Roberts

44. Los perezosos
Charles Dickens y Wilkie Collins

45. La vanidad de la caballería
Stefano Malatesta

46. Un asunto del diablo
Paolo Maurensig

47. Fresas silvestres
Angela Thirkell

48. Cazadores en la noche
Lawrence Osborne

49. Extranjeros, bienvenidos
Barbara Pym

50. La escritora vive aquí
Sandra Petrignani

51. Nadie puede volar
Simonetta Agnello Hornby

52. La casa intacta
Willem Frederik Hermans

53. Morir
Cory Taylor

54. Un montón de migajas
Elena Gorokhova

55. En un lugar solitario
Dorothy B. Hughes

56. Cásate conmigo
John Updike

57. Persecución
Joyce Carol Oates

58. Tú también puedes tener un cuerpo como el mío

Alexandra Kleeman

59. Los perdonados
Lawrence Osborne

60. El saltador del muro
Peter Schneider

61. El mal camino
Sébastien Japrisot

62. Los que cambiaron y los que murieron
Barbara Comyns

59. Los perdonados
Lawrence Osborne

60. El saltador del muro
Peter Schneider

61. El mal camino
Sébastien Japrisot

62. Los que cambiaron y los que murieron
Barbara Comyns

63. El corazón verdadero
Sylvia Townsend Warner

64. Hielo
Marco Tedesco y Alberto Flores d'Arcais

65. Beber o no beber
Lawrence Osborne

66. Estado del malestar
Nina Lykke

67. Temas de conversación
Miranda Popkey

68. Bienvenidos a América
Linda Boström Knausgår

69. Cuánto oro esconden estas colinas

C Pam Zhang

70. Perversas criaturas
Lawrence Osborne

71. Kalmann
Joachim B. Schmidt

72. Cuarteto de otoño
Barbara Pym

73. Caer es como volar
Manon Uphoff

74. Mía es la venganza
Marie Ndiaye

75. Los inquietos
Linn Ullmann

76. No y mil veces no
Nina Lykke

77. Niña de octubre
Linda Boström Knausgår

78. Trío
Johanna Hedman

79. La aldea perdida
Max Gross

80. Saturno
Sarah Chiche

81. Cantos de sirena
Charmian Clift

82. Jane y Prudence
Barbara Pym

83. Hombres en prisión
Victor Serge

84. La Chef

Marie NDiaye

85. Maldita suerte
Lawrence Osborne

86. Bienvenidos a High Rising
Angela Thirkell

87. Los detalles
Angela Thirkell

88. Chica, 1983
Linn Ullmann

89. Ayer
Juan Emar

90. El pacto
Thorkild Bjørnvig

91. Mis estúpidas ideas
Bernardo Zannoni

92. Los buscadores de loto
Charmian Clift

93. Una estela salvaje
Kathryn Schulz

94. Hotel Splendide
Ludwig Bemelmans

95. Te quiere, Boy
Roald Dahl

96. Pasiones públicas, emociones privadas
Charles Dickens

97. Ven a este tribunal y llora
Linda Kinstler

98. La divorciada
Ursula Parrott

99. Engaño

Yuri Felsen

100. No hemos venido a divertirnos
Nina Lykke

101. Murió la dulce paloma
Barbara Pym

102. Las horas antiguas
Michael Bible

103. Un hombre cualquiera
Giovanni Arpino

104. La vida que nos queda
Matteo B. Bianchi

105. Diarios de un fumador
Simon Gray

106. Quien tiene miedo muere a diario
Giuseppe Ayala

107. Ojalá cayera una bomba
Gerrit Kouwenaar

108. Golpe magistral
Jessica Anthony

109. Muerde a tus amigos
Fernanda Eberstadt

110. La ficción del ahorro
Carmen M. Cáceres

111. Historias fantásticas de islas verdaderas
Ernesto Franco

112. El curioso caso de Mary Mallon
Anthony Bourdain

113. Vegas
John Gregory Dunne

114. Salto mortal

MacDonald Harris

115. ¡MÁS!
Molly Roden Winter